Eduardo Matos Moctezuma

Grandes hallazgos de la arqueología

De la muerte a la inmortalidad

creative commons

TIEMPO DE MEMORIA
TUSQUETS EDITORES

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

GRANDES HALLAZGOS DE LA ARQUEOLOGÍA

De la muerte a la inmortalidad

Iconografía de Lourdes Cué

TIEMPO DE MEMORIA
TUSQUETS EDITORES

Índice

Introducción

I. En busca del pasado

II. La tumba de Tutankhamon

III. La tumba imperial china

IV. La Tumba 7 de Monte Albán

V. La tumba de Pakal en Palenque

VI. La tumba de Ahuítzotl frente al Templo Mayor

Epílogo
Agradecimientos
Notas
Acerca del autor
Créditos

A Gabriela Galindo y Villa

Introducción

En alguna ocasión dije de la arqueología que ninguna otra disciplina puede penetrar en el tiempo como ella lo hace para estar frente a frente con las obras de la humanidad. Con este fin, la arqueología recurre a otras tantas ciencias que la ayudan a conocer lo que fue: la geología, la química, la biología, la física y otras más. Todo ello, dirigido al estudio del pasado, hace de la arqueología una disciplina plural, universal, donde muchos especialistas tienen cabida. Va más allá: penetra en el tiempo de los hombres y de los dioses. Lo mismo descubre el palacio del poderoso que la casa del humilde; encuentra los utensilios del artesano y las obras creadas por el artista; descubre la microscopía del grano de polen y, con él, la flora utilizada y el medio ambiente en que se dio; la fauna que servía de alimento y otras satisfacciones; la presencia de sociedades complejas o comunales; las prácticas rituales de la vida y de la muerte. En fin, el arqueólogo puede tomar entre sus manos el tiempo convertido en un pedazo de cerámica. Y aun así, ¡cuántos datos se nos escapan…!

En este libro atenderemos a uno de los componentes del todo social que le es dado estudiar al arqueólogo: las prácticas rituales de la vida y de la muerte. No es casual que haya escogido este tema, pues cuando alguna noticia del mundo de la arqueología alcanza fama mundial, en la mayoría de los casos suele referirse al hallazgo de una tumba real con todo su contenido simbólico y con el rico ajuar mortuorio que acompaña a su ocupante. Por otra parte, todo lo concerniente a la muerte siempre me ha apasionado y algo he escrito ya sobre el tema referido al ámbito

prehispánico mesoamericano. Ahora bien, volviendo a lo que decía antes, siempre he tratado de difundir, por todos los medios posibles –televisión, prensa escrita o radio–, que la arqueología no se dedica solamente al estudio de objetos bellos sino que, para el arqueólogo, el valor de los materiales que recupera por medio de técnicas depuradas de excavación estriba en los datos que puedan proporcionarle para el mejor entendimiento de aquellas sociedades en que se dieron. Es por eso que un pequeño hallazgo, como podría ser una punta de flecha, en un contexto específico puede revolucionar la información que se tenía hasta entonces sobre aquel lugar. Por lo tanto, no es solamente lo espectacular lo que hace a la arqueología sino el conocimiento del pasado por medio del mayor número de obras creadas por los hombres, tanto materiales como simbólicas, que permiten al estudioso penetrar en el pasado de las sociedades y en su proceso de desarrollo. Pero lejos estamos de convencer al público común de lo anterior; se sigue poniendo interés en tal o cual vestigio que lo impacta de manera sorprendente. Por eso las palabras antes dichas, con las que empiezo el libro, encierran en sí el quehacer de la arqueología y las dificultades que en ocasiones debe enfrentar.

Aclarado lo anterior, pasemos a ver la razón de este libro. Siempre fue de mi interés conocer a las sociedades mesoamericanas a partir de las dos categorías fundamentales de la arqueología: tiempo y espacio. El primero lo entiendo como la cronología dentro de la que se han desenvuelto las diversas sociedades del pasado y el segundo como el territorio que dichas sociedades ocuparon en su momento. Sin embargo, como dije anteriormente, siempre he tenido predilección por estudiar todo aquello que se relaciona con la muerte en las sociedades antiguas. Es por ello que hoy quiero tomar como punto de partida los hallazgos de una serie de tumbas y la importancia que, desde varios puntos de vista, han tenido. Por un lado, nos proporcionan información sobre las prácticas mortuorias, en diferentes partes del mundo,

relacionadas con grandes dirigentes que en su momento tuvieron un poder terrenal inmenso; por el otro, nos permiten conocer los ajuares mortuorios que acompañaron a estos personajes y, algo muy importante, las maravillosas creaciones hechas por artesanos anónimos en contraste con el boato de quienes ostentaban el poder. Más aún, este tipo de estudio nos proporciona un conocimiento más profundo de la manera en que estos pueblos, cada uno con características propias, pensaban el más allá. También nos habla de la imposibilidad del hombre de aceptar la muerte, de su intento de trascender de alguna manera; es así como el hombre se niega a morir y, con el poder creador que le es propio, establece los lugares a los que irá después de la muerte.

En este libro pretendo que un arqueólogo lleve al lector a través del tiempo a cinco grandes hallazgos que proporcionaron a la arqueología datos novedosos sobre las prácticas funerarias de diversos pueblos de la Tierra y que tuvieron a la vez repercusiones a nivel mundial. Por lo tanto, una de las ideas del libro es hablar de la manera en que se localizaron estas tumbas, de su contenido y su relevancia, de quienes las encontraron, y dejar que estos protagonistas nos digan con sus propias palabras los pormenores y asombros que tuvieron al encontrarse frente a ellas. Además, algo muy importante: que a la mayoría de las personas que lean estas páginas le fueran familiares estos hallazgos y supiera de ellos por la importancia que tuvieron.

Lo anterior me llevó a plantear a la Secretaría de Relaciones Exteriores, allá por 1999, la necesidad de viajar a países como Egipto y China con el fin de visitar las tumbas de personajes históricos como Tutankhamon y Qin Shi Huangdi. La respuesta afirmativa fue inmediata, aunque por razones familiares me fue imposible viajar a Egipto en 1999, sí visité China a inicios de la primera década de los años 2000, esta era la segunda vez que viajaba a ese milenario país.

El libro comienza con una visión general de lo que entende-

mos por arqueología y con la relación de algunos de los pasos significativos que esta disciplina dio, especialmente, en el siglo XIX, y que hicieron avanzar más sus expectativas en pro del conocimiento de la historia de la humanidad. Los nombres Charles Darwin, Karl Marx y Jacques Boucher de Perthes vinieron a poner las bases científicas para la mejor comprensión del proceso de desarrollo humano, tanto desde el punto de vista social como biológico. Años antes, Jean-François Champollion y otros estudiosos nos habían proporcionado la clave para entender los jeroglíficos egipcios. Analizaremos también algunos aportes chinos a la arqueología y, en el caso de Mesoamérica, los de Antonio del Río, Antonio de León y Gama, Guillaume Dupaix, John Lloyd Stephens, el conde de Waldeck y más tarde Manuel Gamio y otros estudiosos, referentes obligados en esta área. Todos ellos contribuyeron, en mayor o menor medida, al avance en el estudio del pasado del hombre desde diferentes perspectivas y establecieron las bases indispensables para el surgimiento de nuevas disciplinas aplicadas a estos estudios. En efecto, no sólo dieron paso a estas ciencias sino que ampliaron el horizonte de las mismas con la presencia de corrientes de investigación que entonces cobraban fuerza en el ámbito del conocimiento de la humanidad.

A partir del segundo capítulo atenderemos lo concerniente a los hallazgos de tumbas cuya excavación produjo un cúmulo de datos importantes. El siglo XX fue prolijo en cuanto a excavaciones de tumbas se refiere, como fue el caso de la localización de la tumba de Tutankhamon en 1922 por Howard Carter y todas las peripecias que lo llevaron a dar con los restos del joven faraón. El encuentro de la tumba majestuosa –o de una parte de ella– del emperador Qin Shi Huangdi, unificador del imperio chino, vino a fijar la atención del mundo en la vieja ciudad de Xi'an, en cuyas cercanías se encontró, en 1974, esta tumba impresionante con un formidable ejército de figuras de terracota. Después pasaremos al nuevo continente para saber los pormenores del hallaz-

go de tres tumbas pertenecientes a distintos pueblos mesoamericanos localizadas en lo que hoy es México. Por un lado, veremos lo referente al hallazgo de la Tumba 7 de Monte Albán, en el estado de Oaxaca, hallada en 1932 y estudiada por Alfonso Caso. No puede faltar la tumba de Palenque que guardaba los restos de Pakal, gobernante maya, ubicada en el estado de Chiapas y encontrada por Alberto Ruz Lhuillier alrededor de 1950. A principios del siglo XXI, el 2 de octubre de 2006 para ser más precisos, se encontró la lápida mortuoria de Ahuítzotl, emperador mexica, localizada frente al Templo Mayor de la ciudad de Tenochtitlan.

Cabe agregar que los ejemplos escogidos tienen un común denominador: todos fueron creados por pueblos originarios. ¿Qué entendemos por esto? Aquellas civilizaciones antiguas que surgieron y se consolidaron como parte de su propio desarrollo sin mayor influencia externa. Los pueblos originarios se dieron en Egipto, China, Mesopotamia, el valle del Indo y, en el caso de América, en dos áreas: Mesoamérica y los Andes, aunque más tarde que los anteriores. Algunos se preguntarán por qué no se incluye, por ejemplo, a Grecia y a Roma. La respuesta es que estas civilizaciones surgieron gracias a sus propios antecedentes pero también a la influencia de otras sociedades. Otro factor acerca del común denominador es que las ciudades antiguas donde se encontraron los vestigios sepulcrales han sido declarados por la unesco patrimonio de la humanidad. En el caso de China, en el año 2010, se otorgó el Premio Príncipe de Asturias al grupo arqueológico que halló la tumba del emperador chino.

Privilegio poco frecuente es este de llegar hasta el mundo de los muertos. El viaje que hoy emprenderemos nos permitirá remontarnos muchos siglos atrás para estar frente a frente con las esencias de la muerte. El arqueólogo tiene el poder de dar vida a lo muerto al penetrar en el tiempo y el espacio para llegar, absorto, ante el rostro de la muerte.

Así, repito aquellas palabras que utilicé hace algunos años en mi libro *El rostro de la muerte* para referirme al recorrido por el mundo de los muertos:

> Tales viajes sólo les están reservados a seres privilegiados, y no dudo que el lector lo sea. Recordemos como Odiseo, después de la guerra de Troya, se embarca y entre las muchas peripecias de su viaje de regreso llega al Hades tenebroso, lugar de los muertos. Dante, a través de la poesía, viajó al infierno cristiano acompañado de Virgilio. Cristo bajó a los infiernos y resucitó entre los muertos según lo señala el Credo. Y Quetzalcóatl alcanzó también el privilegio de ir al lugar de los muertos en el mundo prehispánico. Sólo aquellos seres investidos con un carácter de héroes culturales o sagrados –y el poeta lo es– logran traspasar la tenue cortina que separa lo vivo de lo muerto, pero nadie más. El viaje que hoy emprendemos nos permitirá dos cosas: remontarnos varios siglos atrás en esa moderna máquina del tiempo que es la arqueología, pues al arqueólogo también le es dado recuperar el tiempo ido por medio de las excavaciones y, además, llegar al mundo de los muertos, en donde encontraremos los rostros que fueron y que nos ven, con ojos pétreos, a través del tiempo mismo…[1]

I
En busca del pasado

¿Qué es la arqueología?

Decía don Manuel Gamio (1883-1960), ilustre antropólogo mexicano, que la arqueología no era, como algunos creían:

> una manera de matar el tiempo, de investigar si Moctezuma calzaba alpargatas o sandalias y saber si Cuauhtémoc se hacía el *manicure* por sí mismo o confiaba las regias extremidades a bronceadas «toiletistas». Otros que la echan de sagaces murmuran que los arqueólogos andan a caza de un arcaico depósito de «infalsificables» toltecas, pues no conciben que un hombre serio halle interés en descubrir un montón de piedras con «monos» y jeroglíficos. Hay también quien cree que nuestras antigüedades deben conservarse «porque sí» y simplemente porque «son bonitas». Por último, escritores cuya trasnochada ironía convida al sueño, pretenden desvirtuar el concepto de la arqueología con ese proceder bien que sólo atinan patentizar la deficiencia de su lastre científico.[1]

Y no paró allí la cosa, pues don Manuel –de quien ya pudimos comprobar su carácter humorístico– continúa diciendo:

> Desgraciadamente ese extravío del criterio público está justificado por el proceder de muchos farsantes que se titulan arqueólogos con igual razón que pudieran llamarse pedicuros o astrónomos. En arqueología, como en bienaventuranza, han sido muchos los llamados y pocos los elegidos…[2]

Y a continuación se pregunta: «¿Qué es arqueología?… ¿La ciencia de lo antiguo? ¿El estudio de los viejos monumentos arquitectónicos… de la cerámica arcaica… de los manuscritos indígenas? ¿Qué es arqueología?».

El mismo autor nos responde de manera enfática su concepto de la disciplina. Para él, la arqueología es parte del conjunto de conocimientos que forma la antropología como ciencia general que estudia al hombre y a los pueblos desde tres perspectivas:

por el tipo físico, lo que correspondería a la antropología física; por el idioma, materia que compete a la lingüística; y por su cultura o civilización, lo que atiende la arqueología. Esta idea prevaleció desde entonces, si bien con el paso del tiempo se vio enriquecida con nuevos aportes en cada una de estas ramas, sin olvidar que también la etnología y la antropología social se incorporaron años después a la ciencia antropológica debido a su estudio del hombre actual. Estas ideas, planteadas en 1916 por Gamio, obedecen a las que prevalecían entonces y tuvieron su aplicación dentro de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, en donde fueron maestros algunos de los más connotados estudiosos del momento, como Eduard Seler, Franz Boas, George Engerrand y Alfred Tozzer, de quienes fue alumno Manuel Gamio para más tarde convertirse en director de esta escuela. Pocos años después, en 1917, daría comienzo a una de las investigaciones en que se vería reflejada esta tendencia: *La población del valle de Teotihuacan,* uno de los primeros proyectos integrales multidisciplinarios. Esta concepción integral de la antropología fue la base fundamental para que las instituciones antropológicas mexicanas, como la Escuela Nacional de Antropología, fundada años más tarde, fueran las sedes en donde se formaban los antropólogos dentro de cualquiera de estas disciplinas, lo que sigue ocurriendo hoy día, si bien han ampliado su metodología y técnicas con el paso del tiempo, lo que ha redundado en su quehacer y perspectivas.

Como siempre ocurre, las concepciones de la antropología, en general, y de la arqueología, en particular, también han evolucionado; es así como una definición de esta última podría considerarla la disciplina que estudia las diversas manifestaciones del hombre, tanto materiales como simbólicas, apoyada en técnicas diversas como la prospección, la excavación y el fechamiento; que además cuenta con el apoyo de otras ciencias como la geología, la física, la química, la biología y la botánica, entre otras.

Asimismo, acude a la documentación escrita –cuando existe– en busca de mayores elementos para la adecuada interpretación del pasado. Sin embargo, viene a cuento preguntarse cuáles fueron algunos de los principales aportes de la arqueología a lo largo del tiempo. ¿Quiénes fueron los protagonistas que hicieron posible el desarrollo de la disciplina? Un repaso muy general de lo anterior nos permitirá ver las maneras en que su desarrollo converge en lo que es ahora, y su papel fundamental para la mejor comprensión de la historia del hombre, de las sociedades y, en el caso de este libro, de lo concerniente a las ideas de la muerte.

La historia de la arqueología se remonta muchos siglos atrás. En estas pocas páginas sólo atenderé lo relativo a algunos pasajes de la arqueología ya que escribir la historia de esta disciplina nos llevaría mucho tiempo y cientos de gruesos volúmenes y aún así quedaría incompleta, pues en este preciso momento se lleva a cabo una enorme cantidad de proyectos a nivel mundial. Conformémonos, pues, con una pequeña vista a vuelo de pájaro de los principales aportes durante el siglo XIX, que fueron importantes para el desarrollo de la arqueología y por la manera en que incidieron en el tema central de este libro: diversas tumbas encontradas en distintos lugares del mundo.

El ocaso de los dioses

El año 1859 dio cabida a varios acontecimientos que cambiaron el rumbo que hasta entonces tenía el pensamiento sobre el pasado. No hay que olvidar que antes de ese año, y por muchos siglos, el mundo occidental basaba la presencia del hombre y de todo lo creado en el decir de la Biblia, en particular del Génesis, en donde se asentaba la creación como acto de Dios. El pensamiento idealista, basado en estos principios tuvo y tiene enorme importancia, a grado tal que el obispo de la Iglesia Anglicana James Ussher, nacido en Dublín en 1581 y nombrado por el rey

Jaime I en 1625 arzobispo y primado de Irlanda, lleva a tal extremo su pasión por estos hechos que trata de establecer la antigüedad de la Tierra y del hombre. Ussher conocía el griego y el hebreo, era especialista en las Sagradas Escrituras y en otros documentos, y, tras realizar indagaciones, concluye de manera enfática que la creación de la Tierra ocurrió en la asombrosa fecha del 23 de octubre del año 4004 a.C.; también calculó que el diluvio universal sucedió en el año 2359 a.C. No le cabía duda, sus pesquisas en los antiguos textos lo habían llevado a plantear lo anterior. Sin embargo, John Lightfoot, experto en hebreo de la Universidad de Cambridge, revisó lo dicho por Ussher y, aunque coincide con él en el día y el mes, propone que el año fue 3921 a.C. y añade un dato importantísimo: el hombre se creó a las 9 de la mañana. Ante tan sesudas conclusiones no había más que averiguar. Esto no es de extrañar, ya que la influencia religiosa se daba también en hombres de ciencia como Kepler, quien fecha la creación en 3992 a.C., y en Newton, que le asigna el año 4000 a.C. Este era, pues, el pensamiento imperante durante muchos siglos.

Pero llegó el año 1859. Las investigaciones de Charles Darwin (fig. I.1) se dieron a conocer en el libro *El origen de las especies*, donde el sabio planteaba su teoría de la evolución y la manera en que los hombres y los animales se desarrollaron a lo largo del tiempo. El libro se publicó en noviembre de aquel año y se agotó rápidamente. Las críticas se dejaron sentir de inmediato y en ellas se ridiculizaba al autor de diferentes maneras. Todo lo planteado en el libro se fundamentaba en observaciones científicas y ponía en duda el pensamiento religioso que, basado en la Biblia, sostenía que el hombre y todo lo creado habían sido obra de Dios. Todas estas ideas eran rebatidas por Darwin a través de sus investigaciones, que privilegiaban a la ciencia por sobre las posiciones idealistas.

Otro acontecimiento relevante fue la aceptación en 1859 de

los planteamientos que, de tiempo atrás, venía sosteniendo el francés Jacques Boucher de Perthes (fig. I.2). Nacido en Rethel, Francia, en 1788 y muerto en Abbeville en 1868, tuvo la oportunidad de viajar, especialmente a Italia, pero fue hacia 1830 que su interés lo llevó a recorrer el valle del Somme y a recolectar en las gravas diversos instrumentos líticos, además de restos de fauna fósil de mamut y rinoceronte. Con los materiales que iba colectando pudo, finalmente, escribir una impresionante obra conformada por varios volúmenes que tituló *Antiquités celtiques et antédiluviennes* (Antigüedades celtas y antidiluvianas), cuyo título ya nos dice mucho sobre el contenido mismo. Los tomos están ilustrados con muchas láminas de los instrumentos recuperados, sin embargo su importancia radica en que sus estudios lo llevaron a plantear que el hombre era más antiguo que la creación misma. Calculó una antigüedad mínima de seis mil años, lo que provocó el rechazo de su obra. ¡Cómo era posible que se pensara que el hombre vivió antes de lo señalado por la Biblia y se pusiera en duda lo que esta decía…!

Transcurrió algún tiempo antes de que hubiera investigadores que pusieran atención a los planteamientos de Perthes. En 1855 el doctor Marcel-Jérôme Rigollot apoya la autenticidad de los instrumentos y en 1858 Hugh Falconer indujo a Sir Joseph Prestwitch y a otros investigadores, como John Evans, a que visitaran la localidad para conocer la colección consistente en hachas, puntas de proyectil y otros instrumentos, además de los restos de fauna a los que estaban asociados. Entonces ya no cupo la duda. A su regreso a Inglaterra se presentaron los resultados de aquellas observaciones y fue así como, en 1859, se aceptó lo que muchos habían puesto en duda: la antigüedad del hombre era mayor de lo que hasta entonces se pensaba.

El tercer acontecimiento ocurrido en 1859 fue la publicación del prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Karl Marx (fig. I.3), en el que presentaba sus conceptos sobre el

proceso de desarrollo de las sociedades, mismo que, de acuerdo con él, se había dado con una sucesión de modos de producción empezando por la comunidad primitiva, el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, etcétera, con lo que establecía al hombre y a la producción como motores de la historia.

De esta manera, tres hechos notables dados a conocer durante 1859 asestaron un golpe a las posturas idealistas y reafirmaron el carácter de la ciencia. Ese año sería el parteaguas que marcaría la pauta y establecería bases sólidas para el surgimiento de nuevas disciplinas y de nuevas corrientes del pensamiento.

Un gran salto se había dado: los dioses tenían que hacerse a un lado y ceder el paso a la ciencia…

Jean-François Champollion y la Piedra de Rosetta

Comenzar con el sabio francés y la piedra que lo llevó a la fama no es fortuito, pues el siguiente capítulo tratará sobre el hallazgo, en 1922, de la tumba del faraón Tutankhamon, para el que fue importante el conocimiento y la interpretación de los jeroglíficos egipcios que Champollion realizó en su momento (fig. I.4). Nació el 23 de diciembre de 1790 en Figeac, Francia, y murió el 4 de marzo de 1832 en París a los cuarenta y un años. A los veinte años dominaba alrededor de doce lenguas, entre ellas latín, griego, hebreo, sánscrito, árabe, siriaco, caldeo, etcétera, y se especializaba en el copto. Muy joven fue profesor asistente en la Universidad de Grenoble. Pero su mayor aporte iba a ser, sin lugar a dudas, el desciframiento de los jeroglíficos egipcios a partir del estudio de la recién hallada «Piedra de Rosetta» en Egipto a raíz de la ocupación de las fuerzas de Napoleón. La historia del hallazgo y del posterior destino de esta importante pieza nos merece especial atención, pues muchos aspectos se han derivado de estos acontecimientos.

La historia comienza el 15 de julio de 1799, cuando tropas

francesas del ejército de Napoleón estaban a unos 3 km de la ciudad de Rashid (Rosetta) y un teniente de nombre Pierre-François Bouchard observó una piedra con inscripciones. El monumento estaba elaborado en granodiorita y medía 1.12 m de alto, 75.7 m de ancho, con un espesor de 28.4 m y un peso de alrededor de 760 kg (fig. I.5). Se dio aviso al Institut d'Égypte, instalado por el emperador francés en El Cairo, por medio de un informe redactado por Michel A. Lancret el 19 de julio de aquel año, en donde decía que la piedra mostraba inscripciones de tres tipos. Estos son la escritura jeroglífica egipcia, el demótico y el griego. Se trataba de una lápida a la que le faltaba un segmento de la parte superior, que afecta a la inscripción en jeroglíficos egipcios, en medio había sido labrado el demótico y, hasta abajo, el griego antiguo. La noticia llegó a París acompañada de reproducciones de las inscripciones. Hasta allí todo iba bien, pero llegó el ejército británico y, ante el asedio que hizo a los franceses, estos optaron por retirarse a Alejandría llevando consigo una serie de objetos antiguos, entre ellos la Piedra de Rosetta. Las fuerzas francesas fueron sitiadas y se rindieron el 30 de agosto de 1801. Surgió entonces una disputa sobre los documentos y especímenes que llevaban los científicos franceses, entre ellos la piedra. El general francés JacquesFrançois Menou quiso hacerla pasar como de su propiedad para poder llevarla a Francia, pero el general inglés John Hely-Hutchinson sabía el valor del monumento y no lo permitió, afirmando que todos los materiales pertenecían a la corona inglesa. Finalmente la piedra fue transportada en una fragata francesa que había sido capturada por los británicos y que paradójicamente tenía por nombre Égyptienne. Estas sutilezas han perdurado, hasta hace algunos años el tren que unía a Londres con París, pasando por debajo del Canal de la Mancha, llegaba a una estación con el sugestivo nombre de Waterloo…

Ya en Londres, la Piedra de Rosetta fue presentada el 11 de marzo de 1802 a los miembros de la Sociedad de Anticuarios de

Londres, una institución que contaba con una gran tradición. Se sacaron copias y finalmente fue entregada al Museo Británico, siendo catalogada bajo las siglas EA 24, que significan *Egyptian Antiquities 24*. Allí se exhibe desde aquel año y es una de las piezas más visitadas del acervo que resguarda este museo.

Las investigaciones sobre el monumento empezaron prácticamente desde el momento de su hallazgo. Muchos sabios de la época dieron su parecer y fue así como, paulatinamente, se descubrió su contenido. Las primeras versiones se basan en el griego antiguo de la piedra, pues quienes se dedicaban a estudios filológicos y lingüísticos conocían este idioma. Una de las primeras versiones fue de Stephen Weston y la presentó en 1802 ante la Sociedad de Anticuarios de Londres. Un año más tarde, en 1803, Hubert-Pascal Ameilhon publicó la traducción del escrito griego al latín y el francés. En ese mismo año, Richard Porson reconstruyó la parte faltante en la piedra del texto griego, mientras que el alemán Christian Gottlob Heyne hizo una nueva traducción. Sin embargo, el demótico que ocupaba la parte central de la piedra fue identificado por Silvestre de Sacy, quien reconoció cinco nombres personales: Alexandros, Alexandreia, Ptolemaios, Arsinoe y Epifanes. De Sacy recordaba que el francés Jean-Jacques Barthélemy, en 1761, decía que los cartuchos en los jeroglíficos correspondían a nombres propios. Otro interesado en el tema fue Thomas Young, quien encontró los caracteres fonéticos y registró muchas similitudes entre el demótico y los jeroglíficos grabados en la piedra. Entabló correspondencia con Champollion, quien avanzó en su trabajo de interpretación de los jeroglíficos egipcios en monumentos y fue así como escribió la célebre *Carta a M. Dacier* en la que elaboró un alfabeto con jeroglíficos fonéticos y asentó que estos caracteres aparecen tanto en el griego como en los nombres egipcios.

Mucho hemos hablado de la piedra y de sus peripecias, pero aún no nos hemos referido a su contenido. Si bien la importancia

primordial del monumento reside en que permitió, como ya vimos, descifrar los jeroglíficos egipcios, no podemos pasar por alto lo que se lee en ella, máxime cuando hemos visto en el relato anterior los aportes de los distintos sabios que ayudaron a conocer su significado y la importancia lingüística que representaba. La piedra contiene un relato que un grupo de sacerdotes, que se ostentan como representantes «en todos los templos de la Tierra», dio a conocer en Menfis en el año 196 a.C.; en él, los integrantes de este grupo acuerdan rendir grandes honores y fiestas al faraón Ptolomeo V –quien gobernó Egipto entre los años 204 y 181 a.C., durante el periodo ptolemaico– en su toma de posesión a los catorce años de edad. El joven faraón se casó con Cleopatra I, a quien no debemos confundir con la célebre Cleopatra VII, quien gobernó más tarde y tuvo relaciones con Julio César a quien, una vez asesinado en 44 a.C., le siguió en los favores de la reina Marco Antonio. Recordemos que este linaje griego proviene de Ptolomeo, general de Alejandro Magno; este último estuvo en Egipto entre los años 332 y 323 a.C. Se cuenta que, estando ya en su lecho de muerte, los generales que habían alcanzado tantas victorias al mando de Alejandro deseaban saber a cuál de ellos heredaría su vasto imperio. Viendo el interés de quienes habían estado a su mando, Alejandro contestó: «Al más digno», con lo cual los dejó en la incertidumbre más grande. Finalmente, una vez muerto Alejandro, acordaron entre ellos repartirse las conquistas, y fue así como correspondió a Ptolomeo el territorio de Egipto, instaurándose la dinastía ptolemaica.

Pero veamos cuál es el contenido de esta inscripción, de acuerdo con la traducción de Edwin Bevan:

> En el reinado del joven –quien ha recibido la realeza de su padre– señor de las coronas, glorioso, que ha consolidado Egipto y es piadoso hacia los dioses, superior a sus enemigos, quien ha restablecido la vida civilizada de los hombres, señor de las Fiestas de los Treinta Años, como Hefesto el grande; un faraón, como el Sol, el gran faraón de las regiones alta y baja, descendiente de los dioses Filopatores, a quien Hefesto ha aprobado, a quien el Sol le ha dado la victoria, imagen viviente de Zeus, hijo del Sol, Ptolomeo eterno amado por Ptah; en el noveno año,

> cuando Aëtus, hijo de Aëtus, era sacerdote de Alejandro…; los sumos sacerdotes y los profetas y los que entran en el sagrario para vestir a los dioses, y los portadores de plumas y los escribas sagrados, y todos los demás sacerdotes… estando reunidos en el templo de Menfis en este día, declararon: «Desde que reina el faraón Ptolomeo, el eterno, el amado de Ptah, el dios Epífanes Eucaristos, el hijo del rey Ptolomeo y la reina Arsínoe, dioses Filopatores, han sido muy beneficiados tanto los templos como los que viven en ellos, además de todos los que de él dependen, siendo un dios nacido de dios y diosa (como Horus, hijo de Isis y Osiris, quien vengó a su padre), y siendo benévolamente dispuesto hacia los dioses, ha dedicado a los ingresos de los templos dinero y grano, y ha invertido mucho dinero para la prosperidad de Egipto, y ha consolidado los templos, ha sido generoso con todos sus medios, y de los ingresos y los impuestos que recibe de Egipto una parte ha sido condonada completamente y otra reducida a fin de que el pueblo y todo lo demás sea próspero durante su reinado…; Ha parecido bien a los sacerdotes de todos los templos en la Tierra aumentar considerablemente los honores existentes al faraón Ptolomeo, el eterno, el amado de Ptah… y se celebrará una fiesta por el faraón Ptolomeo, el eterno, el amado de Ptah…, el dios Epífanes Eucaristos, anualmente en todos los templos de la Tierra desde el primero de Tot durante cinco días en los que se deben lucir guirnaldas, realizar sacrificios y los otros honores habituales; y los sacerdotes deberán ser llamados sacerdotes del dios Epífanes Eucaristos además de los nombres de los otros dioses a quienes sirvan, y su clero se inscribirá a todos los documentos formales y los particulares también podrán celebrar la fiesta y erigir el mencionado altar, y tenerlo en sus casas, realizando los honores de costumbre en las fiestas, tanto mensual como anualmente, con el fin de que pueda ser conocida por todos los hombres de Egipto la magnificencia y el honor del dios Epífanes Eucaristos, el faraón, de acuerdo con la ley».

El contenido del escrito en sí nos revela muchas cosas. Por un lado, el endiosamiento del faraón, que en realidad seguía una larga tradición de más de tres mil años, y, por el otro, la actitud un tanto aduladora de los sacerdotes que buscaban ganarse así los favores del gobernante. Nada nuevo sobre la Tierra.

Para terminar con este tema, hay que mencionar que Egipto ha solicitado a Inglaterra la devolución de la Piedra de Rosetta a su lugar de origen. También Grecia había pedido al British Museum el retorno de los paneles de mármol del Partenón a su tierra natal. México también solicitó a Austria que devolviera el llamado Penacho de Moctezuma. Estos son algunos ejemplos de cómo diversos países reclaman que parte de su patrimonio, extraído por la acción colonialista, como en el caso de los dos primeros, se reintegren al país al que pertenecen. El caso de la Pie-

dra de Rosetta reviste características similares pues ya vimos cómo, finalmente, fue a parar a manos de los ingleses; en 2003 se solicitó su devolución a Egipto y dos años después se reiteró esta petición que incluía otros especímenes de la cultura egipcia que se encuentran en diversos museos europeos.

Parece difícil que estos museos estén dispuestos a regresar todos los objetos obtenidos a lo largo del siglo XIX, principalmente, pues de hacerlo estos países simplemente se quedarían sin museos o por lo menos sin algunas de las piezas más destacadas exhibidas en ellos. Sin embargo, los países que sufrieron en otros tiempos la expoliación de su patrimonio no deben quitar el dedo del renglón y deben seguir solicitando su devolución, una posición que la UNESCO favorece y que es, simplemente, un acto de justicia.

Los aportes chinos a la arqueología

La cultura china ha hecho grandes aportes al conocimiento del hombre antiguo y, en particular, del desarrollo que tuvo en épocas muy tempranas. Uno de los yacimientos arqueológicos que destacan en este sentido es el sitio de Zho¯ uko˘ udiàn, más conocido entre nosotros como Choukutien. Fue un privilegio para mí visitarlo en 1974 ya que allí, en 1927, Davidson Black encontró restos muy antiguos del llamado *sinanthropus pekinensis* con una antigüedad de cientos de miles de años. Otro hallazgo relevante fue el del hombre de Lantian, descubierto cerca de Xi'an y dado a conocer por el doctor J.K. Woo en 1963. Estos restos son de una subespecie del *homo erectus* que, al parecer, ya tenía control del fuego y fabricaba instrumentos de piedra. Su antigüedad se ha calculado entre setecientos cincuenta y doscientos mil años.

Situación especial es la de la escritura china que se remonta al año 3000 a.C., atribuida a un emperador legendario de nombre

Fu Shi. Los restos de la escritura más antigua corresponden a la dinastía Shang (1765-1122 a.C.) y son inscripciones adivinatorias grabadas en huesos y caparazones de tortuga. Bajo el reinado unificador de Qin Shi Huangdi (de cuya tumba hablaremos en el tercer capítulo), el primer ministro Li Si intentó reunir las diversas versiones del chino existentes en varias provincias. Por cierto que una de las obras monumentales llevadas a cabo por Qin Shi Huangdi fue la construcción de los más de 8 000 km de la famosa Muralla China, que buscaba detener las invasiones de grupos enemigos.

Además de visitar estos lugares, recuerdo que nuestros anfitriones nos llevaron a ver una de las tumbas de la dinastía Ming, verdaderos montes que encierran en su interior las magníficas tumbas de los soberanos.

Otro hallazgo impresionante es el de la tumba de una dama de la nobleza china, cuyo cuerpo aún conservaba cierta frescura, que había sido enterrada con un ajuar consistente en vestidos de seda, alimentos varios y otros objetos, todos ellos conservados perfectamente por el tipo de suelo en que se hallaban, así como por las cajas que se sobreponían una dentro de otra, lo que ayudó a la preservación del cuerpo. Esto se logró a tal grado que se pudo estudiar el contenido de lo que la mujer había comido el día de su muerte y aun detectar sus características físicas y los detalles de lo que produjo su muerte.

Muchos nuevos datos nos depara la arqueología china, aunque hay que tomar en consideración que, en los investigadores chinos, no hay precipitación por agotar rápidamente sus yacimientos, y hacen muy bien. Es el caso de la tumba del emperador Qin Shi Huangdi, de la que solamente se ha excavado una porción y aún no se llega a las cámaras mortuorias en las que seguramente se encuentran los restos del mandatario y los tesoros que lo acompañaron. Quizá dentro de algunos años se planee hacerlo y entonces veremos los vestigios de uno de los grandes emperado-

res chinos.

Muchos otros adelantos se deben al pueblo chino. A lo largo de su historia vemos desde una de las presencias más tempranas del hombre hasta sus aportes filosóficos, sin pasar por alto la tradicional artesanía en diversos materiales como cerámica, cobre, bronce y hierro, además de su arte expresado de múltiples maneras en papel y seda. Un papel importante desempeña la escritura, cuya caligrafía, en no pocas, ocasiones alcanza niveles de arte.

El caso de Mesoamérica: Monte Albán, Palenque y el Templo Mayor de los mexicas

Las tres tumbas que he seleccionado para Mesoamérica corresponden a otras tantas culturas que allí se desarrollaron en espacios y tiempos diferentes. En efecto, la primera de ellas (cuarto capítulo) es la Tumba 7 encontrada en la ciudad de Monte Albán, Oaxaca, por lo que a continuación veremos cómo este sitio, que tuvo una importancia regional relevante, fue visitado desde épocas tempranas por diversos personajes que nos trasmiten, por medio de sus escritos, la impresión que les causó el lugar.

Monte Albán, ubicado en lo alto de un cerro junto a la ciudad de Oaxaca, es una de las ciudades más antiguas de Mesoamérica. Fue fundada por los zapotecos en el año 500 a.C., su hegemonía en los Valles Centrales duró varios siglos y su presencia influyó en otros centros. Los primeros habitantes de la ciudad, en lo que se llama Época i (500-300 a.C.), debieron contarse entre los cinco mil, cifra que aumentó al doble hacia el año 100 a.C. Sin embargo, su apogeo ocurriría entre el 200 y el 750 d.C., cuando convive con otras grandes ciudades como Teotihuacan, Cholula y muchos centros mayas. Su población aumentó hasta cerca de treinta mil habitantes, y, actualmente, se ha podido identificar el palacio principal y los edificios de habitación de la élite, así como

aquellos de la gente del pueblo, además de una serie de conjuntos arquitectónicos que conforman la plaza principal del lugar, en donde vemos edificios religiosos y un juego de pelota. Estas grandes plazas podían contener a un buen número de creyentes que, de esta manera, participarían en diferentes ceremonias religiosas. Desde sus comienzos hay evidencias de la escritura zapoteca en estelas, lápidas y en otros restos. Hacia el año mil de nuestra era o un poco después, en la llamada Época V (1100-1521 d.C.), fue ocupada por grupos mixtecos, a quienes se debe la elaboración de una refinada cerámica policromada, códices con genealogías y con otros contenidos, y el manejo de metales como el oro, del que nos dejaron muestras magníficas, como se verá cuando hablemos del contenido de la famosa Tumba 7. Acerca de esto nos dice la doctora Joyce Marcus cuando hace ver que posiblemente un gobernante mixteco ocupó parte de las terrazas de la Época V: «La Tumba 7 de Monte Albán sugiere esta alternativa. Contiene un tesoro real así como una serie de huesos tallados con motivos y jeroglíficos que corresponden al estilo de los códices mixtecos».[3]

El capitán Guillaume Dupaix visitó el lugar como parte de los tres recorridos que realizó por distintas regiones de Mesoamérica en los años 1805, 1806 y 1807; acompañado por el dibujante Luciano Castañeda. A ellos correspondió hacer los primeros dibujos de algunas de las lápidas conocidas como Los Danzantes (ahora interpretadas como prisioneros de guerra) y la minuciosa descripción de la plaza principal de Monte Albán. Otro personaje importante fue Juan Bautista Carriedo, quien escribió: «En el año de 1837, por segunda o tercera vez me animó una circular del Ministerio de Instrucción Pública para medir y copiar cuantos objetos curiosos hubiese en la fortaleza de Monte Albán».[4] A estos siguieron otros visitantes atraídos por las características del sitio y, en 1855, José Murguía y Galardi se da cuenta de que los materiales de que están hechas las estelas no se encuentran en la

parte alta del sitio y apunta, además, la complejidad que debió implicar el abastecimiento de agua a la ciudad. Dos años más tarde llega al lugar Johann von Müller quien hace un plano completo de la gran plaza. No podían faltar las descripciones del francés Desiré Charnay, quien recorrió buena parte de Mesoamérica, incluida Monte Albán, en 1864, anotando y fotografiando monumentos. A él se debe la introducción de la cámara fotográfica como elemento para dejar constancia de lo observado.

Algunos otros especialistas suben al cerro para conocer sus características. Ya en pleno siglo XX, será don Alfonso Caso quien se interese de manera particular en este importante lugar y programa una serie de temporadas de excavación que empieza en la década de los treinta. En una de ellas, don Alfonso va a encontrar una tumba, de las muchas que existen en Monte Albán, a la que se asignó el número 7. Fue interesante constatar que se trataba de una antigua tumba zapoteca reusada más tarde por los mixtecos para colocar el cuerpo de un personaje que, sin lugar a dudas, debió tener un alto rango dentro de la sociedad que ahora habitaba parte del lugar. Los detalles del hallazgo, de la excavación y los estudios posteriores serán motivo del cuarto capítulo.

El caso de Palenque no es menos notable. Sigue el patrón de varias ciudades mayas en las que el poder político, económico, social y religioso se concentraba en el centro de la ciudad mientras que la población artesanal y campesina estaba dispersa alrededor del centro principal. En Palenque tenemos edificios religiosos, además del llamado Palacio, en donde habitaban quienes regían los destinos de la ciudad. También se han detectado grandes tumbas dentro del conjunto urbano. Algunos investigadores piensan que alrededor de diez mil habitantes ocupaban estos sectores entre dirigentes, sacerdotes y servidores.

El lugar ha sido visitado desde 1730 y, gracias al interés del canónigo Ramón de Ordóñez y Aguiar por el sitio, el recién nombrado gobernador y capitán general de Guatemala don José

de Estachería ordenó que una expedición visitara aquellas ruinas. Correspondió hacerlo primero a don Antonio Calderón en 1784, quien hace una descripción de la antigua ciudad que acompaña con dibujos y atribuye su establecimiento a romanos, cartagineses y hasta a españoles. La segunda visita la hará don Antonio Bernasconi, arquitecto de obras reales, quien atenderá su comisión con un instructivo que le facilita el mismo Estachería. Su informe lo rinde el 13 de junio de 1785 y entre las menciones que hace y los dibujos que presenta aparece el del Templo de las Inscripciones, edificio que guardaba en su interior lo que hoy conocemos como Tumba de Palenque, cámara sepulcral en donde fue depositado el cuerpo del mandatario maya Pakal.

Una tercera expedición se llevó a cabo por parte del capitán Antonio del Río, quien fue en compañía del dibujante Ricardo Almendáriz, autor de veinticinco láminas de las ruinas y de otros detalles. Personaje controvertido, el capitán cumplió con lo encomendado y señala que no quedó «ventana, ni puerta tapiada, ni cuarto, sala, corredor, patio, torre, adoratorio y subterráneo en que no se hayan hecho excavaciones de dos y más varas de profundidad». No deja de preocupar tal aseveración por los destrozos que pudo causar, máxime cuando aún no se contaba con técnicas adecuadas para el control de excavaciones de este tipo, pero el hecho es que el informe fue enviado a España y allí permaneció por un tiempo hasta que, años más tarde, el conde Frédéric de Waldeck lo encontró en Londres y tradujo el documento –fechado el 24 de junio de 1787– para su publicación en inglés en 1822.

Contamos con diversas obras posteriores que hacen referencia a Palenque. El inglés John Galindo nos dejó *Ruins of Palenque* (Las ruinas de Palenque) publicado en Londres en 1832. El mismo Waldeck la visitó en mayo de ese mismo año y, poco después, tenemos el arribo a la vieja ciudad maya de John Lloyd Stephens junto con el artista Frederick Catherwood. El primero había leí-

do el informe de Del Río y esto le había avivado el interés en el lugar. Llegarán allí el 11 de mayo de 1840 y habitarán por 19 días en el Palacio, a pocos metros del Templo de las Inscripciones. Un dato curioso: a Stephens se le ofrecieron en venta las ruinas por 1 500 dólares, con la condición de que se casara con una dama del lugar, pero prefirió seguir soltero y aquí convendría adaptar la famosa frase de Enrique IV de Francia: «Palenque bien vale una boda», pero no fue así…

El interés por Palenque va a continuar, pero habría que esperar cerca de un siglo para que el arqueólogo Alberto Ruz Lhuillier pudiera penetrar, a mediados del siglo XX, en el Templo de las Inscripciones para encontrar, finalmente, la tumba de Palenque. En el quinto capítulo daremos los pormenores de cómo ocurrió este acontecimiento que ayudaría a develar uno de los hallazgos más impresionantes del siglo XX en la zona maya.

El Templo Mayor de los mexicas, frente al cual se ha detectado la posible tumba de Ahuítzotl y de otros gobernantes, tiene, al igual que los otros dos sitios ya mencionados, una historia apasionante. Comienza muchos años antes de la conquista española, cuando tras una larga peregrinación, los mexicas se asientan en medio del lago de Texcoco. Allí fundan la ciudad de Tenochtitlan en el año 1325 d.C., que será destruida por los españoles en el año 1521. Esta ciudad lacustre se unía a tierra firme por grandes calzadas y contaba con miles de canoas hechas de madera que servían como medio de comunicación dentro de los canales de la ciudad y con tierra firme. Se abastecía de agua potable por medio de un acueducto que llevaba el líquido desde los manantiales de Chapultepec hasta Tenochtitlan. La ciudad llegó a tener hasta ciento setenta y cinco mil habitantes y su sociedad estaba profundamente estratificada. La conformaban los nobles o *pipiltin* y los *macehuales* o trabajadores. Dentro de los primeros se encontraba el máximo dirigente o *tlatoani,* que tenía bajo su mando al ejército, al tiempo que era el gran sacerdote; de esta

forma, tenía el control ideológico y militar. También estaban los miembros de la nobleza, que por lo general ostentaban diversos cargos importantes, y los altos mandos militares. Entre los segundos había toda una gama de especialistas como alfareros, tejedores, albañiles, carpinteros, médicos, arquitectos, artistas y otros más que, junto con los campesinos, formaban la mayor parte de la población.

En el centro de la urbe se erigía el principal edificio: el Templo Mayor o *Hueyteocalli,* en lengua náhuatl. Este edificio reviste una importancia fundamental, pues para este pueblo se constituía en el centro de su universo: por él se podía subir a los niveles celestes o bajar al inframundo, además de que de él partían los cuatro rumbos del universo. De esta manera, la ciudad de Tenochtitlan y su plaza principal eran una réplica de su concepción del universo. El edificio se asentaba sobre una gran plataforma y estaba orientado hacia el poniente. En su parte alta había dos adoratorios a los que se accedía por dos escaleras, uno dedicado a Huitzilopochtli, deidad solar y de la guerra, y el otro a Tláloc, dios del agua, de la fertilidad y la lluvia. Lo anterior era clara imagen de las necesidades del grupo: por un lado, la guerra que permitía conquistar otras regiones e imponer un tributo que llegaba a Tenochtitlan periódicamente y, por el otro, la necesidad de la lluvia para la producción agrícola. Detrás de todo esto vemos la dualidad por excelencia: vida y muerte.

Veamos ahora algunos antecedentes de lo que la arqueología ha dado en esta parte tan relevante de la ciudad antigua sobre la que se asienta la actual ciudad de México. El 13 de agosto de 1790, a raíz de las obras que ordenó el virrey Revillagigedo, segundo conde de este nombre, con el fin de emparejar y hacer desagües en la plaza principal de la capital novohispana, se encontró una colosal escultura de la madre de los dioses: Coatlicue, «la de la falda de serpientes». El 17 de diciembre de ese mismo año se localizó muy cerca de la anterior pieza otra escultura mo-

numental que no era otra que la Piedra del Sol o Calendario azteca. Un año más tarde, se encontraba un nuevo monumento en el atrio de la Catedral: la llamada Piedra de Tízoc. Esta trilogía de grandes monolitos poseía contenidos diferentes. La Coatlicue representa a una deidad decapitada de cuya parte superior salen dos chorros de sangre en forma de serpientes, que aparentan ser la cabeza. Lleva garras en manos y pies y debajo de ella está la imagen de Tlaltecuhtli, otra versión terrestre. Por su parte, la Piedra del Sol tenía en su superficie la concepción del tiempo de los mexicas y en ella podemos ver los soles o edades por los que había pasado la humanidad. También se ve una banda formada por los veinte días del calendario, lo que completa un mes; no olvidemos que para ellos el año se componía de dieciocho meses de veinte días. La Piedra de Tízoc conmemoraba las conquistas del *tlatoani* o gobernante mexica de este nombre, además de que sobre ella se llevaba a efecto un ritual en el que un prisionero de guerra era atado al centro de la piedra y se le daban armas sin filo, lo que lo ponía en clara desventaja ante su contrincante, un guerrero mexica perfectamente armado. El final era el esperado: el cautivo era vencido y sacrificado.[5]

El primer estudio en forma de estos hallazgos lo hizo el sabio don Antonio de León y Gama, quien en 1792 publicó su célebre libro *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras…,* mismo que volvió a editarse en 1832, ya en el México independiente y con agregados por parte del autor.[6] Para difundir esta obra de uno de los primeros libros de arqueología, publiqué, cuando se cumplieron doscientos años de estos hallazgos, en 1990, una edición facsimilar de la versión de 1832 que, al agotarse, se reeditó en 2009.[7] Incluí la edición original de 1792 en facsímil como parte de mi estudio *La Piedra del Sol*.

Estos hallazgos casuales proporcionaron datos de enorme importancia para conocer el pasado mexica. Años más tarde se die-

ron nuevos hallazgos en distintos lugares del centro de la ciudad, como los edificios y las esculturas encontrados exactamente detrás de la Catedral en el año 1900. Fue don Leopoldo Batres quien hizo el rescate de estos materiales al publicarlos bajo el título *Exploraciones arqueológicas en la Calle de las Escalerillas*. Poco después se encontró parte de un edificio cuya escalinata veía hacia el sur y junto a ella dos esculturas de buen tamaño, una de ellas era un felino que hoy se encuentra en la entrada de la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología; la otra es una cabeza de serpiente.[8] Más recientemente se detectó una tercera pieza que formaba parte de este conjunto: la escultura de un águila de piedra de buena factura que puede visitarse en el Museo del Templo Mayor.

Llegó así el año 1914, cuando uno de los grandes antropólogos mexicanos, el doctor Manuel Gamio, practicó excavaciones en las calles que por entonces llevaban los nombres de Santa Teresa y Relox (hoy República de Guatemala y República de Argentina, respectivamente), muy cerca de la Catedral Metropolitana. Encontró muros y esculturas que identificó como correspondientes al Templo Mayor mexica. De esta excavación se derivaron varios trabajos que Gamio encomendó al biólogo Moisés Herrera, como los análisis de la flora y fauna obtenida y la interpretación de las esculturas que mostraban serpientes y formaban parte del Templo Mayor.

En 1933, el arquitecto Emilio Cuevas practicó dieciocho calas a un costado de la Catedral, muy cerca del lugar en que Gamio había detectado el Templo Mayor. En su informe menciona lo encontrado en cada cala sin saber que los muros y la alfarda reportados eran parte de lo que hoy sabemos es la etapa Vi (ca. 1486-1502 d.C.) del principal templo mexica. Como complemento del conocimiento sobre el Templo Mayor, tenemos el reporte hecho por Elma Estrada Balmori de su intervención, junto con Hugo Moedano, en 1948 en el sur del *Hueyteocalli,* en donde

encontró una interesante ofrenda. También del lado sur, Eduardo Contreras obtuvo otra ofrenda más que contaba con un buen número de piezas de estilo mezcala. En 1964 tuve a mi cargo el rescate de un adoratorio con pintura mural que se localizó al norte del Templo Mayor con su fachada orientada hacia el este. El decorado consistía en dos mascarones de Tláloc policromados en colores rojo, azul verdoso, rosado, blanco y negro.

Pasaron muchos años desde la identificación de aquella esquina del Templo Mayor por parte de don Manuel Gamio, para que en 1978 sucediera el hallazgo casual por obreros de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro de una nueva escultura monumental, que no era otra que Coyolxauhqui, deidad lunar hermana de Huitzilopochtli, que formaba parte del Templo Mayor. Una vez que los miembros del Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH realizaron las primeras excavaciones de rescate en la figura, dio comienzo el Proyecto Templo Mayor, que estuvo a mi cargo y que nos permitió excavar en su totalidad este edificio y muchos otros aledaños a él, además de un sinnúmero de ofrendas y materiales diversos que han proporcionado información rica y variada para el mejor conocimiento de los mexicas. Entre estos hallazgos, estaba el de la diosa de la tierra, Tlaltecuhtli, devoradora de los cadáveres, encontrada el 2 de octubre de 2006.

De esto hablaremos en el capítulo correspondiente.

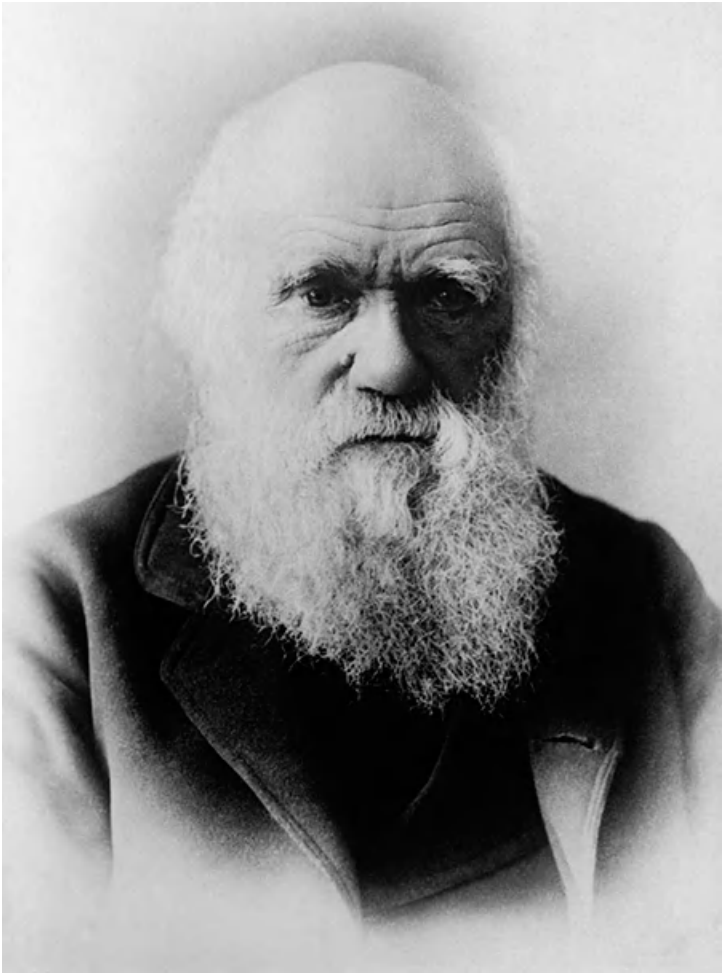


Fig. I.1. Charles Darwin, autor de *El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, 1859 (Shrewsbury, Inglaterra, 1809-Kent, Inglaterra, 1882)

Fig. I.2. Jacques Boucher de Perthes (Rethel, Francia, 1788-Abbeville, Francia, 1868)

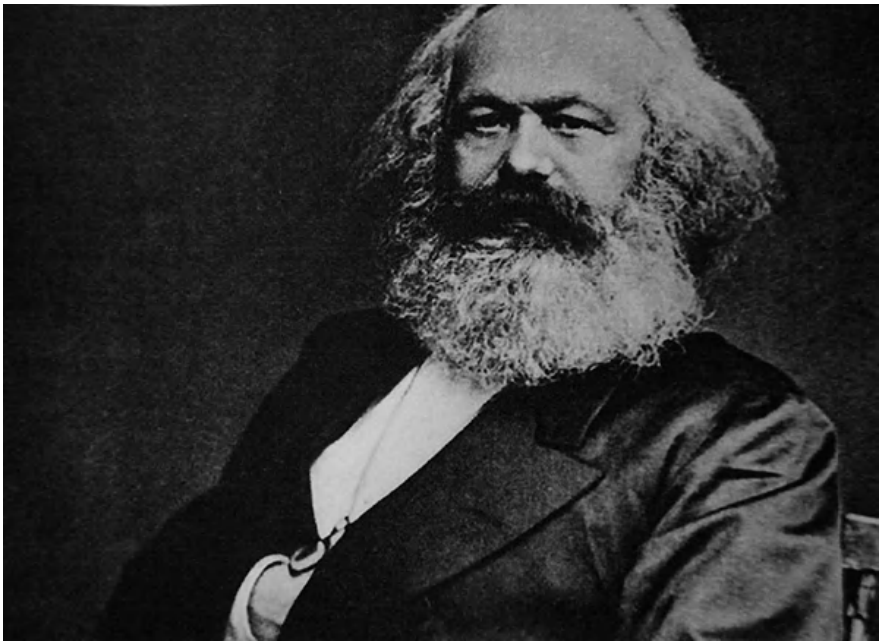


Fig. I.3. Karl Marx (Tréveris, Reino de Prusia, 1818-Londres, Inglaterra, 1883)

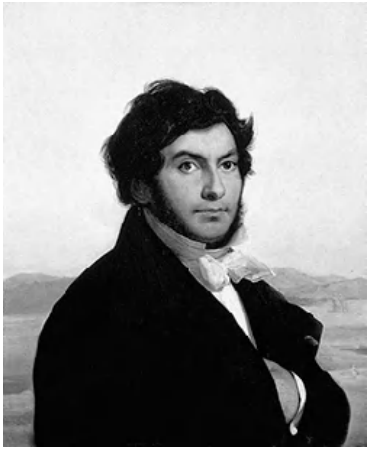


Fig. I.4. Jean-François Champollion (Figeac, Francia, 1790-París, Francia, 1832)

Fig. I.5. Piedra de Rosetta, British Museum

II
La tumba de Tutankhamon

> ¡Una puerta sellada! Así, pues, era cierto. Nuestros años de paciente trabajo iban a quedar recompensados después de todo. Creo que mi primer sentimiento fue de contento por el hecho de que mi fe en el Valle no había sido injustificada. Con una excitación que se convirtió en ardor febril busqué los sellos de la puerta, en busca de pruebas sobre la identidad del dueño del lugar, pero no pude encontrar nombre alguno. Los únicos descifrables eran el conocido sello de la necrópolis real, el chacal y nueve cautivos. Sin embargo, dos cosas eran claras: en primer lugar, el empleo del sello real era una prueba evidente de que la tumba había sido construida para un personaje de gran categoría. En segundo lugar, el hecho de que la puerta sellada estaba completamente tapada por las cabañas de los trabajadores de la dinastía XX, construidas encima de ella, era una prueba suficientemente evidente de que no había sido tocada por lo menos a partir de aquella época…[1]

Los hechos aquí relatados del momento crucial en que el arqueólogo Howard Carter encontró la puerta de acceso a la tumba real del faraón Tutankhamon, ocurrieron la tarde del 5 de noviembre de 1922. Al día siguiente, Carter envió un telegrama a su patrocinador, George Herbert, quinto conde de Carnarvon, en el que le decía lo siguiente: «Finalmente he hecho descubrimiento maravilloso en Valle, una tumba magnífica con sellos intactos; recubierto hasta su llegada; felicidades».[2] En efecto, aquella puerta era el umbral que llevaría a uno de los descubrimientos más trascendentes de la arqueología egipcia. Muchas tumbas habían sido violadas y su contenido saqueado, pero ahora se abrían grandes perspectivas de conocer, intacta, la tumba de un faraón de la dinastía XVIII.

Esta dinastía, junto con la XIX y la XX, forma lo que los egiptólogos llaman el Imperio Nuevo, ubicado cronológicamente

entre los años 1550 y 1069 a.C., aunque como siempre ocurre hay algunas discrepancias en los años por parte de diversos especialistas en la materia. Muestras de carbono-14 han permitido marcar el comienzo del Imperio Nuevo, y por ende de la dinastía XVIII, hacia el año antes dicho de 1550, ya que el intervalo de radiocarbono indica los años 1570-1544 a.C. para su fundación por el faraón Amosis, quien gobernó desde el momento de la instauración de la dinastía xViii hasta el año 1525 a.C. A él correspondió liberar a Egipto de la presencia de los hicsos, que duró cerca de cien años. Le sucedió Amenofis I y a su muerte ocupó el trono Tutmosis I, uno de los más grandes faraones, quien logró expandir el imperio hasta Siria y Palestina, y, por el sur, hasta la cuarta catarata del Nilo en Nubia. Fue él quien inició los enterramientos reales en el Valle de los Reyes; más adelante veremos algunos pormenores de las razones que lo llevaron a instaurar esta práctica en ese lugar. Tutmosis II gobernó a continuación, pero su sucesora fue la famosa reina Hatshepsut, hija de Tutmosis I, quien tomó el trono y cogobernó con Tutmosis III por veinte años. A la muerte de la reina, Tutmosis se hizo del mando y ordenó borrar el nombre de Hatshepsut de muchos de sus monumentos. Durante su gobierno, Egipto alcanzó su máxima expansión por medio de campañas militares que llegaron a partes de Asia y África. Los gobiernos subsiguientes recayeron en Amenofis II y después en Tutmosis IV. Sin embargo, uno de los faraones más opulentos fue Amenofis III a quien siguió en el trono Amenofis IV, conocido como Akenatón, pues a él se debió la reforma religiosa que privilegió el culto al dios Atón y que ocasionó no pocos problemas entre los seguidores de Amón y los del nuevo culto. Cambió la sede de la ciudad de Tebas a Akhenatón o Tell el-Amarna, y reinó durante diecisiete años. A su muerte, su esposa Neferneferuatón, mejor conocida como Nefertiti, fungió como corregente; aún se conserva una talla de su cabeza en un museo de Berlín, en la que se puede apreciar que

fue una mujer de gran belleza y también de enorme poder. Semenejkara sería el sucesor, pero poco es lo que se conoce de este rey, y hacia el año 1321 a.C. asumió el poder Tutankhamon, quien volvió a hacer de Tebas la capital del Imperio y reinstauró el culto de Amón. Después de su muerte, subió al trono quien había fungido como su visir, de nombre Ai. La dinastía termina con el general Horemheb, quien gobernó aproximadamente entre 1307 y 1292 a.C. En total fueron catorce o quince los faraones que pertenecieron a esta dinastía.

Antes de terminar este apartado diré lo que significan los términos «Egipto» y «faraón». El nombre del país proviene del griego *Memfis,* primera capital del periodo dinástico, aunque los egipcios, al referirse a sí mismos, empleaban la palabra *Kemet*, que significa «pueblo de la tierra negra», haciendo alusión a las tierras muy fértiles cercanas al Nilo. En cuanto a la palabra *faraón (Per-aa),* se empezó a utilizar precisamente en el Imperio Nuevo y se traduce como «casa grande».

Saqueadores de tumbas

Antes de continuar volvamos años atrás para hacer un recuento de las grandes pérdidas que provocaron los saqueadores del patrimonio egipcio al robar sistemáticamente los vestigios del pasado. Para ello, viajaremos al Valle de los Reyes, cuyo nombre no se presta a confusión ya que, en efecto, en él están enterrados muchos faraones de diversas dinastías (XVIII, XIX y XX) que pensaron que en aquel lugar sagrado encontrarían el descanso eterno. El primero en mandar construir su tumba en un punto lejano del Valle fue Tutmosis I, como se dijo antes. La hizo de apariencia modesta y discreta, para evitar el triste destino de sus antecesores, muchas de cuyas tumbas habían sido saqueadas en diversos lugares. La obra se encargó a Ineni, jefe de arquitectos, quien dejó una inscripción en donde hablaba de la manera sigilo-

sa en que se habían llevado a cabo las obras para evitar su profanación. El texto dice así: «Yo fui el superintendente de la excavación de la tumba de Su Majestad en el acantilado. Yo solo, sin ser visto ni oído». Pero las paredes oyen, según reza el refrán, y este caso no fue la excepción. Ya sea porque quienes trabajaron en la fabricación de la tumba hablaron más de la cuenta, ya porque quizá fueron esclavos o prisioneros, como aventura Carter; el hecho es que, cuando se encontró la tumba en 1899, lo único que quedaba era el sarcófago de piedra que había contenido la momia del faraón y algunas cosas más. Tutmosis fue padre de la reina Hatshepsut y a la tumba de ella se trasladó su cuerpo para preservarlo y más tarde, junto con otros faraones, fue trasladado a Deir el-Bahari, como veremos más adelante. Los sucesores de Tutmosis fueron enterrados en el Valle de los Reyes y, con el fin de evitar los saqueos, se destinó, infructuosamente, un buen número de sumas para el pago de vigilantes.

Diversos documentos antiguos han permitido conocer la manera en que actuaban estas mafias de saqueadores, especialmente hacia la dinastía xx, en que se nota una relajación en el celo por vigilar la necrópolis, además de que los funcionarios encargados de protegerla estaban coludidos en su profanación. Tal es el caso del reinado de Ramsés IX, del que se tienen papiros que relatan juicios en contra de saqueadores y aparecen allí los nombres de quienes participaron. Uno de ellos es Khamwese, gobernador de distrito de Tebas; Peser, alcalde de la parte de la ciudad en la orilla oriental; y Pewero, alcalde del sector occidental y responsable de resguardar la necrópolis. Todo comenzó por cierta rivalidad entre estos últimos y fue así como Peser envió un informe al gobernador notificándole sobre la profanación de tumbas en el lado occidental, entre las que se contaban diez tumbas reales y otras de sacerdotes y particulares. Se hizo la averiguación correspondiente y se vio que las afirmaciones de Peser eran exageradas y Pewero fue exonerado de toda culpa; si bien era cierto que hubo

saqueos de tumbas particulares, de algunas sacerdotisas y de una sola tumba real. Gozoso por su triunfo, Pewero organizó un desfile con sus subordinados para celebrarlo y Peser tuvo un altercado con uno de los participantes y cometió un grave error: ante testigos dijo que iba a informar al mismísimo rey, cosa que aprovechó Pewero para enviar una carta al gobernador en la que le hacía saber de esta actitud que ponía en duda lo ordenado por este y de la intención de Peser de pasar por encima de su superior para avisar directamente al rey. El final ya lo podrán imaginar: Peser fue juzgado y hallado culpable.

Howard Carter, de quien hemos tomado estos datos, nos remite al libro de James Henry Breasted *Ancient Records of Egypt* (Registros antiguos de Egipto), volumen IV, párrafo 499 y siguientes, en donde se asienta lo antes dicho. Pero no paró allí el asunto, pues Carter sospecha que tanto el gobernador Khamwese como el alcalde Pewero estaban coludidos en el robo de tumbas, pues poco tiempo después de estos juicios se perpetraron nuevos saqueos y se constató que por lo menos una de esas tumbas estaba en la lista de Peser. Se llevaron a efecto nuevas pesquisas que culminaron con la detención de ocho individuos cuyos nombres conservamos, por lo menos los de cinco de ellos: Hapi, tallista; Iramen, artesano; Amenenheb, agricultor; el aguador Kemwese y un esclavo, Ehenefer. Su confesión, conseguida por métodos drásticos como el de golpear a los detenidos con «una doble caña, azotando sus pies y manos», prosiguió con detalles de la forma en que entraron, por medio de un túnel abierto en la roca, hasta llegar a la cámara funeraria en donde estaban los sarcófagos de la pareja real. El texto de estos hechos dice así:

> Abrimos sus ataúdes y las envolturas en que estaban. Encontramos la augusta momia de este rey… Había gran número de amuletos y ornamentos de oro alrededor de su cuello; su cara estaba cubierta con una máscara de oro; la augusta momia de este rey estaba totalmente recubierta de oro. Las envolturas estaban labradas con oro y plata por fuera y por dentro, incrustadas con toda clase de piedras preciosas. Tomamos todo el oro que estaba en la augusta momia de este dios y los amuletos y ornamentos que llevaba al cuello, así como la mortaja en que

descansaba. La reina aparecía en una disposición semejante y la despojamos del mismo modo. Quemamos las mortajas. Robamos los objetos que encontramos, vasos de oro, plata y bronce. Hicimos las partes y dividimos el oro que encontramos sobre estos dos dioses, sobre sus momias, así como los amuletos, ornamentos y envolturas en ocho partes.[3]

Todos estos hechos que, por lo visto, se cometían cotidianamente habían obligado a tratar de salvaguardar los cuerpos de los faraones del vandalismo generalizado. Fue así como se trasladaron sus cuerpos a otros lugares para preservarlos del saqueo. Se tienen noticias, en los archivos de la corte, de que las tumbas de Amenofis III, Seti I y Ramsés II fueron saqueadas y de que se intentó preservar los cuerpos de los faraones trasladándolos de un lado a otro. La momia de Ramsés III cambió de lugar por lo menos en tres ocasiones, y otros faraones también fueron trasladados, como fue el caso de Amose, Amenofis I, Tutmosis II y Ramsés II, llamado «el Grande». En referencia a este último, hay una inscripción que reza así: «Año 17, tercer año de la segunda estación, día 6, día del traslado de Osiris, rey Usermare-Setepnere (Ramsés II), de su nuevo entierro, en la tumba de Osiris, el rey Menmareseti (I), por el gran sacerdote de Amón, Paynezem».[4]

La tumba de Tutankhamon no estuvo exenta del saqueo parcial. Ciertos datos indican que diez o quince años después de su muerte hubo un saqueo, pero se mantuvo escondida quizá por haberse cubierto posteriormente la entrada o porque encima de ella se establecieron las casas de los trabajadores encargados de construir la tumba de otro faraón.

Ante tales circunstancias se tomó la decisión de trasla dar las momias de cerca de cuarenta faraones a un lugar más seguro. De esta manera y contando con auspicios oficiales, los gobernantes del Imperio Nuevo fueron trasladados de sus tumbas saqueadas en el oeste de Tebas a otro sitio:

Algunas de esas momias, nuevamente amortajadas y colocadas en sarcófagos de reemplazo (pues los ladrones de tumbas despojaron de sus capas de oro a los sar-

cófagos originales o fueron vendidas para resarcir las empobrecidas arcas del Estado), fueron enterradas en una tumba colectiva en Deir el-Bahari.[5]

Allí permanecieron escondidas en una oquedad del acantilado por cerca de tres mil años, hasta que fueron rescatadas el 5 de julio de 1881. Vale la pena recordar cómo acontecieron los hechos. Resulta que una familia de Kurna dedicada al saqueo de tumbas, los Abd el-Rasul, encontraron casualmente los restos de estos faraones y guardaron el secreto por seis años. Acudían al lugar para extraer algunos objetos y venderlos en el mercado y fue así como llamó la atención la presencia de estos materiales que indicaban que procedían de alguna tumba real. Se sospechó de la familia Abd el-Rasul y su jefe fue interrogado pero negó su participación en los hechos. Un mes después, un miembro de la familia acudió ante las autoridades y confesó plenamente lo que estaba sucediendo. Se dio aviso a El Cairo y el Museo envió a Émile Brugsch Bey para hacerse cargo de la situación. Lo que sigue nos lo relata el mismo Howard Carter:

> el 5 de julio de 1881 el tan bien guardado secreto le fue revelado. Debió de ser una experiencia sorprendente. Allí, amontonados en una tumba superficial y mal tallada se hallaban los monarcas más poderosos del Antiguo Oriente, reyes cuyos nombres eran familiares en todo el mundo, pero que nadie había soñado poder ver jamás. Habían permanecido intactos en el lugar donde unos sacerdotes les habían traído de noche, con prisas y en secreto, tres mil años antes. Sobre sus ataúdes y momias, superpuestos y bien ordenados, estaban los relatos de sus viajes de un escondite a otro. Algunos habían sido envueltos de nuevo y dos o tres habían intercambiado su ataúd por el de otro en uno de tantos traslados. La tumba se vació en cuarenta y ocho horas; en nuestros días no hacemos las cosas con tanta prisa. Se embarcó a los reyes en una lancha del Museo y a los quince días de la llegada de Brugsch Bey a Lúxor llegaron a El Cairo y fueron depositados en el Museo.[6]

El traslado de muchos de los más famosos faraones del antiguo Egipto no pasó desapercibido para la población de las orillas del Nilo. En la medida en que la barca avanzaba con los despojos reales, los pobladores disparaban sus fusiles a la manera de un funeral y las mujeres recorrían la orilla del río mesándose los cabellos y lamentándose con gritos fúnebres. Esta singular situación trae a mi memoria lo que aconteció en México cuando en la pla-

za principal de la ciudad se encontró la monumental escultura de la Coatlicue, «la de la falda de serpientes», el 13 de agosto de 1790. Se la trasladó al patio interior de la Real y Pontificia Universidad y allí permaneció por un tiempo. Sin embargo, los frailes que tenían a su cargo aquel recinto decidieron enterrarla allí mismo, pues por las tardes la gente del pueblo iba a visitar a la diosa de piedra y se arrodillaba ante ella con cirios encendidos. Esto causó alarma entre los frailes, quienes decidieron sepultarla. Como se ve, en diferentes latitudes ocurren sucesos que nos ponen a pensar acerca del pasado y de su presencia en el presente. Pero retomemos nuestra historia.

¿Quién era Tutankhamon?

Pongamos atención en quién era este personaje que jamás soñó con que su fama tendría lugar miles de años después de su muerte, pues durante su corta vida no fue uno de los grandes gobernantes del antiguo Egipto. Hay que aclarar que, en no pocas ocasiones, la vida de estos personajes se ve envuelta en misterios no aclarados sobre su proveniencia y su linaje, así como sobre su muerte. El caso de Tutankhamon, en un principio, no escapó a esto. Su nombre significa «imagen viva de Amón» aunque hay que recordar que su nombre original fue el de Tutankhatón, en honor de Atón, a quien su padre reverenció de manera prominente, cambiándolo a Tutankhamon una vez que volvió a restaurarse el culto a este dios. Nació en 1341 a.C. y murió a los diecinueve años en 1323 a.C., si bien es importante advertir que algunos autores asignan diferentes fechas a su nacimiento y muerte. Recientes investigaciones han permitido aclarar, por lo menos parcialmente, algunas incógnitas que prevalecían cuando Howard Carter halló su cuerpo. En efecto, en febrero de 2010, gracias al avance de la ciencia, se llevaron a cabo pruebas de ADN que confirmaron que fue hijo de Amenofis IV, Akenatón, y de

una hermana suya cuyo verdadero nombre se desconoce y a quien se asignó el apelativo de «la Dama Joven». Su complexión era delgada y padecía una marcada dolicocefalia (cráneo alargado), al igual que su padre, dicha característica hizo pensar en algún momento que había tenido hidrocefalia, lo que se descartó después del estudio que el licenciado en medicina y química Douglas E. Derry le practicó del 11 al 15 de noviembre de 1925. Este también obtuvo su estatura, que calculó a partir de los huesos largos aplicando la fórmula del profesor Karl Pearson, con la que determinó que llegó a medir 1.67 m. Un dato que se desprendió de las investigaciones de Derry fue la edad a la que murió el faraón, basado en el relativo grado de unión de las epífisis, de lo que concluyó «que Tutankhamon tendría más de dieciocho años, pero menos de veinte en el momento de su muerte».[7]

Durante una década Tutankhamon dirigió los destinos de Egipto, al asumir el trono cuando estaba cerca de los diez años de edad. Seguramente su mandato se vio envuelto en intrigas palaciegas por la intervención de altos funcionarios de la corte que, muy probablemente, influyeron de manera determinante en la realización de cambios sustanciales, como regresar al culto de Amón y volver a trasladar a Tebas la capital del imperio. Mandó construir edificios en Karnak y Tebas, así como templos en honor del dios recién instaurado. Se casó con su media hermana Ankhesenamón, algo común en aquellas épocas, y esta quedó embarazada en dos ocasiones. Estudios recientes de tomografía computarizada han mostrado que sus hijas no llegaron a nacer: una murió durante el quinto o sexto mes del embarazo y la otra a los nueve meses de gestación.

Los diversos estudios que se han practicado en lo que va de este siglo han permitido descartar enfermedades y confirmar otras. Se ha descartado la presencia de craneosinostosis y ginecomastia. Al parecer padeció una ligera hendidura palatina y escoliosis en la espina dorsal. Se ha confirmado la presencia de la enfermedad

de Köhler (necrosis avascular ósea) y de malaria, que se encuentran entre las posibles causas de su muerte. Su endeble constitución física quizá se debía en parte a problemas genéticos derivados del casamiento entre familiares, aunque el mismo Carter piensa que las imágenes del faraón que aparecen en las piezas encontradas en el interior de su tumba, en las que se ve cazando diversos animales, lo señalan como un rey deportista; aunque no hay que olvidar que en ocasiones estas buscaban dar una imagen idealizada del personaje. Se detectó, también, que poco antes de su muerte sufrió una fractura de la pierna izquierda que se infectó. También hubo presencia de leiomioma. La verdad es que no se conoce la causa definitiva de su muerte a tan temprana edad e incluso se especuló en algún momento que pudo haber sido asesinado. Son interesantes los resultados obtenidos por investigadores del instituto iGENEA de Zúrich, quienes realizaron un perfil genético del rey y encontraron que pertenecía a un haplogrupo R1b1a2, al que pertenece más del 50 por ciento de los varones europeos occidentales, por lo que se piensa que tienen un ancestro común.

Como puede verse, Tutankhamon no destacó como un gran guerrero, a diferencia de algunos de sus antecesores, y es probable que muchas de sus acciones hayan sido sugeridas por miembros prominentes de la corte. Con él termina prácticamente el linaje establecido por Amosis y con los dos siguientes sucesores en el trono (Ai y Horemheb) terminaría la dinastía xViii para dar paso a la siguiente, también conocida como ramésida, pues la estableció Ramsés I y varios de los gobernantes que la conformaron tuvieron este nombre, siendo uno de los más destacados Ramsés II. Lo que sí es necesario destacar es que, cuando Howard Carter descubrió su tumba en 1922, se abrieron puertas para la investigación que han permitido saber mucho más acerca del Antiguo Egipto.

¿Quién era Howard Carter?

El otro protagonista de esta historia es Howard Carter (fig. II.1). Nació en Kensington, Londres, en mayo de 1874 y murió en la misma ciudad el 2 de marzo de 1939 a los sesenta y cuatro años. Sus padres fueron Samuel John Carter y Martha Joyce. Su padre fue artista y Howard también tuvo disposición hacia las artes. Muy joven, en 1890, cuando contaba con diecisiete años de edad, viajó a Egipto, donde colaboró en varias excavaciones e implementó una técnica para copiar los decorados de las tumbas. Entre los proyectos en los que participó está el Egypt Exploration Fund con Percy Newberry y, en 1892, estuvo bajo las órdenes de uno de los grandes arqueólogos británicos, Flinders Petrie, con quien trabajó durante una temporada en Amarna. Entre 1894 y 1899 también participó con Édouard Naville en Deir el-Bahari. Muy pronto alcanzó cargos como el de primer jefe inspector del Servicio de Antigüedades Egipcias (1899), lo que le permitió supervisar diversas excavaciones. El mismo Carter nos dice que en 1902 se le concedió permiso de practicar excavaciones al norteamericano Theodore Davis, quien trabajó durante doce temporadas y encontró varias tumbas como la de Tutmosis IV, Hatshepsut, Horemheb y otras más; el mismo Carter ayudó a localizar dos tumbas para que este arqueólogo las investigara, lo que lo animaba a contar con un permiso propio para hacer excavaciones. Pronto se presentó la oportunidad, pues, aunque había comenzado a trabajar para Lord Carnarvon desde 1907, su interés por excavar en el Valle de los Reyes se acentuó después de encontrar la tumba de Amenofis I en 1914 y ese mismo año consiguió, por fin, el ansiado permiso. Davis había dicho que ya no había posibilidad alguna de encontrar más tumbas en el Valle y con él coincidía el director del Departamento de Antigüedades, Gaston Maspero, por lo que dejó el permiso y este fue solicitado por Carter. Maspero lo firmó, pero mostró pocas esperan-

zas de que se pudiera hallar algo más de importancia. Pese a esto, Carter tenía ciertos datos que lo hacían pensar que aún podría haber restos inviolados en el Valle, y las razones de esta suposición eran los hallazgos realizados por Davis: una copa con el nombre del faraón. Cerca de allí el norteamericano había hallado fragmentos de planchas de oro con los nombres de Tutankhamon y su esposa y, procedentes de anteriores temporadas de campo, Davis había localizado jarras con fragmentos de cerámica y lino a los que no dio mayor importancia. Una vez que estos restos fueron enviados al Museo Metropolitano de Nueva York por Winlock, se percataron de que varios sellos de barro tenían el nombre de Tutankhamon y los restos en general parecían haber sido usados durante las exequias del faraón.

Con estos datos, Carter tuvo la certeza de que la tumba del joven gobernante debía estar en algún lugar del Valle. Iba por buen camino, pero la Primera Guerra Mundial se atravesó y aunque nuestro arqueólogo siguió haciendo diversos trabajos, hubo que esperar algunos años –hasta 1917– para que emprendiera la búsqueda de la ansiada tumba. Para ello marcó un triángulo en el que se excavaría hasta la roca, no sin antes retirar buenas cantidades de escombros dejadas por excavadores anteriores. El trabajo parecía infructuoso, pero los desechos de sílex y las chozas de trabajadores que habían participado en la tumba de Ramsés VI auguraban algo mejor. Sin embargo, Carter entró en dudas y se preguntó: «Después de estos años sin éxito, ¿era lógico que continuáramos? Mi opinión era que mientras quedara un solo lugar por explorar, valía la pena correr el riesgo».[8] Más adelante agrega:

> iba a ser nuestra última campaña en el Valle. Habíamos excavado allí durante seis campañas completas y cada una de ellas había terminado en nada; trabajamos durante meses al máximo esfuerzo sin encontrar nada y sólo un excavador sabe lo desesperado y deprimente que esto puede ser. Ya casi nos habíamos convencido de nuestra derrota y nos preparábamos para dejar el Valle y probar suerte en otro lugar. Y entonces, apenas habíamos dado el primer golpe de azada en un último esfuerzo desesperado, cuando hicimos un descubrimiento que excedía en mucho

nuestros sueños más exagerados.[9]

Despejando la incógnita

El encuentro entre el joven faraón y su descubridor iniciaría en aquel momento. Carter llegó a Lúxor (antigua Tebas) el 28 de octubre de 1922 y para el 1.° de noviembre ya estaba listo para iniciar su último esfuerzo (fig. II.2). Empezó por excavar las chozas que habían servido de albergue para los operarios que participaron en la construcción de la tumba de Ramsés y, después de tomar los datos y hacer los planos correspondientes, las removió para seguir adelante. Al día siguiente, 4 de noviembre, nos dice el arqueólogo que cuando llegó a la excavación notó «un extraño silencio, producido por la detención de los trabajos [...]. Se me recibió con la noticia de que se había descubierto un escalón tallado en la roca bajo la primera cabaña que se había derruido».[10] Retiraron los escombros que cubrían parte de la escalera y para el día 5 en la tarde ya no había duda de que se trataba del acceso a una tumba. Lord Carnarvon llegó varios días después acompañado de su esposa y para el día 24 la escalera estaba totalmente liberada. Contaba con dieciséis escalones y daba de frente a la puerta de la tumba real (fig. II.3). Al día siguiente se anotaron los datos de los sellos de la puerta y se tomaron fotografías. Se pasó entonces a un pasadizo que, a manera de rampa, descendía unos 10 m hasta dar con otra puerta, muy parecida a la primera, que conservaba sus sellos intactos. Era el 26 de noviembre y ese día lo describe Carter así: «Fue el mejor de todos, el más maravilloso que me ha tocado vivir y ciertamente como no puedo esperar volver a vivir otro».[11] Dejemos que en sus propias palabras nos describa aquel momento impresionante y emotivo:

> El momento decisivo había llegado. Con manos temblorosas abrí una brecha minúscula en la esquina superior izquierda. Oscuridad y vacío en todo lo que podía alcanzar una sonda demostraba que lo que había detrás estaba despejado y no lleno como el pasadizo que acabábamos de despejar. Utilizamos la prueba de la

vela para asegurarnos de que no había aire viciado y luego, ensanchando un poco el agujero, coloqué la vela dentro y miré, teniendo detrás de mí a Lord Carnarvon, Lady Evelyn y Callender que aguardaban el veredicto ansiosamente. Al principio no pude ver nada ya que el aire caliente que salía de la cámara hacía titilar la llama de la vela pero luego, cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, los detalles del interior de la habitación emergieron lentamente de las tinieblas: animales extraños, estatuas y oro, por todas partes el brillo del oro. Por un momento, que debió parecer eterno a los otros que estaban esperando, quedé aturdido por la sorpresa y cuando Lord Carnarvon, incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Puede ver algo?», todo lo que pude hacer fue decir: «Sí, cosas maravillosas».[12]

Después de esta primera impresión, Carter amplió el agujero abierto para colocar una linterna con el fin de poder observar mejor el contenido de la cámara. Qué mejor que volver una vez más a sus palabras para ver todo lo que en su interior se guardaba. Sigue diciendo nuestro protagonista:

Estoy seguro de que nunca en toda la historia de las excavaciones se había visto un espectáculo tan sorprendente como el que nos revelaba la luz de la linterna [...]. Dejaré que el lector se imagine la apariencia de los objetos mientras los contemplábamos desde nuestra mirilla de la puerta tapiada, proyectando desde ella el haz de luz de nuestra linterna –la primera luz que cortaba la oscuridad de la cámara en tres mil años– de un grupo de objetos a otro en un vano intento de interpretar el alcance del tesoro que yacía ante nosotros. El efecto era abrumador, impresionante. Supongo que nunca supimos qué es lo que habíamos esperado o deseado ver en nuestras mentes pero sin duda que nunca hubiéramos soñado algo así: una habitación –parecía un museo– repleta de objetos, algunos de ellos familiares pero otros como nunca habíamos visto, amontonados unos sobre otros con una profusión aparentemente interminable.[13]

Lo primero que vieron frente a ellos fueron tres sofás dorados con tallas de animales. A la derecha estaban dos figuras negras de tamaño natural una frente a la otra, ataviadas con faldellín y sandalias de oro, armadas con un mazo y portando un báculo; en la frente tenían la cobra sagrada (fig. II.4). Parecían custodiar otra puerta que se veía al fondo igualmente sellada. También se encontraban cofres decorados con pintura e incrustaciones, vasos de alabastro, flores y ramas, capillas, sillas bien trabajadas, un trono de oro con incrustaciones, cajas blancas y báculos de diversos tamaños, además de carros que brillaban por el oro y las incrustaciones en que estaban hechos (fig. II.5). No había nada en

esta cámara que se pareciera a un sarcófago, por lo que la puerta sellada centró la atención de los investigadores. El primer impulso fue el de abrir de inmediato la puerta, pero se actuó con rigor científico y fue así que, antes que nada, se procedió a la elaboración de un plano detallado de los objetos y de su ubicación, además de las tomas fotográficas que permitirían tener un registro adecuado de todo el contenido. Algo interesante fue que todos los objetos grandes y casi todos los pequeños tenían grabado el nombre de Tutankhamon (fig. II.6).

Una vez realizado este trabajo, se notó que detrás de uno de los sofás había un agujero irregular que rompió la pared. Se veía otra puerta sellada y otro agujero hecho por los saqueadores y pudo apreciarse el contenido de esta nueva cámara que resultó de menor tamaño que la primera pero llena de objetos. La labor de los ladrones había sido fructífera, pero afortunadamente se conservaba gran cantidad de materiales como una silla de marfil con oro, madera y cuero, un tablero de marfil para juego, una caja decorada con pintura y vasos de alabastro y cerámica.

En el diario de campo de Carter, registro que diariamente llevamos los arqueólogos de los detalles de una excavación, pueden leerse sus primeras impresiones respecto de las investigaciones practicadas hasta el momento. Corresponde al lunes 27 de noviembre y hemos respetado la lengua original:

> *The results of our investigations were, (1) it was clear the place was Pharaoh's tomb and not a mere cache; (2) that we had only entered the anterior chambers of the tomb, filled with magnificent equipment equal only to the wealth and splendour of the New Empire; (3) that we had found a royal burial little disturbed save hurried plundering at the hands of ancient tomb robbers.*[14]

Ante la magnitud de lo encontrado en ambas cámaras, Carter se percató de la necesidad de contar con una serie de elementos para poder preservar los objetos, «muchos de ellos en condición precaria y necesitados de un cuidadoso tratamiento de preservación antes de que pudiéramos tocarlos».[15] También se hacía indispensable contar con el apoyo de diversos especialistas, por lo

que escribió al Departamento de Egiptología del Museo Metropolitano de Nueva York para que le enviaran un fotógrafo especializado,[16] así como dibujantes. Se contó con esta ayuda y también con la del doctor Alfred Lucas, director del Departamento de Química del Gobierno Egipcio, quien contaba con tres meses de permiso, por lo que disponía de tiempo suficiente para ayudar en los trabajos. Otro tanto ocurrió con el doctor Alan Gardiner y el profesor Breasted, quienes sabían interpretar las inscripciones antiguas.

Armado con aquel equipo, empezó la tarea laboriosa y delicada de registrar y catalogar uno por uno los objetos encontrados, ubicando su posición y llevando el registro fotográfico. Siete semanas llevó vaciar la antecámara, pero para ese momento ya se contaba con espacios fuera de la tumba para atender y recibir los materiales, y con laboratorios de campo. El sistema empleado para la catalogación de cada objeto fue el siguiente: 1. Medir y dibujar a escala, anotando detalles de la excavación; 2. Tomar anotaciones sobre los materiales con inscripciones, esta tarea estuvo a cargo del doctor Alan Gardiner; 3. Anotar el tratamiento de conservación aplicado, a cargo del doctor Lucas; 4. Fotografiar la posición del objeto *in situ* dentro de la tumba; 5. Tomar fotografía(s) a escala del objeto; 6. Los arcones se fotografiaban con todo el proceso de vaciado de las piezas que contenían.

Otra ardua tarea que hubo que atender fue la de la conservación de los materiales, pues estos habían permanecido tres mil años ocultos y ahora cambiaba radicalmente su medio ambiente. Carter resaltó la importancia de la tarea de preservación y escribe sobre la manera en que se pueden conservar materiales de madera, collares, estuco pintado, tela y papiro, entre otros. En aquel entonces la parafina derretida sirvió para estos fines. En el caso de los collares de cuentas, el hilo que forma el sartal suele pudrirse y es necesario sustituirlo por un cordón nuevo que se coloca con las piezas *in situ,* lo que permite conocer la exacta posi-

ción de cada cuenta. Las telas presentaban deterioros especiales y menciona cómo, en el caso de un vestido, fue necesario aplicar una solución de celuloide. El caso del papiro era diferente y por su condición material es difícil de preservar, lo que llevó a decir a Carter que «se han cometido con él más crímenes que en cualquier otra rama de la arqueología»,[17] por lo que recomienda que si está relativamente bien conservado, debe envolverse con un paño húmedo por algunas horas para después extenderlo debajo de un cristal para su estudio.

Mientras tanto, desde el hallazgo, la noticia había recorrido el mundo y muchas eran las personas que querían ser testigos de lo encontrado. Periodistas, diplomáticos, funcionarios, nadie quería quedarse sin saber y ver lo que estaba aconteciendo. Las visitas se hacían interminables y era necesario atenderlas. Esto quitaba tiempo. Cuando leí las tribulaciones de Carter a este respecto, nunca imaginé que yo mismo iba a sufrir en carne propia estas vicisitudes durante la excavación del Templo Mayor de Tenochtitlan en pleno corazón de la ciudad de México.

Pero faltaba lo más importante: abrir la cámara real donde se encontraba la momia del joven faraón. Esto ocurrió el viernes 17 de febrero de 1923 por la tarde. Un buen número de personas esperaban en la antecámara la apertura de la puerta sellada. Entre ellas estaba obviamente Lord Carnarvon y su esposa Evelyn; Solimán Pachá, ministro de Obras Públicas; M. Lacau, director del Servicio de Antigüedades; inspectores egipcios del Departamento de Antigüedades, y colaboradores en la investigación. Carter tomó la iniciativa quitando pequeñas partes del yeso de la parte superior de la puerta y pronto esta abertura fue suficiente para introducir una linterna (fig. II.7). Lo que vio fue, como él dice, asombroso, pues a un metro de la puerta estaba lo que pensó era una pared de oro macizo. Se retiraron más piedras y se constató que era una de las capillas doradas que se colocaban para proteger el sarcófago (fig. II.8). Ya no había duda: ¡estaban ante la cámara

funeraria!

Esta capilla tenía 5.20 m de largo por 3.25 m de ancho y una altura de 2.75 m, por lo que ocupaba prácticamente toda la cámara, dejando casi solamente un metro libre de cada lado. Era de oro y en los pasillos que la rodeaban había, sobre el piso, algunos emblemas funerarios, como en el pasillo norte donde se hallaron siete remos que ayudarían al rey a atravesar las aguas que lo llevarían al más allá. Las paredes de la cámara estaban pintadas con diversos motivos en colores muy vivos pero «evidentemente ejecutados con prisas».[18] Las puertas de la capilla fueron abiertas y llevaban a otra capilla interior, cuya puerta mostraba un sello. Allí se detuvo el trabajo, pues había primero que desmantelar las capillas para llegar a su interior. Pronto se percataron de que, en la parte este de la cámara, había una puerta baja sin sellos que permitía ver el interior de otro aposento de menor tamaño. Según Carter:

> una simple mirada bastó para decirnos que allí, en aquella reducida cámara, había los tesoros más grandes de la tumba… había el más bello monumento que he visto en mi vida, tan hermoso que hace perder el aliento de asombro y admiración. Su parte central consistía en un gran cofre en forma de capilla, recubierto totalmente de oro y rematado por un friso de cobras sagradas. A su alrededor *[sic]* se erigían las estatuas de las cuatro diosas tutelares de los muertos –graciosas figuras con los brazos extendidos como protección, en una actitud tan natural y llena de vida y con una expresión tal de piedad y compasión en sus rostros que uno sentía que era casi un sacrilegio mirarlas. Cada una de ellas protegía uno de los cuatro lados de la capilla, pero mientras que las figuras de la parte de delante y de detrás tenían su mirada fija en el objeto que estaba a su cargo, las otras dos añadían un conmovedor toque de realismo, ya que tenían la cabeza ladeada, mirando por encima de sus hombros hacia la entrada, como si vigilasen contra cualquier sorpresa. Este monumento tiene una grandeza tan simple que atrae irresistiblemente a la imaginación y no me avergüenza confesar que al mirarlo se me hizo un nudo en la garganta. Se trataba, sin duda, del cofre canope, que contiene las jarras que representan un papel tan importante en el ritual de momificación [fig. II.9].[19]

La cita amerita su longitud, pues son los sentimientos que en ese momento sentía el descubridor, máxime si era una persona con sensibilidad artística como Carter. Entre otras piezas, describe la figura de Anubis, el dios chacal embalsamador, cubierto

con una tela de lino. La operación de inspección que hemos reseñado duró tres horas, y, al terminar, los que esperaban en la antecámara por fin pudieron entrar en grupos reducidos para constatar la grandeza del hallazgo.

Frente a Tutankhamon

Una tarea difícil de resolver fue la de desmantelar las capillas sin causarles daño, con la particularidad de que adentro había dos más, lo que hacía un total de cuatro (fig. II.10). Esta labor llevó buen tiempo pero finalmente se realizó dentro del espacio reducido de la cámara mortuoria. Al llegar, finalmente, ante la cuarta capilla, la emoción era intensa; nos dice el arqueólogo:

> ¿Qué había detrás y qué contenía aquella cuarta capilla? Con intensa emoción corrí los pestillos de las últimas puertas, que no estaban selladas. Se abrieron lentamente y allí, llenando todo su interior y bloqueando todo avance, había un inmenso sarcófago de cuarcita amarilla, intacto, con la tapa firmemente enclavada en su lugar, tal como lo habían colocado unas manos piadosas [fig. II.11].[20]

El sarcófago medía 2.75 m de largo, 1.47 m de ancho y otro tanto de altura. El 3 de febrero se tuvo

> una clara visión de esta obra maestra del arte funerario que se cuenta entre los mejores ejemplares de su clase en el mundo [...]. Pero lo más sobresaliente del sarcófago son las diosas protectoras Isis, Neftis, Neith y Selkit, talladas en altorrelieve en cada una de las esquinas y colocadas de tal modo que sus alas extendidas y sus brazos abiertos lo rodean en un abrazo protector. [...] Las esquinas del sarcófago descansaban sobre losas de alabastro [fig. II.12].[21]

Pero aún faltaba abrir la tapa de granito rosa que estaba rota en su parte central, pese a lo cual encajaba perfectamente en la parte inferior del sarcófago. Se procedió a levantarla (tenía un peso de tonelada y cuarto) y debajo de ella se encontraron telas de lino que cubrían el féretro del faraón, cubierto por una tapa de 2.15 m de largo de gran belleza que representaba el cuerpo del gobernante. He aquí su descripción:

> Las manos, cruzadas sobre el pecho, sostenían los emblemas reales –el cayado y el flagelo– con incrustaciones de fayenza azul oscuro. Las facciones de la cara estaban soberbiamente labradas con una lámina de oro. Los ojos eran de aragonito y

obsidiana y las cejas y pestañas tenían incrustaciones de lapislázuli.

Más adelante agrega:

> Sobre la frente de la figura yacente del joven rey había dos emblemas delicadamente labrados, con incrustaciones, la cobra y el buitre, símbolos del Alto y Bajo Egipto. Sin embargo, el detalle más emocionante por su simplicidad era la minúscula corona de flores colocada alrededor de estos símbolos y, según gustamos de imaginar, la última ofrenda de despedida de la joven reina viuda a su esposo… [fig. II.13].
>
> Entre todo aquel regio esplendor y aquella magnificencia –había oro por todas partes– no había nada tan hermoso como aquellas flores marchitas que aún conservaban un toque de color. Ellas eran testigos de lo poco que realmente son 3 300 años y de la poca distancia que hay entre el ayer y el mañana. De hecho, aquel toque de realismo hermanaba aquella antigua civilización con la nuestra.[22]

La labor se detuvo tan sólo para continuarla más adelante y fue así como meses más tarde se regresó a la tumba. Los problemas que enfrentaban los investigadores eran muchos, desde solucionar la manera de sostener la tapa antropomorfa para ver qué había en su interior hasta la mejor manera de conservar los restos de las coronas y guirnaldas halladas. Superados estos obstáculos, se levantó la tapa y pudo verse que adentro estaba un segundo féretro de poco más de 2 m de largo, ricamente elaborado con la imagen del faraón con gruesas láminas de oro incrustadas de vidrio. A diferencia de la primera, la caja está decorada con el buitre Nekhbet y la serpiente Buto. A juicio de Carter «el rasgo más sobresaliente es la delicadeza y superioridad del diseño que le dan categoría de obra maestra».[23]

Los trabajos continuaron y dentro de este féretro estaba otro más, un tercer féretro con la misma imagen del rey hecha de oro puro. Tenía 1.85 m de largo y el oro tenía un espesor de 2.5 mm a 3.5 mm. Al levantar esta tapa dejó ver, ahora sí, al rey en persona (fig. II.14).

El estudio de la momia del faraón, emprendido por Douglas E. Derry en noviembre de 1925, abarcó, aparte de lo ya mencionado páginas atrás, una revisión completa del cuerpo para la que fue necesario quitar primero las vendas de lino y batista que lo

cubrían, lo que presentó nuevas dificultades pues estaban en mal estado de conservación (fig. II.15). Se vio que cada extremidad había sido cubierta de forma separada por vendas para después revestir con vendajes todo el cuerpo. Superado este obstáculo, nos refiere Derry la posición que guardaban los brazos: el derecho, doblado encima de la parte superior del abdomen y el izquierdo, un poco más arriba sobre las costillas inferiores. Del codo a la muñeca se encontraron brazaletes y en los pies se habían colocado sandalias (fig. II.16). La cabeza reveló otros aspectos, entre ellos que la cavidad craneal estaba vacía; en ella, sólo se halló un material resinoso que había sido introducido por la nariz por quienes llevaron a cabo el embalsamamiento del cuerpo. Las fosas nasales eran el lugar por donde, conforme a la práctica tradicional, se sacaba el cerebro. Las vísceras eran extraídas por medio de una incisión practicada en el abdomen, en este caso, ubicada en el lado izquierdo.

Las palabras de Howard Carter, cuando estuvo frente a frente con el rostro del faraón, son elocuentes: «El aspecto emocional no forma parte de la investigación arqueológica. Allí, finalmente, yacía todo lo que quedaba del joven faraón, hasta entonces poco más que la sombra de un nombre para nosotros» (fig. II.17).[24]

Con estas palabras termino este capítulo. Palabras que nos hacen meditar acerca de lo que realmente somos y cómo ni las más grandes riquezas del mundo pueden evitar que, finalmente, estemos ante el rostro de la muerte (figs. II.18 y II.19). Solamente una mala noticia ensombreció las labores de excavación de la tumba de Tutankhamon, catalogada con la clave KV62: el 5 de abril de 1923, a escasas semanas de haber comenzado los trabajos relatados, murió Lord Carnarvon. Con su muerte se desató una serie de especulaciones que nunca falta en el imaginario popular: que esto había sucedido por una maldición del faraón y otras sandeces. La arqueología no está exenta de charlatanes que in-

ventan sucesos que nunca ocurrieron.

Para terminar, no quiero dejar de mencionar que al escribir este capítulo vino a mi memoria la primera vez que leí sobre el Valle de los Reyes y los hallazgos allí ocurridos. Fue el libro *Dioses, tumbas y sabios* de C.W. Ceram el que, a los dieciocho años de edad y ante la incertidumbre de lo que deseaba estudiar, abrió las puertas para que mi interés se concentrara en el Antiguo Egipto y en la arqueología. Gracias a esta y a otras lecturas pude despejar mis dudas y fue así como tomé la decisión de estudiar arqueología. La suerte estaba echada…

Fig. II.1. Howard Carter (1874-1939), fotografía tomada el 8 de mayo de 1924

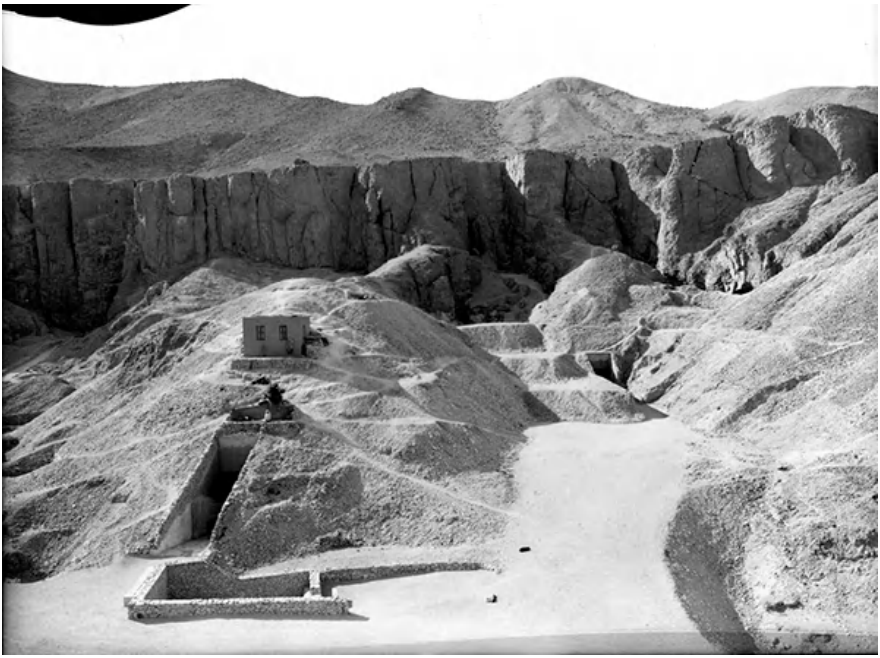


Fig. II.2. Tumba de Tutankhamon, en el Valle de los Reyes, Lúxor, Egipto © Griffith Institute, University of Oxford

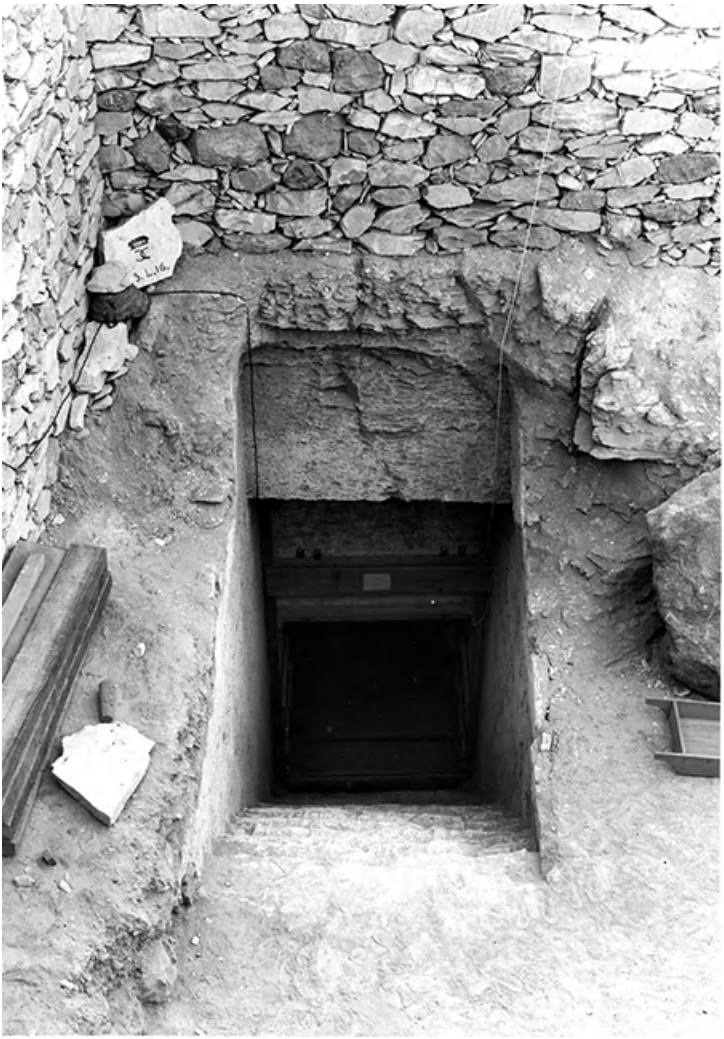


Fig. II.3. Escalinatas que conducen al interior de la tumba de Tutankhamon © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.4. Una de las primeras impresiones de la antecámara que vivió Howard Carter © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.5. A la izquierda se observan desarmados los carros diseñados para la guerra, probablemente utilizados por el faraón para practicar la cacería. © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.6. Trabajos de apertura del muro tras el cual se encontraba la cámara sepulcral de Tutankhamon © Griffith Institute, University of Oxford

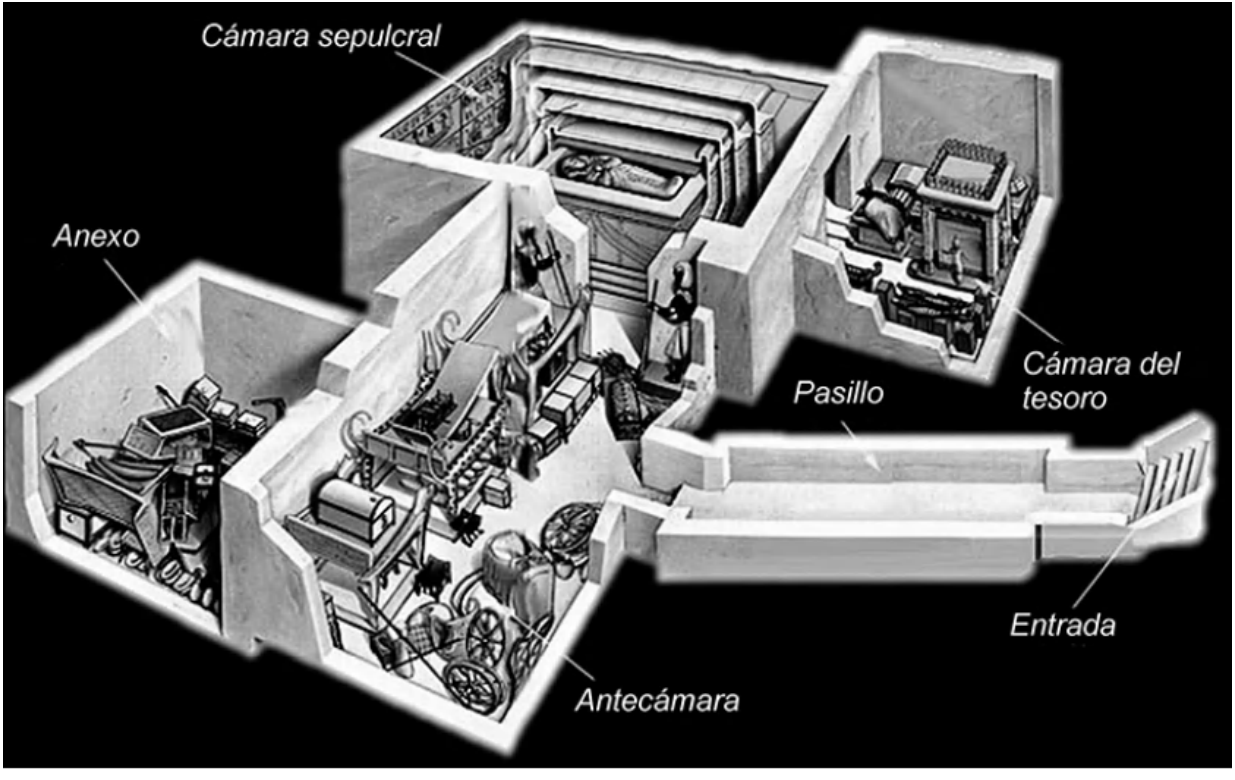


Fig. II.7. Reconstrucción de la tumba de Tutankhamon basada en la imagen publicada en el catálogo de la exposición *Tutankhamon: la tumba y sus tesoros*, exhibida en la Casa de Campo de Madrid, mayo de 2010

Fig. II.8. Avance en la excavación de la entrada a la cámara sepulcral de Tutankhamon
© Griffith Institute, University of Oxford

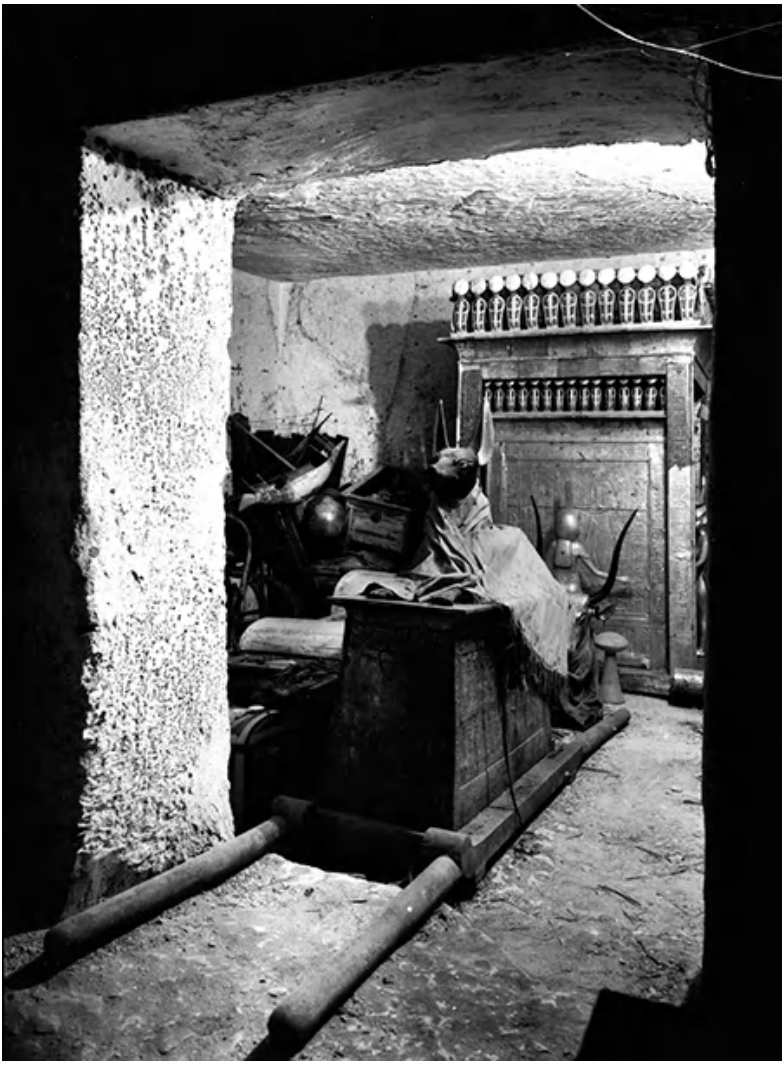


Fig. II.9. Al fondo de la cámara del tesoro estaba la capilla dorada rodeada por las diosas protectoras Isis, Neftis, Neith y Selkit. Dentro se hallaba la arqueta de alabastro que alojaba los vasos canopes que guardaban las vísceras del faraón. Al frente el dios Anubis cubierto con una capa de lino. © Griffith Institute, University of Oxford

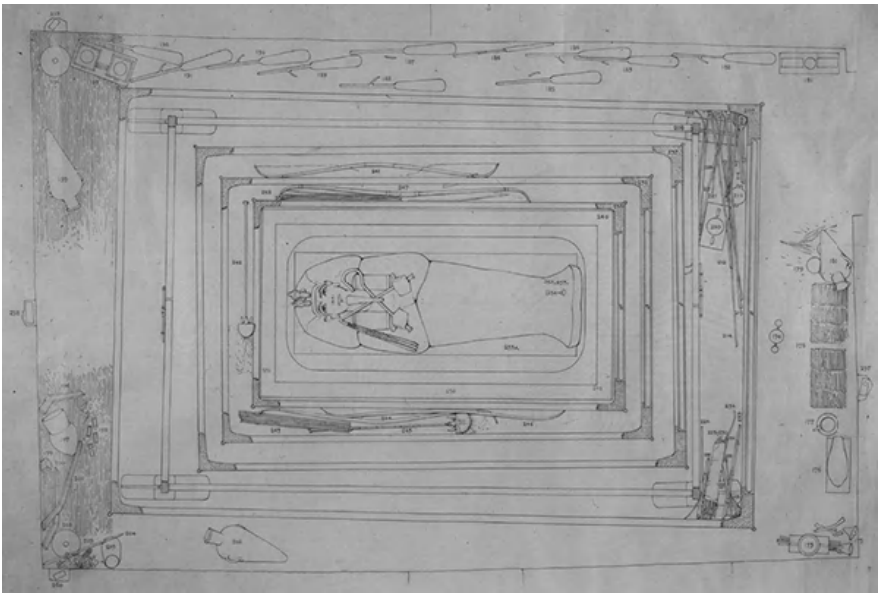


Fig. II.10. Féretro de Tutankhamon, dibujo original de Howard Carter © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.11. «Con intensa emoción corrí los pestillos de las últimas puertas, que no estaban selladas.» © Griffith Institute, University of Oxford

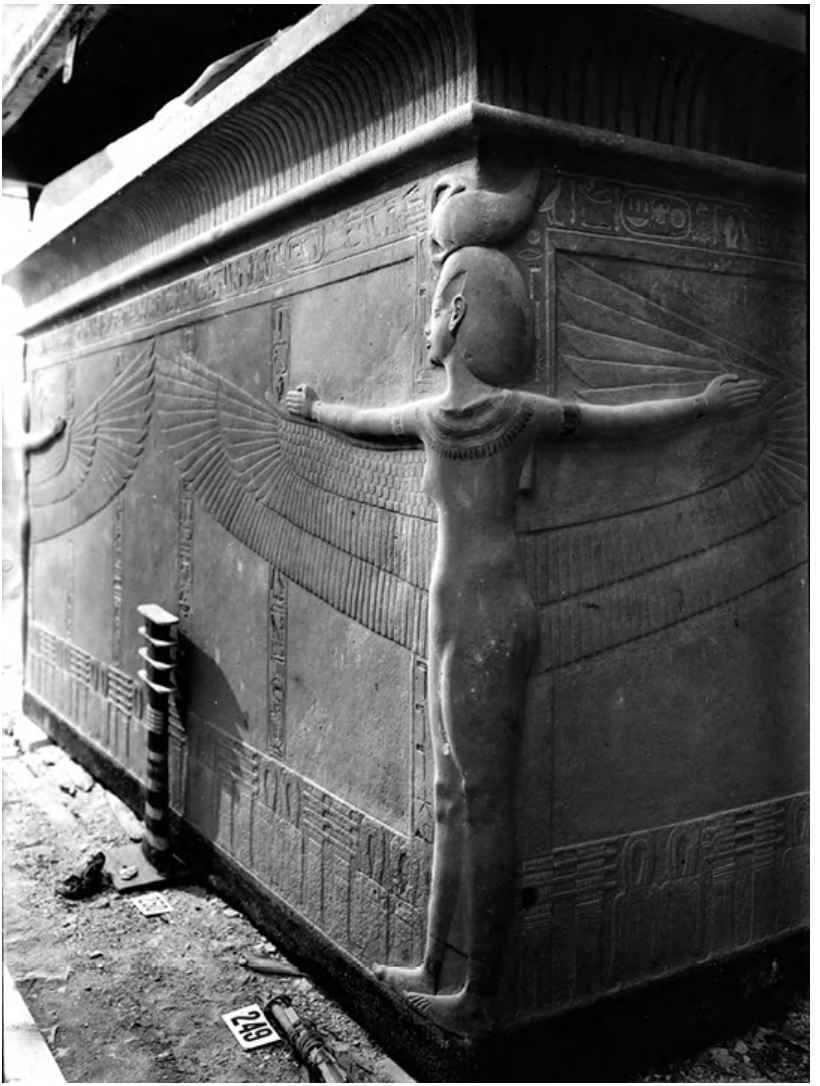


Fig. II.12. Isis, Neftis, Neith y Selkit extienden sus brazos protectores en cada una de las cuatro esquinas. © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.13. Primer sarcófago de oro; detalle donde se observa la delicada corona de flores colocada alrededor de los símbolos de la cobra y el buitre. © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.14. Al levantar la tapa de este segundo sarcófago se encontró la momia de Tutankhamon. © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.15. Momia de Tutankhamon vestida con todo su ajuar © Griffith Institute, University of Oxford

Fig. II.16. Los pies de la momia de Tutankhamon portaban sandalias de oro con dedales hechos del mismo material, los cuales también llevaba en los dedos de las manos. © Griffith Institute, University of Oxford

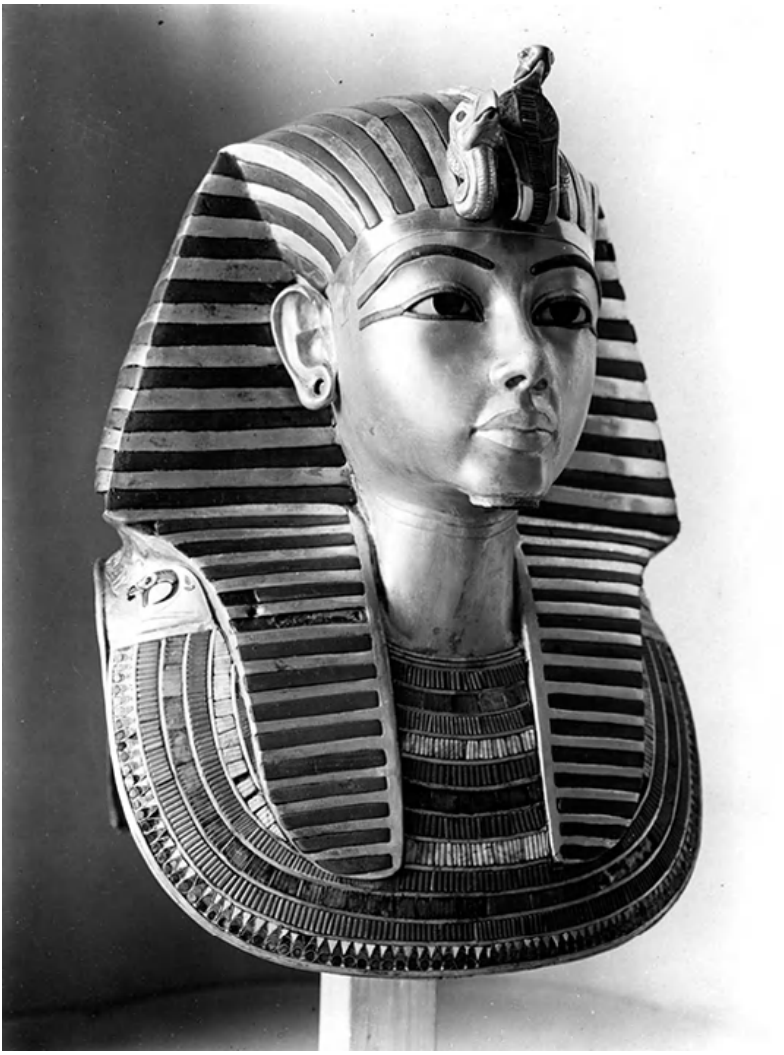


Fig. II.17. Máscara de oro con obsidiana, turquesa, vidrio, lapislázuli, cuarzo y cornalina © Griffith Institute, University of Oxford

Figs. II.18 y II.19. Cabeza de Tutankhamon y reconstrucción facial realizada mediante el escaneo de la momia del faraón

III
La tumba imperial china

> En cuanto el primer emperador se convirtió en el soberano de Qin, dieron comienzo los trabajos para la construcción de su mausoleo cerca del monte Li. Después de la creación del imperio llegaron a este lugar desde todos los rincones de China, no menos de setecientos mil hombres para trabajar. Se excavaron tres canales subterráneos para verter cobre fundido en el exterior del sepulcro, mientras se llenaba la cámara mortuoria de modelos de palacios, torres y edificios públicos, además de utensilios de valor, piedras preciosas y objetos curiosos. Los artesanos colocaron en el exterior algunas ballestas automáticas capaces de matar en el acto a los posibles ladrones de tumbas. En el interior, en cambio, se hicieron fluir mecánicamente unos ríos artificiales de mercurio imitando al río Amarillo, al Yangzi e incluso al mismo océano. En la parte de arriba se pintó el firmamento con todas las constelaciones, mientras que abajo estaba representada la Tierra. La iluminación se lograba con lámparas alimentadas por aceite de ballena, capaces de lucir durante mucho tiempo.
>
> El segundo emperador decretó que las concubinas de su padre que no habían tenido hijos le siguieran en la tumba. Luego, cuando todas ellas tuvieron la sepultura debida, un alto dignatario pensó que los artesanos que habían inventado todos aquellos artificios mecánicos sabían demasiado acerca del sepulcro y que no se podía estar seguro de su discreción, por lo que, apenas el primer emperador fue colocado en la cámara mortuoria rodeado de sus tesoros, se cerraron las puertas interiores y exteriores, dejando encerrados a todos los que habían trabajado allí. No salió ninguno. Más tarde, sobre el mausoleo se plantaron árboles y se cultivó un prado, para que ese lugar tuviera el aspecto de una colina normal.[1]

La anterior descripción de la tumba de Qin Shi Huangdi fue escrita por Sima Qian, quien vivió entre los años 145 y 90 a.C., durante la dinastía Han. Del escrito conocido como *Shǐjì* (Memorias históricas), podemos extraer múltiples razonamientos que nos hacen meditar acerca de aquellos días en que este emperador gobernó China, entre los años 246 y 210 a.C., logrando, entre otras cosas, la unificación del imperio. Por un lado, vemos que, una vez que se entroniza como emperador, una de sus preo-

cupaciones fue hacer su propia tumba, para lo que concentró una enorme cantidad de hombres dedicados a la tarea. Basta pensar que este ejército humano de trabajadores debió asentarse en las cercanías del monte Li, a pocos kilómetros de la actual ciudad de Xi'an, capital de la provincia de Shaanxi con un historial de más de tres mil años, para emprender la obra, mismos que debían alimentarse diariamente, lo que implica un poder sin precedente por parte del mandatario para llevar a cabo todo esto. Un segundo aspecto que llama la atención son las características de la tumba con todo lo que se coloca en su interior: ríos de mercurio, maquetas de una serie de edificios importantes y el decorado que reúne al cielo y la Tierra. Se habla también de los objetos suntuosos que se colocaron como ajuar mortuorio del dignatario desaparecido. Pero donde todo esto alcanza niveles impresionantes es en lo que se relata a continuación: cómo se mandó dejar encerrados, una vez que se clausuraron las puertas, a los artífices que habían contribuido con su ingenio a crear todo aquel mundo de imágenes y fantasía. Allí murieron acompañando a su señor en su última morada. Pero hubo más muertes: su hijo, quien lo sucedió en el trono, ordenó que las concubinas de su padre que no habían tenido hijos fueran igualmente destinadas a ser enterradas con él. Esta práctica obedecía a que se consideraba que estas mujeres cuidarían los jardines y la tumba misma. Temiendo que la tumba pudiera ser violada, se colocaron artefactos con saetas para que, por un mecanismo especial, se disparara y matara a quienes tuvieran la idea de entrar a robar el sepulcro real. Se tomaron además otras precauciones, como la edificación de murallas protectoras. Una de ellas mide 685 m por 578 m y forma casi un cuadrado con cuatro puertas de acceso; la más larga, que rodea a la anterior y en cuyo centro está el montículo mortuorio, tiene 2173 m por 974 m y forma un rectángulo orientado de norte a sur. Al parecer, estas precauciones no fueron suficientes, pues tenemos información de que hacia el año 206 a.C. hubo

una rebelión campesina en esa región y una porción del enorme túmulo fue saqueada.[2]

Pero la mayor importancia de este documento estriba en que la tumba del emperador Qin no ha sido excavada todavía, es decir, que la información con que contamos acerca de ella es este relato que adquiere así un valor extraordinario por su contenido. Los vestigios que se han encontrado –el famoso ejército de cerámica cocida– tan sólo forman parte del exterior de la tumba del soberano. Todo esto nos da una dimensión impresionante del poder que en vida tuvo el emperador Qin y de la majestuosidad de su tumba, pero, ¿quién era este personaje central de la historia antigua de China?

¿Quién fue Qin Shi Huangdi?

Nació el futuro emperador en Hanan hacia el año 258 a.C. y murió en 210 a.C., durante un viaje de inspección. Era hijo del príncipe Zizhu y de la concubina real Zhao Ji, aunque se dice que esta dama tuvo con antelación amores con un rico mercader de nombre Lu Buwei y que se incorporó como concubina del príncipe cuando ya estaba embarazada. La historia nos la relata el mismo Sima Qian, a quien nos hemos referido antes, y dice así:

> Entre las cortesanas de Handan, Lu Buwei tenía una predilecta, bellísima, que era bailarina. La tomó para sí dejándola encinta. Más tarde, el príncipe Zizhu la vio, quedó prendado de ella y le preguntó a Lu Buwei si podía tenerla consigo; a pesar de su irritación, Lu Buwei comprendió que se había comprometido ya demasiado con el príncipe como para rechazar semejante favor, y además debió pensar que de esta forma podría obtener a cambio enormes ventajas. Entonces le cedió la concubina, sin revelarle el secreto de su embarazo, y cuando, llegado el momento, ella dio a luz un hijo, Zheng, el príncipe la hizo su esposa legítima.[3]

Cuando nace el niño se le pone el nombre de Ying Zheng, mismo que cambiaría más adelante por el de Qin Shi Huangdi, cuando en el año 221 a.C. logró la unificación de China y, de ser rey de Qin, pasó a ser emperador. En 250 a.C., ocupó el trono su supuesto o verdadero padre Zizhu, quien cambia su nombre por

el de Zhuanxian y nombra como asesor a Lu Buwei. Antes de su llegada al trono habían existido varias dinastías como la Shang, cuya duración se piensa se extendió entre los años 1766 y 1027 a.C. Le siguió la dinastía Zhou que se desarrolló entre los años 1026 y el 256 a.C. Eran monarquías guerreras y la infancia de Ying Zheng se dio en el marco de batallas constantes entre las distintas regiones que comprendían China. En efecto, este periodo se conoce como Zhanguo o de los Estados Combatientes y eran siete estados feudales –Qi, Yan, Zhao, Han, Wei, Chu y Qin– los que se disputaban el control de las tierras y de otras prebendas. Ying Zheng quedó huérfano a los trece años de edad al morir su supuesto padre en el año 247 a.C. y asumió el trono del estado de Qin poco después, en 246 a.C., fungiendo como primer ministro Lu Buwei durante los primeros ocho años de reinado. Se piensa, como ya se dijo, que quizás este personaje era el verdadero padre de Ying Zheng.

Sea como fuere, el caso es que el nuevo rey consolida su imperio al someter a los distintos estados mencionados. Fue así como en el año 230 a.C., el estado Han es sometido y queda bajo el control de Ying Zheng. Dos años después queda anexionado Zhao y en 225 a.C. se apodera de Wei. Poco tiempo pasó para que en 223 a.C. se anexara Chu y un año después Yan. Faltaba el último estado feudal independiente, que permanecería poco tiempo en estas condiciones, pues, en 221 a.C., Qi queda sujeto al rey de Qin. Como puede verse, aunque haya discrepancias en cuanto a las fechas de conquista, en un lapso de tiempo relativamente corto las fuerzas de Ying Zheng se apoderaron prácticamente de toda China. Mucho tuvo que ver en esto el consejero real Li Si con sus ideas anexionistas. Como parte de las celebraciones por este acontecimiento, el rey cambia su nombre por el de Qin Shi Huangdi (fig. III.1) y ahora estamos ante un imperio que ejerce el control en todo el territorio. Hay que señalar que antes de estos acontecimientos el asesor Lu Buwei es destituido

de su cargo y se exilia en Shu, donde permanecerá hasta su suicidio en 235 a.C. Las razones de su muerte parecen obedecer a que continuaba teniendo relaciones con la soberana y, para no ser descubierto, involucró a otro hombre llamado Lao Ai, del que se dice que tenía un miembro viril de grandes proporciones, lo que agradaba sobremanera a la antigua concubina, quien llega a tener dos hijos de este individuo, que, no contento con lo sucedido, reclama que sus hijos sean considerados como pretendientes a la corona. Enterado de todo esto, el rey mandó averiguar sobre el asunto y al percatarse de los hechos (no sé si estos incluían los atributos sexuales de Lao Ai), este y varias generaciones de su familia fueron exterminados. Pero no paró allí la cosa, sino que los otros instigadores de estos acontecimientos también sufrieron las consecuencias: Lu Buwei fue cesado en sus funciones y la reina madre detenida, con resultados funestos para el primero.

De esta manera surge un personaje que tendrá gran influencia en la corte. Se trata de Li Si, quien años antes había ocupado el cargo de primer escribano del rey y en 237 a.C. había sido designado ministro de justicia, un puesto que le permite empezar a ejercer influencia. Lograda la anexión de toda China en 221 a.C. y motivado por estos sucesos, el nuevo emperador lo nombra gran consejero y jefe del gobierno imperial en el año 219 a.C. El recién nombrado consejero va a tener una presencia muy significativa durante el mandato del ahora emperador. Había nacido en el estado de Chu en 280 a.C., y sirvió a dos emperadores, el ya dicho Qin Shi Huangdi y su hijo menor Qin Er Shi, quien heredará el trono a la muerte de su padre en 210 a.C. Li Si muere en la capital del imperio Qin, Xianyang, en el año 208 a.C., con poco más de setenta años. Podríamos decir que su presencia fue definitiva dentro del imperio, pues fueron muchas las reformas que, como veremos a continuación, se llevaron a cabo. Era, en cierto sentido, el poder tras el trono.

Logros y problemas de Qin Shi Huangdi y su asesor Li Si

Una vez lograda la anexión de los seis reinos feudales bajo el mando del nuevo emperador, una de las primeras acciones sugeridas por Li Si fue la de sustituir el antiguo régimen feudal y consolidar nuevas formas de gobierno. Para ello se implementó toda una serie de medidas como la creación de un gobierno centralizado a la vez que el imperio se dividía, primero en treinta y seis y luego en cuarenta y dos provincias que estaban bajo mandos militares; asimismo, se establece una serie de carreteras que unen las provincias. Junto con esto, se dan a conocer nuevos códigos de leyes al mismo tiempo que se hace la unificación de las monedas y también de los pesos y medidas. Algo interesante es que la escritura no quedó fuera de las reformas aplicadas. Sus reformas quedaron inscritas hacia el año 219 a.C. en estas palabras que tomamos del libro *La gran tumba imperial de China,* en las que todo son alabanzas al gobernante, pero que, no obstante, nos permiten ver muchas de las modificaciones que trajo aparejadas su naciente gobierno. Dice así:

> En el año 20 de su reinado,
> Qin Shi Huangdi inauguró una nueva era.
> Se corrigen leyes y medidas,
> se ordenan todas las cosas,
> las relaciones humanas se esclarecen
> y hay armonía entre padres e hijos.
> Qin Shi Huangdi, en su sabiduría, benevolencia y justicia,
> ha dado claridad a las reglas y leyes.
> Después de haber emprendido viaje *[sic]* para pacificar el Oriente,
> controló a los oficiales y a los hombres
> y terminó su expedición
> visitando la costa.
> Grandes son las hazañas del soberano;
> bajo su autoridad, los hombres se dedican diligentes a sus tareas,
> la agricultura se estimula, pero no las otras ocupaciones,
> así todo el pueblo prospera.
> Todos los hombres bajo el firmamento
> se afanan en una tarea común,

instrumentos y medidas son iguales en todos lados
y la escritura es una sola.
Allá donde se levanten el Sol y la Luna,
a cualquier sitio donde se vaya, por mar o por tierra,
los hombres obedecen las mismas órdenes,
dando satisfacción a sus deseos,
ya que nuestro soberano, de acuerdo con su tiempo,
ha regulado las costumbres locales,
construido vías de agua y organizado el país.
Él piensa en su pueblo
y trabaja día y noche sin descanso.
Él es árbitro de la ley y da seguridad a todos,
haciendo saber claramente lo que está prohibido.
Sus administradores, cada cual según sus deberes,
hacen el gobierno armonioso,
todo lo que se hace es justo, todo sigue su plan.
Qin Shi Huangdi, en su sabiduría,
supervisa los cuatro ángulos de su reino;
nadie, alto o bajo, noble o humilde,
osa traspasar los límites;
el mal y la incorrección no son tolerados,
por lo que cada cual trata de mejorar
aplicándose en sus deberes, sean grandes o pequeños.
Nadie osa holgazanear o ignorar sus deberes
e incluso en las más lejanas y desconocidas regiones
los administradores serios y honestos
trabajan siempre, fieles y justos.
Grande es la virtud de nuestro soberano,
que pone la paz bajo el cielo,
castiga a los traidores, extermina a los malvados
y con justas medidas da la prosperidad.
Cada estación comporta sus deberes,
cada cosa florece y prospera.
El pueblo conoce la paz
tras haber dejado la espada y la coraza;
los parientes se ayudan,
no hay ya bandidos ni ladrones,
los hombres aman al gobierno
y todos comprenden las leyes y la disciplina,
en todo el universo.
El reino de Qin Shi Huangdi
se extiende al oeste hasta el desierto;
al sur, hasta donde las casas miran al septentrión;
al este, hasta donde está el océano;
al norte, más allá de Daxia.
Allá donde hay vida todos reconocemos su soberanía;

sus hazañas superan a las de los cinco emperadores de la antigüedad;
su dulzura conmueve incluso a los animales de los campos.
Cada criatura honra su valor
y todos viven en paz en sus casas.

Sin embargo, no todo es miel sobre hojuelas. Signos de agitación empiezan a mostrarse y vemos cómo en 219 a.C. hay un atentado en contra del emperador por parte de Gao Jianli. Al año siguiente vuelve a repetirse un acto similar ahora provocado por Zhang Lian. Ambos intentos se realizaron en viajes de inspección que el mandatario hacía por sus territorios.

Por otro lado, Qin Shi Huangdi se inclina por la forma de pensamiento taoísta y Li Si se va por el camino del legalismo. Por aquel entonces había cuatro formas de pensamiento filosófico: una era el confucionismo, otra el taoísmo y dos más llamadas moísmo y legalismo. El taoísmo se inclinaba hacia la naturaleza y no estaba de acuerdo con la familia y el Estado que trataban de imponer ciertos principios a la sociedad, y tenía su propio concepto de la eternidad; todo esto atrajo al emperador, quien pretendía encontrar el filtro de la inmortalidad. Por esta razón emprende viajes o los promueve para tratar de encontrarla. Conforme a lo que relata *Shǐjì,* «el primer emperador vagó por la costa del Mar Oriental ofreciendo sacrificios a las montañas más famosas, a los grandes ríos y a los ocho espíritus; luego partió en busca de los inmortales». Esto ocurre en el año 219 a.C., según el autor. A lo anterior agrega Cotterell, basado en el mismo documento:

> Se envió una expedición al mando de un tal Xu Fu, de Qi, para que buscara del otro lado del mar «las tres islas donde viven los inmortales», pero nadie volvió de ella. También fracasó el intento de Yan, llamado Lu, que en 215 a.J.C. partió al encuentro del famoso taoísta Xianmen Gao […] que vivía en las montañas, el cual, tras haber probado una flor mágica, se decía que vivía en una tumba y había alcanzado, en calidad de *xian,* la eternidad en este mundo; de este modo se habría convertido en un *di xian,* es decir, «un inmortal terrenal» que goza de libertad y eternidad en medio de la naturaleza.[4]

Esta necesidad de evadir la muerte está presente en muchos a lo largo de la historia, tanto de Oriente como de Occidente. Ahí

está, como muestra la leyenda del Gilgamesh, en la antigua Mesopotamia y en el libro sagrado de los quichés, el *Popol Vuh,* también vemos un intento similar. El mismo Oscar Wilde inmortaliza el intento de la eterna juventud en su obra *El retrato de Dorian Gray*. Nadie, en el pasado y en el presente, ha logrado alcanzar ni la juventud eterna ni la inmortalidad deseada… y Qin Shi Huangdi no sería el primero.

Por su parte, el legalismo que practicaba Li Si y que se reflejó en distintos actos de gobierno, como vimos antes, estaba fundamentado en aspectos más prácticos. Acerca de esto se ha dicho:

> El legalismo se dirigía exclusivamente a los señores feudales y no se interesaba ni en las vacías usanzas del pasado, ni en la vida privada de los individuos, salvo cuando estos dos aspectos chocaban con los intereses de la clase dominante: su única finalidad era enseñar al soberano a sobrevivir y a prosperar en este mundo. Fiel a los preceptos […] Han Feizi [promotor de estas ideas] […] creía que en un Estado fuerte era necesario un complejo sistema de leyes sostenido por penas durísimas: «Si las leyes son débiles –escribía– también lo es el soberano».[5]

Esta forma de ver las cosas tuvo consecuencias terribles para quienes creían en la cultura y los libros. El mismo Han Feizi escribía: «En el Estado de un soberano iluminado no tiene que haber libros, y la única instrucción tiene que ser la que dan las leyes; no tiene que hablarse para nada de los reyes del pasado, y los únicos maestros tienen que ser los funcionarios». Bajo estos principios, Li Si decía que correspondía al Estado el control del conocimiento e insistía en que si alguien deseaba estudiar debería tomar como modelo a los funcionarios. De esta manera sugiere que los libros clásicos sean destruidos, lo que ocurre en 213 a.C. y estará acompañado poco después por la muerte de cuatrocientos sesenta sabios en Xianyang.

Mientras que Li Si continúa con sus prácticas en diversos aspectos siguiendo la corriente legalista y el emperador trata de encontrar la inmortalidad, las tribus nómadas que están en el norte de China empujan con fuerza para penetrar en el vasto territorio chino. Aquella frontera siempre fue acosada por grupos

como los xiongnu de Mongolia y más tarde por los manchúes, provenientes de Manchuria. Para evitar los ataques de estos grupos se manda construir una enorme muralla cuya construcción comienza antes de la dinastía Qin y continuará después de ella. Fue en el año 215 a.C. que el general Meng Tian logra un triunfo sobre las hordas norteñas, a él se atribuye la construcción de lo que conocemos como la Gran Muralla China (fig. III.2). Esta empresa titánica alcanzó una extensión de 8 851 km y tiene cerca de 6 m o 7 m de altura y alrededor de 5 m de ancho y cuenta con torres de vigilancia, accesos y otros elementos militares, todo planeado conforme a puntos estratégicos. Corre desde la frontera con Corea hasta el desierto de Gobi. Para su erección, se contó con miles y miles de hombres, y se ha calculado que a lo largo del tiempo pudieron participar alrededor de diez millones de personas. Hay que pensar no sólo en la cantidad de materia prima empleada sino también en la cantidad de mano de obra y en el abastecimiento del ejército de trabajadores que intervino en su construcción. Ya que mencionamos la materia prima con que está construida, cabe señalar que se aprovechaba el material existente en las cercanías. Así, se usaron piedras calizas en algún tramo; en otros, granito o ladrillo cocido y arcilla y arena cubiertas por capas de ladrillos. Nada más para dar una idea de la importancia de esta frontera recordaremos que, en la dinastía Ming (1368-1644 d.C.), se necesitó cerca de un millón de soldados para su custodia ante el embate de los manchúes.

Otros acontecimientos van a tener cabida en las postrimerías del gobierno de Qin Shi Huangdi. Su hijo mayor, de nombre Fu Su, es enviado al exilio y, durante uno de los viajes de inspección en los territorios bajo su poder, el emperador muere. Lo que se sabe de su muerte es que durante un recorrido de inspección por las provincias de oriente tuvo un sueño en el que peleaba en contra de una divinidad de río que se había investido de forma humana. De inmediato acudió a sus adivinos para que interpre-

taran aquella lucha; le indican que tiene que pescar y matar a un pez monstruoso con una ballesta para, de esta manera, alejar a los espíritus malignos que le impedían encontrar a los inmortales. El mandatario pone manos a la obra y mata un enorme pez, pero comienza a sentirse mal y un mes más tarde muere. Li Si y Zhao Gao guardan el secreto de la muerte y, en aquel mundo de intrigas, obligan, por medio de un falso decreto real, a Fu Su y al general Meng Tian a suicidarse, lo que acontece en el mismo año de la muerte del emperador, en 210 a.C.

Tras estos acontecimientos, regresan a Xianyang haciendo creer que el emperador seguía vivo. Si el sueño del pez monstruoso demostraba el pensamiento supersticioso de Qin Shi Huangdi, su final lo relacionaba con pescados. Veamos el relato de su traslado a la capital del imperio:

> El cadáver era transportado en una litera, escoltada por los eunucos favoritos del emperador, que le llevaban como de costumbre la comida y los partes oficiales a la litera cubierta, y volvían con las órdenes imperiales [...]. Pero era verano y la litera empezaba a oler mal. Para disimular el hedor se ordenó a la escolta que llenara un carro con pescado salado.

Triste fin para quien pretendía encontrar la inmortalidad...

Un ejército de barro

Y aquí volvemos al principio de este capítulo: las exequias del soberano, que ya estaban previstas para que se hicieran en las cercanías del monte Li, se llevan a cabo como correspondía a tan alta jerarquía. Esto me lleva a dar una descripción de lo hasta ahora encontrado: el formidable ejército de terracota.

Corría el año de 1974. Al cavar varios pozos en busca de agua para surtir a la población lugareña, se detectaron figuras de barro que, una vez excavadas, resultaron formar parte del espectacular ejército de guerreros y carros de combate hechos en barro cocido. Esta excavación recibió el nombre de Fosa 1 y consistía en nueve pasillos, uno junto al otro, que corrían de oriente a po-

niente en una extensión de 200 m y un ancho de 60 m, de norte a sur (fig. III.3). Se complementa este rectángulo con pasillos de menor anchura en sus lados norte y sur, en donde sólo tienen 2 m por 200 m, lo que hace un total de once pasillos. Lo impresionante del caso es que estos nueve pasillos presentan una formación de soldados perfectamente alineados, en grupos de cuatro, uno junto al otro y de esta manera se continúan a lo largo de los 200 m (fig. III.4). Al frente de esta formación hay seis carros de combate tirados por cuatro caballos cada uno, mismos que encabezan el ejército por su parte oriente. Delante de los carros hay tres hileras de guerreros que serían la vanguardia, mientras que en la parte posterior del contingente otras tres hileras cierran la retaguardia.

Los soldados guardan una disposición especial. La parte frontal o vanguardia, como ya dijimos, la conforman tres hileras de arqueros y ballesteros que suman alrededor de doscientos tiradores que, para facilitar su función, no llevan coraza. Detrás de ellos se encuentran los seis carros con caballos; destacan dos de ellos que portan campanas y tambores, seguramente para que quienes estaban al mando de la tropa pudieran enviar mensajes a los combatientes (fig. III.5). Los carros cuentan con sus aurigas y también con uno o dos lanceros. Delante de los carros había grupos de doce guerreros y en la parte posterior de los carros venía el grueso del ejército, formado por la infantería, provista en el mayor de los casos de corazas pero sin yelmo. Las armas debieron ser verdaderas. Todo el ejército ve hacia el oriente, excepto por las filas de soldados de los extremos norte y sur que miran hacia estos puntos cardinales con el fin de proteger los flancos y tienen la particularidad de que no llevan escudos. El número de guerreros de la Fosa 1 alcanza el singular número de 3210 figuras con una estatura promedio de 1.80 m (fig. III.6). Es importante advertir que los pasillos estaban cubiertos y protegidos por techos de 3 m de alto hechos con vigas de madera, con una estera

tejida encima y, sobre ella, una capa de arcilla para evitar el paso de la humedad.

Un dato importante es que cada guerrero tiene un rostro diferente (figs. III.7-III.12). Parece ser que fue la intención del emperador «retratar» a cada soldado en particular, para de esta manera dar prueba de la presencia de individuos procedentes de las distintas regiones de China. Las piernas de las figuras son sólidas en tanto que la parte del torso, brazos y cabezas están huecas, esto con el fin de que las extremidades inferiores soportaran el peso del resto del cuerpo. El caso de los caballos es similar (figs. III.13-III.16). Un detalle que vuelve vistoso al ejército es que las vestimentas y corazas estuvieron pintadas con distintos colores. Así, los infantes con coraza, al parecer, se pueden dividir en dos grupos: los que tenían este aditamento protector pintado de negro con vivos blancos y los broches en tono dorado con cintas en rojo, el manto verde y los calzones en color azul turquesa, en tanto que los zapatos eran negros con amarres rojos; mientras que el otro se caracterizaría por portar la coraza café, vivos en rojo y las cintas anaranjadas con el manto rojo. Los caballos, a su vez, llevaban el pelo negro o café y dientes y cascos en tono blanco, mientras que el interior de las narices, las orejas y los belfos eran de un tono rojo.

En mayo de 1976, se encontró la Fosa 2, ubicada a escasos 20 m al norte de la Fosa 1, que contenía alrededor de 1 400 figuras agrupadas en cuatro sectores. Hay arqueros hincados protegidos con corazas, rodeados por lanceros sin esta protección (fig. III.17). Se hallaron, además, sesenta y cuatro carros de combate y dos esculturas que, por sus características, son comandantes de estas fuerzas. La Fosa 3 se excavó de marzo a diciembre de 1977 y reviste características especiales, pues parece que allí se encontraba el alto mando, ya que su carro está rodeado por sesenta y ocho guerreros que por sus insignias parecen oficiales, además de que miden cerca de 1.90 m de altura. Finalmente, entre todas

las fosas excavadas, este ejército imperial está formado por más de siete mil figuras de barro cocido y son un buen ejemplo de la destreza de los ceramistas que las hicieron, además de que demuestran el enorme poder del mandatario que pudo organizar cerca de medio millón de trabajadores para llevar a cabo la inmensa labor de erigir su tumba.

Habrá que esperar pacientemente a que nuestros colegas chinos avancen en su trabajo. Aún hay mucho por excavar y esperamos que en un futuro no muy lejano estemos ante los restos del emperador Qin Shi Huangdi, quien un día soñó con alcanzar la inmortalidad. Lo ha logrado, no de la manera que él imaginó, sino dejando para la historia de la humanidad uno de los hallazgos más sobresalientes de la antigua China.

Fig. III.1. Retrato de Qin Shi Huangdi

Fig. III.2. La Gran Muralla China, Colección particular

Fig. III.3. Excavación en la Fosa 1, 1975, fotografía de William Thompson

Fig. III.4. Disposición del ejército de guerreros y carros de combate hecho en barro cocido, Colección particular

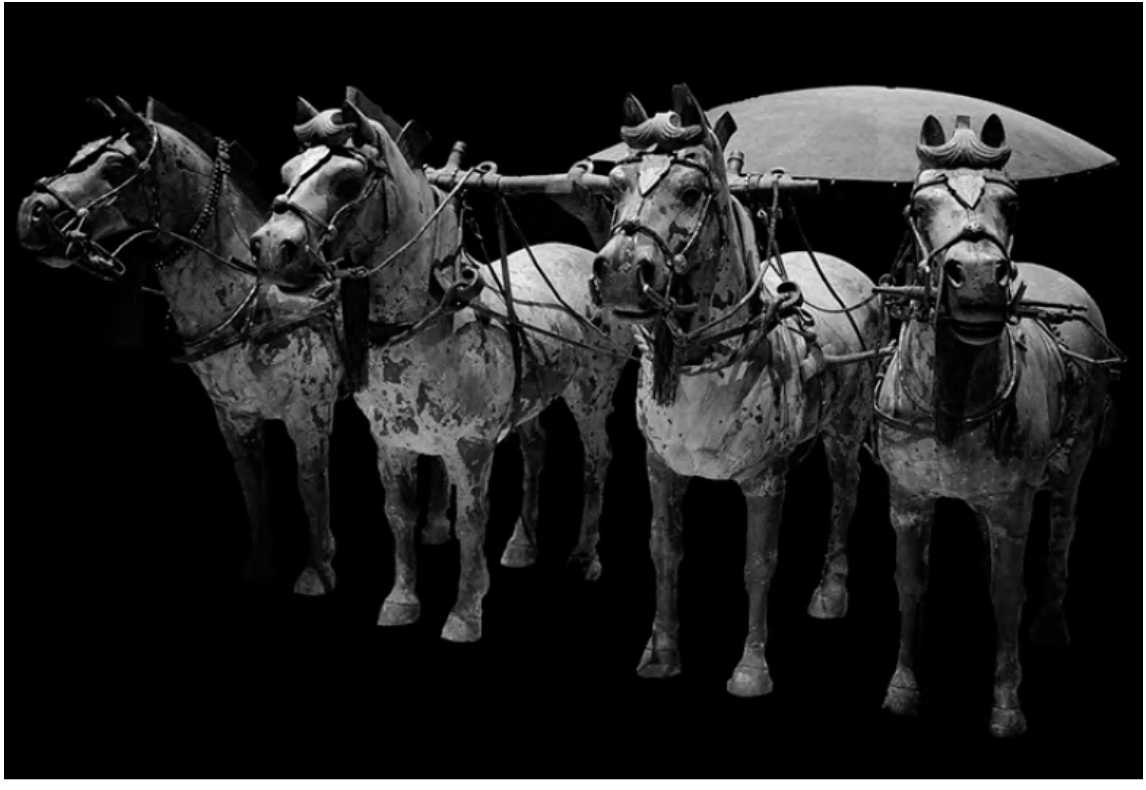


Fig. III.5. Carro tirado por cuatro caballos, ya restaurado, Colección particular

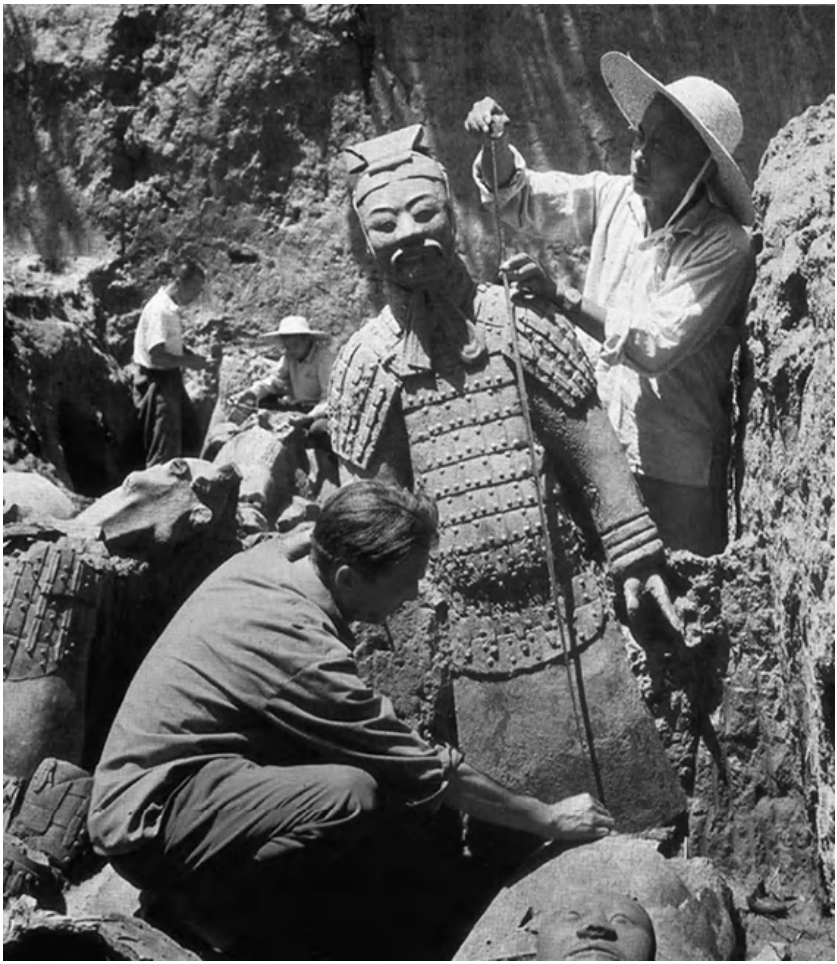
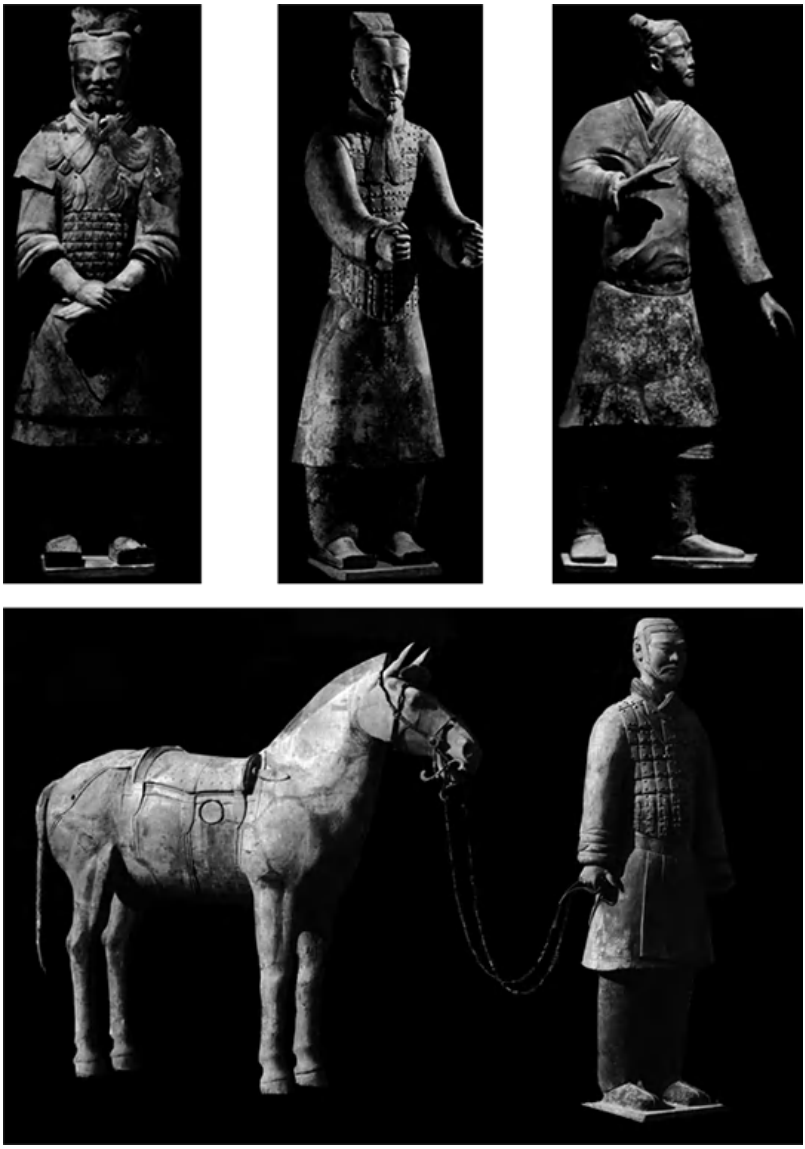


Fig. III.6. Las figuras de los guerreros miden 1.80 m de altura en promedio, Colección particular.

Figs. III.7-III.12. Todos los rostros de los guerreros son diferentes, Colección particular.



Figs. III.13-III.16. Las piernas de las figuras humanas son sólidas, mientras que el torso, los brazos y la cabeza están huecos; lo mismo sucede con los cuerpos de los caballos, Colección particular.

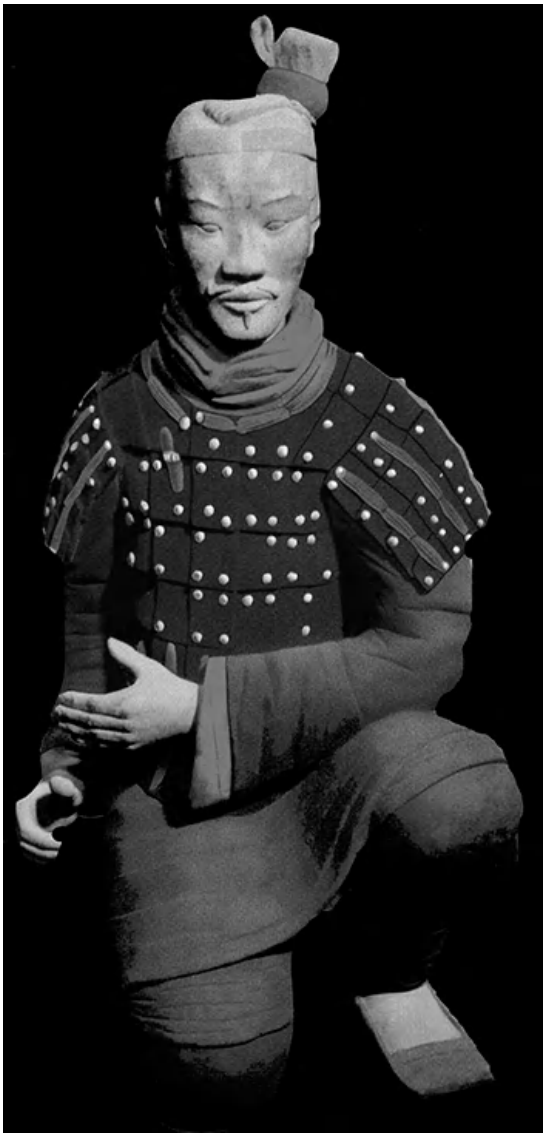


Fig. III.17. Arquero hincado, Fosa 2, 1976, Colección particular.

IV
La Tumba 7 de Monte Albán

A las 4 de la tarde del día 9 de enero pudimos levantar una de las piedras que formaban la bóveda de la segunda cámara de la tumba, y por la estrecha abertura, iluminando con una lámpara eléctrica, pude observar un cráneo humano y junto a él dos vasos, uno de los cuáles me llamó poderosamente la atención, pues parecía barro negro extraordinariamente pulido. Era una copa de cristal de roca que se veía negra por la tierra que contenía.

Quité entonces la otra piedra, que formaba ángulo con la primera y que dejó una abertura suficiente para poder penetrar en la tumba. Sin embargo, la abertura era tan estrecha, que creí no poder bajar y rogué entonces al señor Juan Valenzuela que descendiera a la tumba. Alumbrándose con la linterna eléctrica bajó Valenzuela y no pudo contener sus exclamaciones de asombro ante la riqueza de lo que veía. Esto me determinó, a pesar de las dificultades, a descender también por el estrecho agujero.

Lo primero que se veía al descender a la tumba era una gran vasija blanca colocada en medio de la segunda cámara, y al iluminarla interiormente, vi que era transparente. La materia de esta bella ánfora es una especie de mármol conocido en México con el nombre de tecali y que se utiliza todavía hoy para diversos objetos de ornato.

En el umbral que separa las dos cámaras de la tumba y en medio de un gran amontonamiento de huesos, brillaban los objetos de oro: cuentas, cascabeles, etcétera… y ensartados en los huesos de los brazos de un cadáver relucían diez brazaletes, seis de oro y cuatro de plata.

También en este mismo umbral levanté lo que al principio me pareció una pequeña vasija de oro macizo decorada con la figura de una araña, pero que más tarde he creído que era utilizada como un broche de cinturón.

Cerca de la puerta de la tumba vi, por último, la diadema de oro y junto a ella la pluma que en un tiempo sirvió para decorarla, completamente torcida y doblada.

Al volverme para salir llamó mi atención el cráneo decorado con mosaico de turquesas que estaba en la primera cámara cerca del umbral.[1]

Estas palabras, escritas por don Alfonso Caso cuando se presentaron ante él y su colaborador Juan Valenzuela las primeras fi-

guras que formaban parte del rico ajuar que acompañó hasta su última morada al personaje mixteco que fue allí depositado, no podrían ser más elocuentes. Al igual que en el caso de Tutankhamon, una linterna permitió observar los objetos que, como no sucedió en el caso del faraón, estuvieron depositados en esta tumba alrededor de novecientos años. Esto ocurría en 1932, en la antigua ciudad zapoteca de Monte Albán, que más tarde habían ocupado los mixtecos. En el primer capítulo, mencionamos algunas características de este importante centro que podemos considerar una de las ciudades con mayor duración en el tiempo, pues sus inicios se remontan hasta el año 500 a.C., su apogeo podemos fijarlo entre el 200 d.C. y el 750 d.C., para prolongarse, con una población que cada vez disminuía más, hasta el año 1521, momento en que ocurre la conquista de Tenochtitlan en el centro de México por parte de las fuerzas españolas y de sus aliados indígenas, enemigos de los mexicas.

El lugar del hallazgo se ubica en la ladera norte de la gran plaza ceremonial de Monte Albán, muy cerca de otras tumbas que previamente habían sido excavadas por don Alfonso, como veremos más adelante. Pero, antes de continuar, demos un vistazo a los dos pueblos que se asentaron en Monte Albán, pues hay que recordar que la Tumba 7 era un sepulcro zapoteca de mayor antigüedad que fue ocupado nuevamente por los mixtecos para colocar en él restos humanos acompañados de un rico ajuar funerario.

¿Quiénes fueron los zapotecos y los mixtecos?

Los zapotecos fueron los primeros habitantes de Monte Albán, a ellos se debe la ubicación de su ciudad en lo alto de un cerro que se eleva alrededor de 400 m y que, por su localización, se constituye en una posición estratégica inigualable, aunque no exenta de problemas como el abastecimiento de agua a los mora-

dores (fig. IV.1). La siguiente descripción nos da una idea aproximada de cada época del desarrollo de Monte Albán y de su repercusión regional, pues no hay que olvidar que este importante centro rigió los destinos de los Valles Centrales de Oaxaca y se proyectó a otras regiones. Hasta el momento los especialistas aceptan cinco épocas que cubren cerca de dos mil años de ocupación desde sus inicios y apogeo hasta su declive, mismas que sintetizaremos a continuación.

Época I (500-100 a.C.)

No debió ser tarea fácil la de asentar la antigua ciudad en la cima del cerro y hacer toda una serie de movimientos en la tierra para emparejar el lugar, así como traer piedras pesadas y otros materiales para la construcción. Los trabajos de edificación comienzan, pues, con la adaptación del terreno para la construcción de algunos edificios sobre la meseta del cerro, especialmente del lado oeste, en donde se han detectado dos edificios conocidos como Edificio L o Galería de Prisioneros, nombre que actualmente prefieren algunos investigadores para lo que antes conocíamos como Edificio de los Danzantes (fig. IV.2). El nombre está tomado de una serie de lápidas, que superan las trescientas, grabadas con personajes masculinos desnudos, posiblemente sacrificados, ya que tienen los ojos cerrados; muestran, en ocasiones, una posible extracción del corazón y tienen la particularidad de haber sufrido mutilación genital. Otro edificio de esta época está ubicado cerca del anterior y consiste en un muro inclinado de 6 m de alto hecho con enormes piedras, de este mismo material son dos pilares que forman parte del conjunto. Debajo del Juego de Pelota 2 y en la Plataforma Norte, también se localizaron restos contemporáneos. No se ha podido excavar otras edificaciones de esta época, ya que los edificios posteriores cubren totalmente las posibles primeras construcciones.

Es interesante mencionar que, en esta época, Monte Albán tenía rivalidad con otros centros del valle, como Tilcajete, y estaba protegida por una muralla de cerca de 3 km, según nos informa la doctora Joyce Marcus. Para ese momento, el número de pobladores era cercano a los diez mil habitantes y había ciento cincuenta y cinco aldeas asentadas en las laderas. En las postrimerías de esta época, Monte Albán finalmente venció a Tilcajete y ya no tuvo mayor rivalidad dentro del valle. La población creció hasta llegar a unos quince mil habitantes. Otros investigadores, como Richard Blanton y sus colaboradores, no comparten esta visión belicista de los primeros momentos de la ciudad, ellos piensan que, más que de una actitud bélica, Monte Albán surgió como resultado de una relación consciente por medio de la cual las aldeas reconocen un centro como su capital.

Viene a cuento señalar que, desde esta temprana época, tenemos evidencias de la escritura zapoteca en lápidas de piedra. La escritura zapoteca en general es mixta y tiene pictogramas o diversos dibujos como signos, pero también cuenta con logogramas que indican palabras, además de fonogramas o sonidos representados.

Época II (100 a.C.-200 d.C.)

Durante estos años, la Plaza Principal de Monte Albán cuenta ya con una serie de edificios que la delimitan, como son los llamados edificios G, H e I en sus primeras fases constructivas, el adoratorio hundido, la parte inicial del Juego de Pelota y un monumento singular: el Edificio J, ubicado en medio de la Plaza y con una forma como punta de flecha, entre otros conjuntos (fig. IV.3).

Para este momento, Monte Albán tenía una extensión de cerca de 416 hectáreas y ya estaba constituida plenamente como un Estado expansionista con una marcada división social. Tenía

control económico y político sobre varios pueblos circundantes y su población alcanzaba alrededor de quince mil o más habitantes.

Época IIIa (200-500 d.C.)

Durante este lapso de tiempo, Monte Albán alcanzó un alto grado de presencia económica, política y religiosa, no sólo dentro de su ámbito de control, sino que rebasó sus fronteras para expandir su influencia hacia otras regiones. Tal es el caso de la presencia del Barrio Zapoteca en la ciudad más grande de Mesoamérica, Teotihuacan, la que, para aquel momento, había alcanzado una extensión urbana de más de 20 km^2 y una población de hasta sesenta y cinco mil habitantes, mientras que en Monte Albán podemos hablar de cerca de veinte mil personas. Este asentamiento zapoteca en la urbe teotihuacana ha mostrado que hay cerámica parecida a la de Monte Albán e inclusive que algunos entierros se hicieron siguiendo las prácticas rituales de esta cultura. Existe una pieza conocida como Lápida de Bazán, encontrada en el Edificio X de la urbe zapoteca, que demuestra la conexión entre ambas ciudades ya que presenta dos personajes, uno ataviado de jaguar y el otro con rasgos típicos teotihuacanos (fig. IV.4). Tiene glifos en los que se lee que viajaron y tuvieron pláticas, además de quemar incienso. En dos ocasiones se alude a Teotihuacan y es clara muestra de las relaciones entre ambos Estados. Otra presencia importante sobre esta relación está en objetos teotihuacanos hallados en la Plataforma Norte y en el Edificio I, así como en las estelas que muestran personajes de Teotihuacan en la Plataforma Sur de la gran plaza.

Es importante decir que la Plataforma Norte servía como la residencia de los dirigentes locales y que, para acceder a ella desde la plaza principal, era necesario subir por una escalera de gran amplitud (cerca de 38 m de largo) para llegar a conjuntos de

cuartos y patios que muestran privacidad, como el Patio Hundido y los edificios D, E y G, que rodean un patio.

Época IIIb (500-700/750 d.C.)

Para estos momentos, la ciudad zapoteca está en pleno auge, había alcanzado su máxima extensión (6 km^2) y el número de habitantes había aumentado hasta llegar a las veinticinco o treinta mil personas. Las tumbas de individuos de alta jerarquía están ricamente decoradas con pinturas y con diversos objetos colocados en su interior, tanto en nichos como en el piso, que nos hablan del estatus de sus ocupantes. Algunas de ellas están en los patios interiores de los palacios, como la Tumba 105. Hay que aclarar que, de la misma manera que en la gran capital zapoteca se enterraba a los muertos de gran jerarquía en lugares exclusivos de la élite, en centros de menor importancia sucedía lo mismo, como fue el caso de Huijazoo (fig. IV.5), en la población actual de Suchilquitongo, donde, en 1985, se encontró en la parte alta del cerro una tumba con pinturas excepcionales, entre las que había escenas de jugadores de pelota con máscaras y manoplas, además de mujeres en procesión y ricas jambas de piedra con individuos labrados en ellas. Una enorme puerta de piedra cerraba la entrada a la misma. Según parece, este sepulcro es un ejemplo de una tumba familiar (como las que aparecerían poco después, hacia la Época IV), ya que se había colocado una lápida al fondo de la cámara reabierta en la que se ve al padre (13 Mono), que había muerto antes, y a sus hijos, muertos posteriormente.

Si estas eran las habitaciones de los dirigentes y de personas de la alta nobleza, también se han encontrado en Monte Albán casas de grupos intermedios de la sociedad zapoteca. Este es el caso de las excavaciones en el Estacionamiento A, en donde el arqueólogo Ernesto González Licón localizó un patio central rodeado por cuartos, y dentro de algunos de ellos se encontraron hornos para

cocer cerámica. De la gente del pueblo igualmente se han encontrado viviendas hechas de adobe, como la de la terraza 634-636 en donde se ve un patio con un cuarto al norte, debajo de cuyo piso había cuatro esqueletos extendidos enterrados de manera sencilla y sin el boato de la alta jerarquía. Se detectaron hornos para la elaboración de piezas cerámicas en el interior de la casa.

Época IV (700/750-1000 d.C.)

Para este momento aparecen signos evidentes del declive de la ciudad. Como sucede con otros centros importantes de Mesoamérica, como el mismo Teotihuacan, no se saben a ciencia cierta los motivos de que esto ocurriera. En el caso de Monte Albán, se ha planteado la posibilidad de razones tanto internas como externas. Entre las primeras tendríamos que algunos de los centros secundarios, que para ese momento empezaban a cobrar importancia, y las familias nobles que los encabezaban buscaban tener mayor control de las tierras y los súbditos. En la medida en que Monte Albán decrece –su población se contaba entre las cuatro mil y las diez mil personas–, poblaciones como Atzompa, Cuilapan, Lambityeco, Mitla y Jalieza, entre otras, cobran mayor presencia y ya no están dispuestas a pagar tributo a Monte Albán. Alrededor del año 900 d.C., Jalieza llega a tener hasta dieciséis mil habitantes en una extensión de 5 km^2, siendo así de mayor extensión e importancia que el mismo Monte Albán.

Una de las razones externas es la decadencia de Teotihuacan, que para entonces también se había venido a menos y, si bien entre ambas ciudades existía aparentemente una especie de pacto de no agresión, al caer la urbe del altiplano, Monte Albán está convencida de que ya no debe temer nada por parte de los teotihuacanos y deja de ver la necesidad de mantener a miles de habitantes concentrados en lo alto del cerro; más bien, ahora debe

atender sus relaciones con los centros ya mencionados. Pese a esto, la otrora imponente ciudad zapoteca representa la sacralidad y el linaje con el que se trata de establecer vínculos y pasa a constituirse más en un símbolo que en el lugar donde estuvo el poder durante tantos siglos.

Época V (1000-1521 d.C.)

Esta época puede subdividirse en temprana y tardía, y estamos ya plenamente en la decadencia de Monte Albán. El centro ha perdido la importancia que tuvo en el pasado, algo que, como ya dijimos, comienza a apreciarse desde la época anterior. Ya no se erigen grandes edificios ni estelas y existen asentamientos humanos que no rebasan los ocho mil habitantes. Nuevos ajustes se van a dar en los Valles Centrales de Oaxaca. Grupos mixtecos establecen alianzas militares y matrimoniales con los zapotecos asentados en diversos centros del valle, como Zaachila y algunos otros. Sitios mixtecos se establecen al pie de Monte Albán como Sa'a Yucu. Algo interesante, que posiblemente aclare las relaciones mixteco-zapotecas, es la amenaza que representan los mexicas del centro de México, quienes para entonces ya incursionaban en tierras oaxaqueñas. Finalmente y a partir de la conquista española, que toma la ciudad mexica el 13 de agosto de 1521 d.C., se pierde paulatinamente el control, tanto militar como político, económico y religioso, del resto de Mesoamérica y de otras áreas al norte de la misma, lo que trae aparejado un cambio radical y cualitativo bajo el nuevo orden peninsular.

A manera de resumen y para dar una idea de los alcances de la sociedad zapoteca, cito a la doctora Joyce Marcus, especialista en el tema, cuando escribe sobre los zapotecos actuales y sus antecesores:

> Después de todo, los zapotecos tienen mucho de qué enorgullecerse. Sus antepasados comenzaron a trabajar la tierra en fechas tan tempranas como 8000 a.C. Producían calabazas y jícaras cuando muchas partes de México aún no tenían

> plantas domésticas. Hacia 6000 a.C., agregaron frijoles negros, y maíz para 4350 a.C. En 1600 a.C., ya vivían en aldeas, tejían y hacían cerámica. Para 500 a.C., fundaron lo que podría ser la primera ciudad del México antiguo: Monte Albán. De los cuatro grandes sistemas de escritura jeroglífica del México antiguo –zapoteco, maya, mixteco y azteca–, la escritura zapoteca es la más antigua. Y cuando durante la Época II, Monte Albán conquistó la Cañada de Cuicatlán y se anexó Ejutla, Miahuatlán y Sola de Vega, los zapotecos estaban creando el primer imperio de la antigua Mesoamérica.[2]

De los mixtecos podemos asegurar que fueron grandes ceramistas, orfebres destacados y que nos dejaron sus historias, linajes y pensamientos pintados en códices. Estos últimos han sido una fuente indispensable para conocer mejor las particularidades de este pueblo. La producción de cerámica mixteca es una de las más bellas de Mesoamérica, con una policromía y calidad insuperables. En cuanto al trabajo en metales, la Tumba 7 ha proporcionado una buena cantidad de ejemplos en oro, plata y cobre, así como la combinación de estos metales con piedras de distintos tipos, que mucho dice de sus creadores como finos artistas que supieron transformar el oro y otros materiales en obras de arte.

Con todos estos antecedentes, que nos permiten ubicar en el tiempo y el espacio a estas dos culturas, estamos en la posibilidad de entrar de lleno a las características que revistieron el hallazgo de la Tumba 7. Para ello, es necesario conocer antes quién fue el arqueólogo que tuvo en sus manos el proyecto de investigación, quiénes fueron sus colaboradores, qué fue lo que motivó los trabajos emprendidos y los resultados que se obtuvieron.

¿Quién fue don Alfonso Caso?

Alfonso Caso Andrade (fig. IV.6) nació en la ciudad de México en 1896 y murió en ella en 1970. Si algo lo caracterizó, además de haber sido un gran investigador, fue su capacidad para crear diversas instituciones de carácter antropológico. Entre ellas cabe destacar la Sociedad Mexicana de Antropología, establecida

la noche del 28 de octubre de 1937 por varios distinguidos estudiosos del pasado y del presente de México, entre los que se encontraban Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Miguel Othón de Mendizábal, Rafael García Granados, Paul Kirchhoff y Daniel Rubín de la Borbolla. Esta sociedad continúa hasta el momento y a ella han pertenecido los más destacados antropólogos e historiadores, tanto nacionales como extranjeros, dedicados al estudio de las sociedades antiguas y de su pervivencia en la actualidad. Tiene su propio órgano de difusión, la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* y sus reuniones han servido para realizar análisis de diferentes regiones del país, así como estudios específicos de temas importantes para la antropología y la historia mexicanas. En 1939, el entonces presidente de la república Lázaro Cárdenas, por decreto presidencial, estableció el Instituto Nacional de Antropología e Historia, al que poco después se une la Escuela Nacional de Antropología, que ya existía dentro del Instituto Politécnico Nacional, y don Alfonso va a ser elegido como el primer director de la naciente institución.

Más tarde, en 1949 y por circunstancias especiales, surge el Instituto Nacional Indigenista. Por aquel entonces don Alfonso había sido nombrado secretario de Bienes Nacionales por el presidente Miguel Alemán, cargo en el que duró dos años, pues presentó su renuncia al ver la mala actuación de varios funcionarios. Al ser un miembro destacado de la comunidad intelectual, pues había sido director de la Escuela Nacional Preparatoria y después rector de la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1944 y 1945, además de haber formado parte de un grupo de distinguidos intelectuales conocidos como «los Siete Sabios», el presidente Alemán no deseaba que un académico de tal relevancia se alejara de su gobierno y le ofreció que le solicitara algo para que lo desarrollara después de abandonar su puesto en la Secretaría de Bienes Nacionales. Caso le planteó la urgencia de crear un organismo que atiendiera la problemática indígena, y es

así como se crea el instituto mencionado.

Don Alfonso se había graduado como abogado en 1919; sin embargo, su interés cambiaría radicalmente con el nacimiento de su pasión por el México antiguo, que determinaría su vocación para los estudios antropológicos. Podemos decir que, de 1927 en adelante, su fervor por la arqueología se acentúa, y excava y escribe sobre diferentes temas. De su pasión inicial por la arqueología, que perdurará siempre, pasa al estudio de los códices prehispánicos. A él se deben interpretaciones de códices como el *Selden,* el *Bodley* y otros más. También será motivo de su interés el indigenismo actual, lo que lo lleva, como dijimos, a crear el ini. Hombre culto y preparado, forma parte de los quince fundadores de El Colegio Nacional en 1943, grupo selecto de científicos, humanistas y artistas, a quienes se considera eméritos de la nación y cuya misión es la de difundir su conocimiento al público en general. Cabe agregar que un año después de su muerte, sus restos fueron colocados en la entonces llamada Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores en la ciudad de México.

A finales de la década de los años veinte y comienzos de la siguiente década, Alfonso Caso se inclinó definitivamente por los estudios de las culturas zapoteca y mixteca que habían ocupado (y aún ocupan) el estado de Oaxaca, al sureste de la ciudad de México. Planteó varias temporadas de campo para excavar y así investigar más acerca de estos pueblos, pues como él mismo dice:

> Hace tres años principié a investigar precisamente este punto y publiqué entonces un libro llamado *Las estelas zapotecas,* en el que me propuse estudiar la escritura jeroglífica de este pueblo. Noté entonces que faltaban elementos y datos para poder llegar a una conclusión definitiva, y que, por otra parte, existía una relación indudable con las escrituras maya y azteca.
>
> Con el objeto de hacer mayores investigaciones, organizamos, de acuerdo con el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación, la primera expedición en Monte Albán que terminó el mes de febrero del presente año.[3]

El área para iniciar sus excavaciones correspondió a la parte norte de la gran plaza principal del sitio. De esta manera nos la describe don Alfonso:

> La plaza principal de Monte Albán es un gran rectángulo de 300 m de largo por 200 m de ancho, rodeada en toda su extensión por plataformas sobre las que se levantan pirámides. Al centro de esta plaza hay tres grandes montículos y en uno de ellos se encuentra una tumba que fue explorada hace mucho tiempo, más de un siglo, y que no sabemos lo que contenía. Desde el siglo XVIII tenemos noticias ciertas de saqueos en los edificios de Monte Albán, y sólo desde que el gobierno Federal se hizo cargo de la zona, se suspendieron estos saqueos, pero probablemente gran parte de las joyas de oro y jade que procedentes de México se encuentran en los museos de Estados Unidos y Europa, fueron extraídas de los riquísimos sepulcros de Monte Albán.
>
> La primera temporada de trabajos en Monte Albán comprendió las exploraciones que se hicieron en la Plataforma Norte y en las tumbas.[4]

En efecto, Caso emprendió sus labores en ese lado de la ciudad y excavó grandes escalinatas con anchas alfardas, muros y otros elementos arquitectónicos. Pero algo que llamó poderosamente su atención fueron las tumbas mismas, que exploró para conocer su contenido. ¿Cuáles fueron las razones para emprender este trabajo? El mismo Caso nos contesta: «Con el fin de encontrar objetos y piedras con inscripciones para el desciframiento de la escritura y el calendario zapotecos y para establecer las diferentes épocas y culturas que existieron en Monte Albán».[5]

De esta manera se supo que la Tumba 1 tiene bóveda angular y es muy sencilla, no habiéndose encontrado nada en su interior. La Tumba 2 se localiza al oriente de la plataforma norte en una terraza más baja. De arquitectura sencilla y forma rectangular, en la pared del fondo se encontró un nicho, cuyo techo o bóveda también era angular, formado por piedras igual que las paredes. Contenía restos de un esqueleto y una serie de vasijas de barro.

La Tumba 3 tiene una planta cruciforme, lo que la hace diferente de las demás exploradas en esta temporada. Caso piensa que tal vez fungió como osario, «pues encontramos una gran cantidad de huesos humanos, la mayor parte en un gran estado

de degradación y muy incompletos».[6] En su interior se hallaron diversas vasijas de barro negro con vertedera, dos cajetes, buen número de cabecitas, objetos de concha, una cuenta de jade y una pieza de cerámica en forma de tubo.

La siguiente tumba tiene el número 4 y presenta un curioso acceso, pues el pasillo de entrada sufre un desvío que conecta con la cámara mortuoria. El techo es similar al de las tumbas 1 y 2, formado por grandes piedras que se apoyan en las paredes y cuyo otro extremo se inclina en la piedra de la otra pared para formar un ángulo. La tumba había sido saqueada y sus excavadores sólo se dedicaron a limpiarla.

La Tumba 5 tenía la particularidad de que su techo se había caído, pero en su parte superior se halló un silbato de barro con la figura de una deidad zapoteca y algunos huesos humanos. Al excavar su interior se hallaron dos esqueletos y pedacería de cerámica. En cuanto a la Tumba 6, en realidad se trata de tres tumbas que contenían restos óseos y objetos diferentes. Por sus características, todas estas tumbas eran zapotecas, como lo indicaban los vestigios encontrados.

Esto sólo era el preámbulo de lo que vendría a continuación, pues faltaba excavar otras tumbas, aunque la localización y exploración de aquella a la que se le asignó el número 7, correspondiente a la Época III de Monte Albán (200-750 d.C.) y reutilizada posteriormente en la Época V tardía (1300-1521 d.C.), resultó de tal manera interesante que se le prestó especial atención. Su excavación inició el 6 de enero y encima de ella estaban algunos cuartos que fue necesario excavar previamente. Don Alfonso nos describe así un hallazgo promisorio de lo que se encontraría posteriormente:

> Como era sábado, día en que se pagaba a los trabajadores, había dejado al licenciado Valenzuela al frente de la exploración, para bajar a Oaxaca a recoger los fondos. Cuando subía acompañado de mi esposa [María Lombardo], al llegar a donde estaba Valenzuela me dijo la palabra zapoteca ¡guelaguetza!, que significa «ofrenda» o «regalo», y me colgó el collar de jade y me mostró la trompeta de ca-

racol.[7]

Esta manera un tanto liberal de proceder con los objetos encontrados no deja de llamar la atención, pues bien sabemos que se debe actuar con sumo cuidado en toda excavación arqueológica. La excavación continuó y pronto sintieron que debajo de ellos se encontraba una tumba:

> Continuamos entonces la exploración, practicando un agujero cerca del lugar de estos primeros hallazgos, y pronto los picos, al chocar contra las piedras, nos avisaron por el sonido que producían, que debajo existía un lugar hueco y que estábamos precisamente sobre el techo de una tumba.[8]

En seguida vienen aquellas palabras con las que comenzamos este capítulo y que nos dan una idea de la magnitud del impacto que causó en los descubridores lo que se presentaba ante su mirada. El mismo Caso nos sigue describiendo así la manera en que actuaron para no dañar los objetos:

> Valenzuela y yo habíamos realizado esta primera inspección de la tumba, caminando por encima de unas piedras que sobresalían irregularmente de la tierra y que nos permitieron hacer la exploración sin destrozar los objetos y los huesos humanos. Al iluminar la tierra de la tumba se veía brillar esta por las perlas, las cuentas de oro y las innumerables plaquitas de turquesas que formaron en un tiempo ricos mosaicos que fue imposible recuperar o reconstruir, por más que mi primer cuidado fue ver si podía salvar aunque fuera una parte o siquiera poder descubrir el dibujo que tenían.[9]

Una vez que se pudo entrar en la tumba, los excavadores estaban ante la presencia de objetos diversos de incalculable valor material y científico. Caso consideró lo que se presentaba ante sus ojos como el hallazgo más importante de la primera temporada de trabajos en Monte Albán. Estas son sus palabras:

> Fue la Tumba 7 de Monte Albán, por su riqueza excepcional en obras del antiguo arte aborigen, la que constituyó el mayor éxito en la primera temporada de trabajos y el mejor hallazgo de objetos arqueológicos hecho hasta hoy en América.[10]

El tesoro de Monte Albán

Con este título publicó Alfonso Caso el libro que daba cuenta

de la manera en que se encontró la Tumba 7, de su contenido y de los análisis correspondientes efectuados por diferentes especialistas. Si bien es cierto que la publicación tardó muchos años en salir a la luz, treinta y siete para ser exactos, también es importante señalar que en sus páginas podemos leer diversos artículos que nos ilustran acerca de aquel encuentro excepcional.

Una pregunta que de inmediato se presenta es: ¿por qué, en una tumba zapoteca no muy elaborada de la Época III de Monte Albán, se colocaron entierros mixtecos posteriores, pertenecientes a la Época V, con una riqueza inusitada? Aunque sabemos que, al decaer los zapotecos, el lugar siguió siendo habitado parcialmente por mixtecos como parece indicarlo la ocupación de terrazas en el sitio, la pregunta anterior sigue en pie y una posible respuesta puede ser que los nuevos ocupantes sabían lo que representaba el Monte Albán zapoteco y la grandeza y el control que tuvo siglos antes sobre los Valles Centrales de Oaxaca; por lo tanto, enterrar a personas en aquel lugar pudo obedecer a la sacralidad del sitio y a su importancia. Al respecto dice Nelly Robles:

> Monte Albán, sin embargo, no fue olvidado. Su carácter sagrado perduró a lo largo del tiempo, y el respeto y sacralidad hacia ella continuaron manifestándose de diferentes formas. Una de ellas fue la decisión de una población mixteca de la Época V de enterrar en una de las tumbas clásicas los restos y ofrendas de personajes importantes de su cultura, integrando lo que hoy se conoce como el extraordinario Tesoro de la Tumba 7, testimonio de que Monte Albán continuó siendo la ciudad sagrada por excelencia.[11]

Empecemos con las características arquitectónicas de la tumba. Está formada por una antecámara que mide 1.85 m de largo por 1.40 m de ancho y tiene una altura de 1.75 m. El techo está formado por piedras planas, y de este aposento se pasa por un pequeño pasillo a la cámara principal, que tiene 3.60 m de largo por 1.25 m de ancho. En esta parte, el techo tiene forma angular y está hecho con grandes piedras que se apoyan sobre las paredes laterales de la tumba y se inclinan para descansar, una con otra,

en la parte superior, dando la forma ya señalada. Aquí la altura es mayor, tiene cerca de 2 m. Al fondo de la cámara hay un nicho y dos más en cada una de las paredes laterales, los que, por cierto, estaban vacíos. Todo el conjunto está construido con piedras, incluyendo el piso de la tumba. Encima de ella se encuentra una habitación que la cubrió como se señaló páginas atrás (fig. IV.7).

Volvamos ahora al contenido de la tumba. Ya habíamos dicho que en un principio la cámara mortuoria fue hecha y ocupada por zapotecos. Sin embargo, siglos después se retiran los huesos del ocupante original y se coloca tierra para depositar sobre ella los restos humanos de entre siete y nueve personas acompañados de una ofrenda abundante. Así lo señala don Alfonso:

> Llegamos a la conclusión de que la Tumba 7 fue utilizada en dos ocasiones, primero por los zapotecas, que la construyeron, y después por los mixtecos, que sacaron los cadáveres y los objetos que estaban en la tumba; pero olvidando algunos de estos, llenaron la tumba con tierra hasta tapar completamente la entrada, y bajaron por esta rampa así formada a depositar los esqueletos y las joyas de sus jefes. Salieron después por el techo, cerrando la salida por medio de la piedra con inscripciones zapotecas, que probablemente antes se usó para cerrar la entrada.[12]

¿Qué se encontró en su interior? Algo habíamos adelantado ya al principio del capítulo, pero ahora vamos a extendernos más para que el lector pueda tener una idea aproximada del contenido de la tumba. Empecemos con los huesos ubicados en su interior. Algo en lo que coinciden Caso y sus colaboradores es en el mal estado que guardaban los restos óseos. Don Alfonso los describe así:

> Por supuesto que, debido al estado de humedad de la tumba y a que probablemente los nuestros fueron enterrados en posición sedente, o que se trata de entierros secundarios, lo único que encontramos fueron montones de huesos informes y en su mayor parte casi destruidos por la acción del tiempo. Nada que fuera de tela, madera o cualquier otro material blando se había conservado en la tumba…[13]

Correspondió al doctor Daniel Rubín de la Borbolla participar en el estudio de este material. Él pone mucho énfasis precisamente en este tema, a la vez que nos da la distribución que guardaban las osamentas en el interior de la tumba. En palabras del

doctor Rubín de la Borbolla:

> Los nueve cadáveres estaban distribuidos así: uno en el fondo de la tumba, tres cerca del muro sur de la segunda cámara, uno en el muro norte y cuatro en el umbral y en parte de la primera cámara.[14]

Se llamó esqueleto *a* al depositado al fondo de la cámara principal; los restos pertenecieron a un individuo adulto de sexo masculino no mayor de cincuenta y cinco años cuyo cráneo o lo que quedaba de él (la calota) mostraba una osteopatología y tenía una deformación occipitofrontal. Este tipo de deformación se practicaba desde el nacimiento del niño y la cabeza iba adquiriendo paulatinamente una forma alargada y aplastada del hueso frontal. Esta calota o bóveda craneal fue a la que se le puso mayor atención siendo analizada por diversos especialistas, ya que tenía una lesión o foco de osteítis que fue clasificada por el doctor Tomás Perrín como un islote de caries tuberculosa de iniciación meníngea, lo que debió provocar en este personaje fuertes jaquecas. El doctor Luis Vargas y Vargas, radiólogo, tomó placas de la calota para observar las particularidades del hueso. Algunos huesos largos indicaban la presencia de artritis.

El doctor Rubín de la Borbolla estudió los otros restos óseos no sin insistir en el mal estado de la conservación en que se encontraban y la falta de muchos huesos por los movimientos a que estuvieron sujetos antes de colocarlos en la tumba y nos indica que después de la clasificación anatómica se deduce que había huesos de una mujer joven y una anciana, además de huesos de jóvenes «y no menos de siete ni más de nueve adultos masculinos entre los treinta y cinco y cincuenta y cinco años de edad».[15]

Una de las conclusiones a las que llega, y que resulta de mucha importancia, es que los restos óseos fueron removidos de otros lugares y colocados en la Tumba 7 como entierros secundarios. Por esto, se entiende que no guardaran relación anatómica, sino que, al recogerlos del lugar original en que habían sido

depositados para llevarlos después a la Tumba 7, se los juntó y colocó revueltos en su interior. Nos dice Rubín:

> es posible que hayan sufrido varios desenterramientos previos antes de su inhumación final en Monte Albán y que en ese proceso se destruyeran unos y perdieran otros. En realidad se podría considerar la Tumba 7 como un lugar accidental para este enterramiento secundario.[16]

Así las cosas, de lo que no cabe duda es de que estos restos, o uno de ellos, debieron pertenecer a un personaje mixteco de alta jerarquía social y de que los otros eran familiares o acompañantes que se colocaron junto con su señor. De ninguna otra manera se puede entender la cantidad de joyas con que se acompañó los huesos y la gran calidad de estas. A continuación nos referiremos a este tema, no sin antes comentar que así como se hicieron análisis de adn en los huesos de Tutankhamon que permitieron definir su genealogía, también se podrían practicar estudios que permitieran saber si los huesos de la Tumba 7 pertenecían a una misma familia o si se trataba de personas no unidas por parentesco alguno.

Vamos a referirnos ahora a los objetos encontrados en la Tumba 7. Empecemos por la manera en que procedieron los investigadores inmediatamente después del hallazgo y las precauciones que tomaron con el fin de ubicar los materiales y realizar el catálogo correspondiente. Caso nos da los detalles de cómo no pararon de trabajar durante toda la noche. Las palabras de Caso son significativas:

> Eran las 3 de la mañana del día siguiente, 10 de enero, cuando por segunda vez pude deslizarme dentro de la tumba, acompañado de mis dos ayudantes, los señores Martín Bazán y Juan Valenzuela [fig. IV.8].
>
> Después de contemplar los objetos que se ofrecían a nuestra vista, procedimos a recoger los objetos de oro más aparentes, tomando de cada uno sus distancias con relación a los muros norte y oriente de la tumba.
>
> En esa primera noche recogimos treinta y seis objetos de oro entre los que descollaban la diadema, la pluma y el gran pectoral que representaba a un caballero tigre.
>
> Después de levantar el catálogo de estos primeros objetos recogidos en la Tumba 7, salimos cuando ya amanecía, y dejando a mis dos ayudantes al cuidado de la

tumba, regresé a Oaxaca para guardar en lugar seguro los objetos.

Durante siete días mis dos ayudantes, los señores Valenzuela y Bazán, mi esposa y yo exploramos la tumba, recogiendo los objetos y los huesos y formando los catálogos. Trabajamos diariamente más de catorce horas. Todos los objetos recogidos los encontramos superficialmente sobre la tierra que cubría la tumba o a una profundidad de algunos centímetros, lo que indica que los entierros se hicieron sobre la tierra que cubría el fondo de la tumba y que los que depositaron los cadáveres no salieron por la puerta, sino por el techo, cerrando después la entrada por medio de una gran piedra que tiene una inscripción zapoteca.[17]

Algo que desde un principio atrajo la atención de Caso fueron las vasijas hechas en tecali o lo que denomina alabastro, al igual que las piezas fabricadas en cristal de roca. De las primeras dice que «las vasijas de tecali fueron pulidas con tal primor, que las paredes delgadas son transparentes» (fig. IV.9).[18] Destaca aquel trípode cuyos pies tienen forma de cabezas de serpiente, elaborado con tanta delicadeza que inclusive las paredes de estos pies son transparentes. Otra pieza tiene forma de media calabaza y una más está decorada en el soporte con diez cabezas de animales como cocodrilo, serpiente, tigre, perro, águila y zopilote. En lo que al cristal de roca se refiere, señala: «La copa de cristal de roca es quizá uno de los objetos más extraordinarios que aparecieron en la tumba. Mide 14 cm de altura por 8 cm de diámetro y las paredes tienen un grueso de 1 cm».[19]

Otro material del que se elaboraron piezas fue la obsidiana, vidrio volcánico del que se encontraron orejeras y cuchillos. Estos últimos pudieron emplearse, según Caso, para el autosacrificio, en tanto que las primeras servían como adorno en el lóbulo de las orejas. De estas últimas hace ver que fueron trabajadas con tal destreza que su grosor es el de una hoja de papel lo que las hace transparentes. También se encontraron piezas de turquesa consistentes en placas para los mosaicos o cuentas. Otro material empleado es el que denominó jade y del que resalta las siguientes piezas (fig. IV.10):

De este material hay un mango de abanico en forma de serpiente, tres anillos, una primorosa cabeza de ave con los ojos de oro, una cabeza de águila que tiene

por la parte de atrás una placa de oro y servía de adorno para el labio [bezotes]; varios pendientes, uno de ellos en forma de carapacho de tortuga; orejeras e innumerables cuentas que forman varios collares, entre los que se destaca primeramente un collar de jade casi blanco, formado por tres grandes cuentas de sección rectangular, que alternan con cuentas esféricas.[20]

Y sobre el particular declara: «El trabajo y el pulimento de los objetos de jade de la Tumba 7, así como el precioso material de que están hechos, los coloca en primer lugar entre las riquezas descubiertas en la tumba».[21]

Vayamos ahora a la descripción que hace de las piezas elaboradas en metal. Tres fueron los metales trabajados: oro, plata y cobre. Del primero hay especímenes trabajados de manera magistral, para los que se emplearon las técnicas del martillado y de la «cera perdida», que consistente en la manufactura de una masa hecha de carbón vegetal y arcilla molidos en los que se hacía el diseño del objeto, posteriormente se empleaba la cera de abeja y se vertía el oro derretido para que ocupara los espacios de la cera, misma que al calentarse daba paso al oro. Uno de estos objetos es el que Caso interpretó como pectoral «en forma de caballero tigre» y fue elaborado en varios segmentos que luego se unieron entre sí con oro derretido. Se elaboró con la técnica ya mencionada de la cera perdida, de acuerdo con los estudios del doctor Easby Dudley, especialista en metales. Según Caso, esta pieza está formada por una cabeza humana que porta un casco en forma de cabeza de felino, decorado con plumas imitadas por hilos de oro. Señala, además, que tiene una especie de máscara consistente en una mandíbula humana que cuelga con cordones que pasan debajo de la nariz del personaje. Porta orejeras de las que salen cabezas de serpientes y lleva un collar cuyo colgante tiene forma de pájaro (fig. IV.11). En la parte inferior del pectoral se aprecian dos placas en las que se ven fechas que Caso interpreta de la siguiente manera:

La lectura completa de las fechas de este pectoral sería la siguiente: «Año 10 viento, día 2 cuchillo de pedernal. Año 11 casa». Lo que en mi concepto quiere decir que el año que los mixtecos llamaban 11 casa, era el mismo año que los za-

potecos llamaban 10 viento. Este objeto es uno de los que demuestran que las joyas de la tumba eran mixtecas, pues los zapotecos y mexicanos nunca utilizaron el símbolo ao entrelazadas para representar el año.[22]

Una pieza que llama la atención de todo aquel que la vea es, sin lugar a dudas, el pectoral de oro formado por diversas piezas unidas entre sí, y que tiene un contenido importante. En la parte superior vemos la representación de una cancha para el Juego de Pelota con dos personajes en su interior que llevan pelotas en una de sus manos (fig. IV.12). En el centro se aprecia un cráneo; no hay que olvidar que en distintos códices vemos la cancha con cráneos en su interior y que en zonas arqueológicas, como en Chichén Itzá, se observa a mitad de la cancha para el juego unos relieves en los que se ven jugadores, siete de cada lado, y en medio una figura de un cráneo que separa ambos bandos. También es importante recordar que la práctica de este juego tenía un contenido de lucha entre la noche y el día, entre los poderes diurnos, solares, y los nocturnos. Pero sigamos con la descripción del pectoral. Debajo de esta escena, vemos un disco solar con un cráneo en el centro del que, a su vez, pende otra pieza en la que se ve un cuchillo de sacrificios con la boca abierta y que el autor interpreta como relacionado con la Luna, aunque puede guardar relación más bien con sacrificio y muerte. Debajo de esta figura hay otra en la que se aprecia a Tlaltecuhtli, señor / señora de la tierra, con sus grandes fauces abiertas. Inmediatamente debajo vienen cuatro colgantes que sostienen cuatro cuentas redondas de las que cuelgan, a su vez, cuatro cascabeles estilizados. Don Alfonso interpreta todo el conjunto así en su primera publicación: «Tenemos, pues, aquí, de arriba a abajo, el cielo estrellado, el Sol, la Luna y la Tierra. Un verdadero corte transversal del universo, según las ideas que tenían los indígenas mexicanos».[23]

En esta extraordinaria pieza veo más bien elementos de sacrificio y muerte. La cancha para el juego en la parte superior del

pectoral sugiere una lucha en la que el perdedor se destina al sacrificio y allí está el cráneo que divide a los contendientes. Esto se refuerza con las tres partes que vienen una debajo de otra, en las que se ve el Sol con el cráneo e, inmediatamente debajo de él, la presencia del cuchillo de sacrificio. Finalmente, está la deidad terrestre presta a devorar las esencias del individuo sacrificado o también al Sol, ya que esta es la función de la diosa de la tierra. Es, en fin, una representación del sacrificio y muerte de uno de los contendientes que revestía un carácter solar, pues recordemos que la Tierra devoraba al Sol cada atardecer para pasar a alumbrar el mundo de los muertos.

Otras joyas que llamaron la atención de Caso son dos cabezas de Quetzalcóatl y algunas cabezas de águila, dos de las cuales llevan símbolos lunares y surgen de representaciones solares. El rostro del dios Xipe Tótec, de 8 cm de alto, es otra pieza emblemática tanto por lo que significa, como por sus características de elaboración (fig. IV.13). Se trata del dios de los joyeros y se puede ver el rostro recubierto con una piel de muerto, desollado, con los ojos cerrados y la boca semiabierta, además de apreciarse, en su parte posterior, el cabello hecho de filigrana. Algunos agujeros indican que pudo servir como broche de un cinturón, por haberse encontrado cerca del hueso iliaco de uno de los cadáveres. Los anillos de oro están bellamente trabajados y uno de ellos tiene un águila descendente de cuyo pico cuelga el símbolo de «piedra preciosa» o chalchihuite. También destaca la diadema de oro y la pluma que la complementa, que fueron observadas desde que los arqueólogos se asomaron por primera vez a la tumba (fig. IV.14). Muchos otros objetos se encontraron y tenemos una relación de ellos que nos proporciona el mismo Caso:

> Hay cinco pectorales que representan caballeros águila, un mango de abanico de oro, en forma de serpiente, que estuvo rematado sin duda por una placa de madera, en la que se insertaron las largas plumas verdes de quetzal o de algún otra ave de brillantes colores; hay una calabacita que estuvo recubierta con una lámina de oro y que sirvió para guardar la mezcla sagrada de tabaco y otras sustancias que

servían a los sacerdotes para conservar su energía a pesar de los ayunos y austeridades a las que se entregaban; hay también brazaletes y orejeras de oro, collares en los que cada cuenta representa una tortuga, otros en los que las cuentas son estilizaciones de muelas de tigre e innumerables collares de cuentas cilíndricas o esféricas de diversos tamaños, desde las grandes, que alternan con cuentas de jade, hasta las pequeñas, que no pueden ser ensartadas valiéndose de agujas, pues no las hay suficientemente finas.[24]

En cuanto a las piezas de plata, menciona tres anillos, rematados por cascabeles, todos sencillos pero finamente elaborados. La lista puede continuar, pero estos materiales fueron los que más llamaron la atención del investigador. Otros materiales detectados en la gran ofrenda fueron el azabache y el ámbar, además de conchas, de preferencia de color rojo:

> y hay varios collares formados por centenares de cuentas de este color, brazaletes, collares de caracolitos, que se ponían como adornos en petos de piel de tigre, orejeras y plaquitas de concha que fueron utilizados en los mosaicos.[25]

De estos, ya nos había advertido don Alfonso que estaban montados sobre madera, misma que se destruyó por la humedad y el transcurso del tiempo. La única pieza que se ha conservado parcialmente es el mosaico colocado sobre un cráneo humano que atrajo la mirada de Caso al salir de la tumba y que interpreta de esta manera:

> Probablemente es el cráneo de algún gran guerrero capturado por los mixtecos y sacrificado por ellos, quienes lo utilizaron después como un macabro trofeo de guerra, haciéndole una perforación en la parte superior y pintándolo interiormente de rojo. El mosaico de turquesas se adhirió después sobre una pasta hecha principalmente de copal, que es una sustancia que usaban antiguamente los mexicanos como incienso, y el Instituto de Biología ha descubierto también que entraron en la composición de esta pasta las semillas de una planta llamada alegría. En la nariz le pusieron a este cráneo una imitación de un pequeño cuchillo de pedernal hecha en concha [fig. IV.15].[26]

Un grupo de materiales relevantes fueron un buen número de huesos (más de treinta) labrados en altorrelieve y en ocasiones con turquesas incrustadas en el fondo para realzar más los diseños. Los altorrelieves mostraban imágenes diversas que interesaron particularmente a Caso ya que las mismas «arrojarán mucha luz sobre la escritura y la mitología del pueblo mixteco».[27] En

efecto, de una primera observación se pudieron detectar varias cosas interesantes, como que en dos de ellos se grabó la primera trecena del calendario mexicano con los signos 1 *cipactli* (cocodrilo), 2 *ehécatl* (viento), 3 *calli* (casa), 4 *cueztpalin* (lagartija), 5 *cóatl* (serpiente), 6 *miquiztli* (muerte) y así hasta llegar al 13 ácatl (caña). El otro muestra el signo del año junto con los glifos casa, conejo, caña y cuchillo de pedernal, que corresponden a los cuatro signos anuales tanto entre los mexicas como entre los mixtecos (fig. IV.16). Uno más está grabado con un árbol sagrado del que desciende una criatura y frente a esta imagen están sentados varios personajes que posan su mano sobre la figura que está al frente, lo que Caso interpreta como representación de la ascendencia. Algunos de estos huesos seguramente se emplearon para el autosacrificio de sacerdotes y altos dignatarios.

Finalmente, no está de más comentar que debajo de todo este rico ajuar del que hemos dado una descripción basados en los primeros escritos de Alfonso Caso, se hallaron piezas de cerámica identificadas como zapotecas, lo que viene a reafirmar algo que ya sabemos: los constructores de la tumba y quienes la ocuparon por primera vez fueron ellos y más tarde ocurrió lo que ya hemos referido a lo largo de este capítulo. Calcula el arqueólogo que esta segunda ocupación debió de ocurrir hacia el siglo XV o principios del XVI, antes de la conquista española.

El total de piezas obtenidas durante el proceso de excavación fue de más de cuatrocientas, lo que nos da una idea de la importancia que tuvieron los personajes enterrados en la antigua ciudad de Monte Albán que para ese momento ya había adquirido un carácter sagrado.

No cabe duda alguna de que las palabras escritas por don Alfonso Caso cuando salió de la tumba, aquel 9 de enero de 1932, son sumamente significativas. Después del descubrimiento de la Tumba 7, la arqueología ha permitido llegar a muchos hallazgos de este tipo que han resultado extraordinarios a lo largo y ancho

de nuestro continente y todos ellos han contribuido a aumentar el conocimiento de los antiguos pueblos que habitaron en sus diversas latitudes. Sin embargo, en aquel momento cobraban una importancia relevante estas palabras con las que termino lo referente a la Tumba 7 de Monte Albán:

> Al salir de la tumba estaba yo absolutamente convencido de la enorme riqueza material, artística y científica que habíamos descubierto y pensé que no recordaba ni tenía ninguna noticia de que se hubiera descubierto en América un tesoro de esta naturaleza.[28]

Fig. IV.1. Monte Albán antes de las exploraciones de Alfonso Caso,
Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.2. Edificio de los Danzantes o Galería de Prisioneros, Archivo INAH

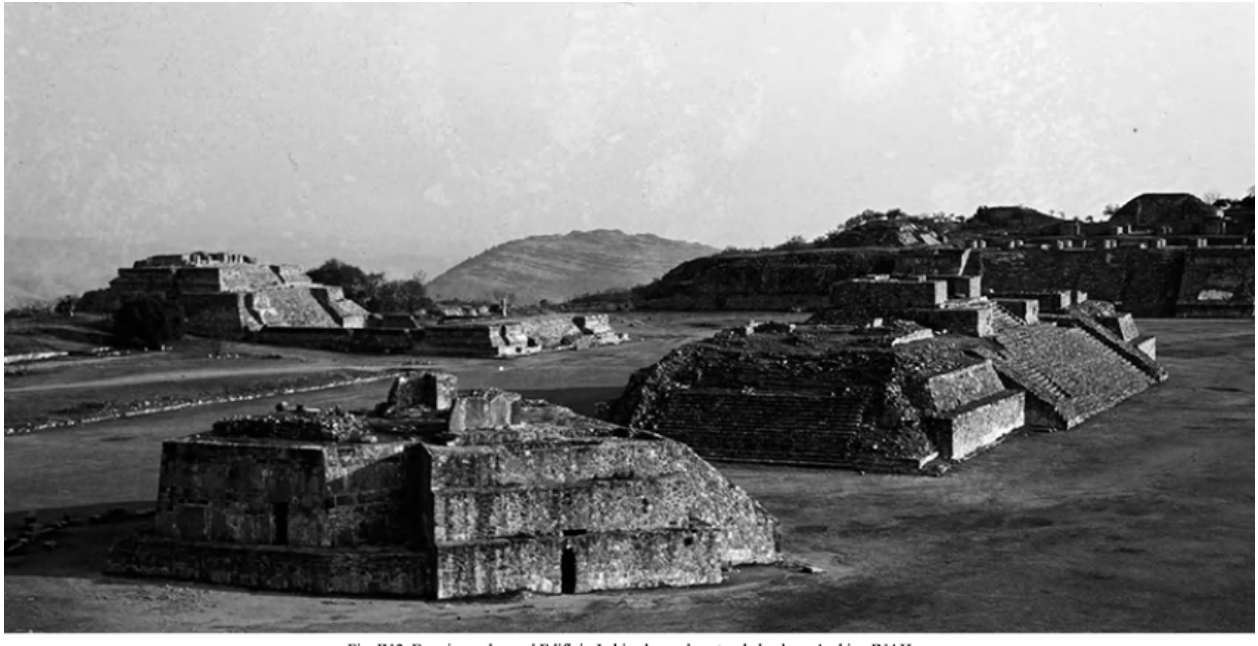


Fig. IV.3. En primer plano, el Edificio J ubicado en el centro de la plaza, Archivo INAH

Fig. IV.4. Lápida de Bazán, dibujo reconstructivo de Javier Urcid

Fig. IV.5. Tumba de Huijazoo, Archivo INAH

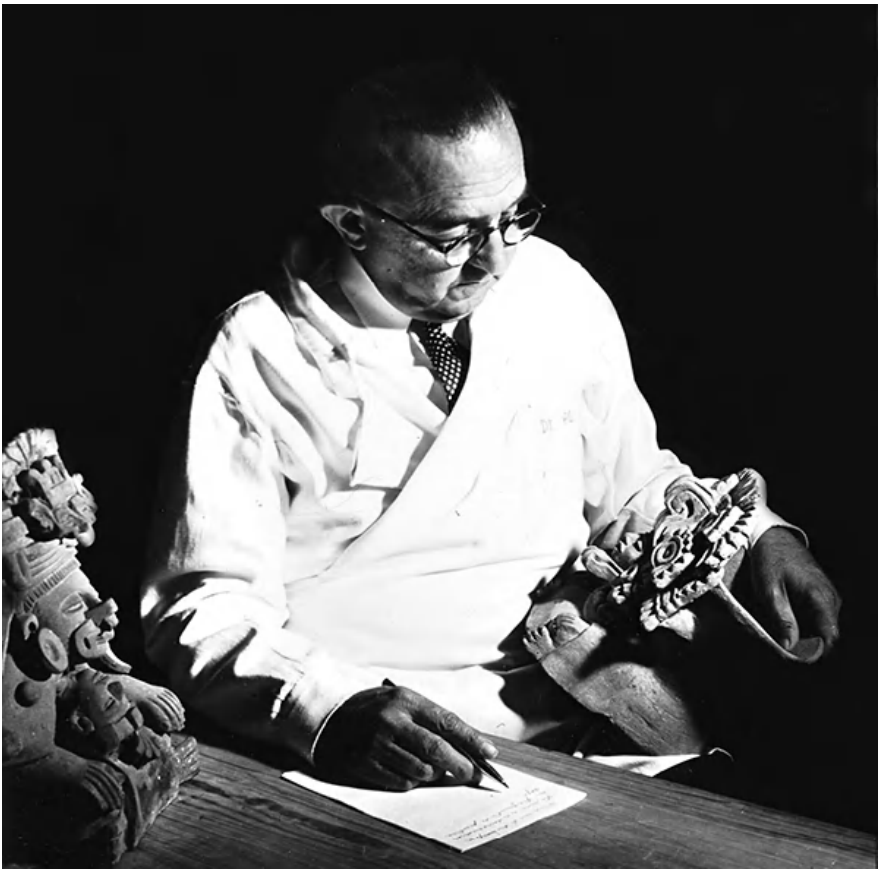


Fig. IV.6. Alfonso Caso, Fondo Alfonso Caso, INAH

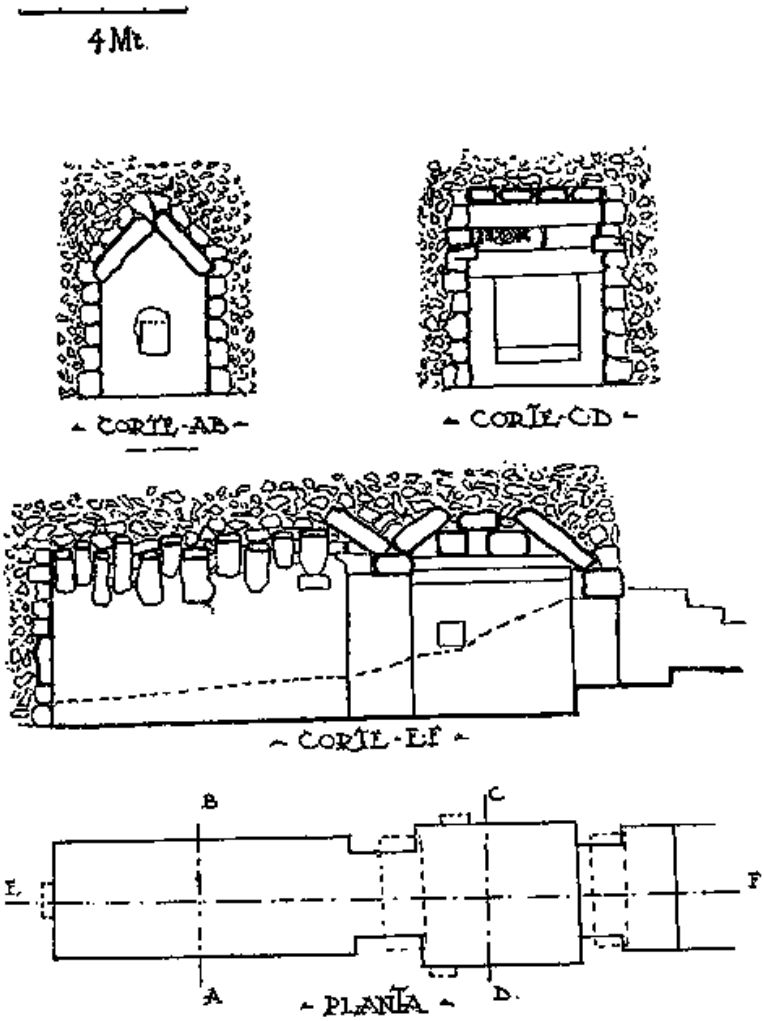


Fig. IV.7. Planta y corte de la Tumba 7 elaborados por Alfonso Caso, Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.8. Alfonso Caso y Martín Bazán a la entrada de la Tumba 7,
Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.9. Vasijas de tecali o alabastro, Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.10. Figuras de jade y oro, Fondo Alfonso Caso, INAH

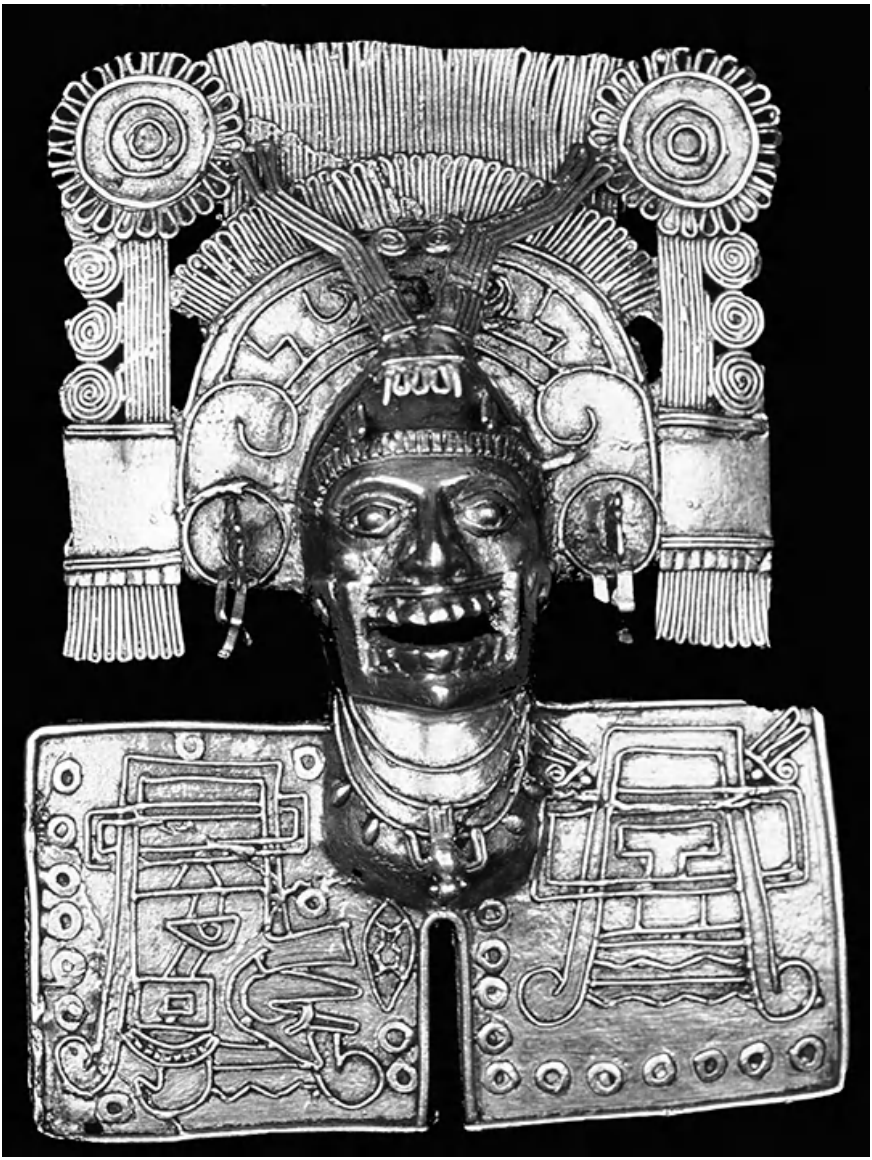


Fig. IV.11. Pectoral de Mictlantecuhtli, interpretado por Caso como del caballero tigre, Fondo Alfonso Caso, INAH

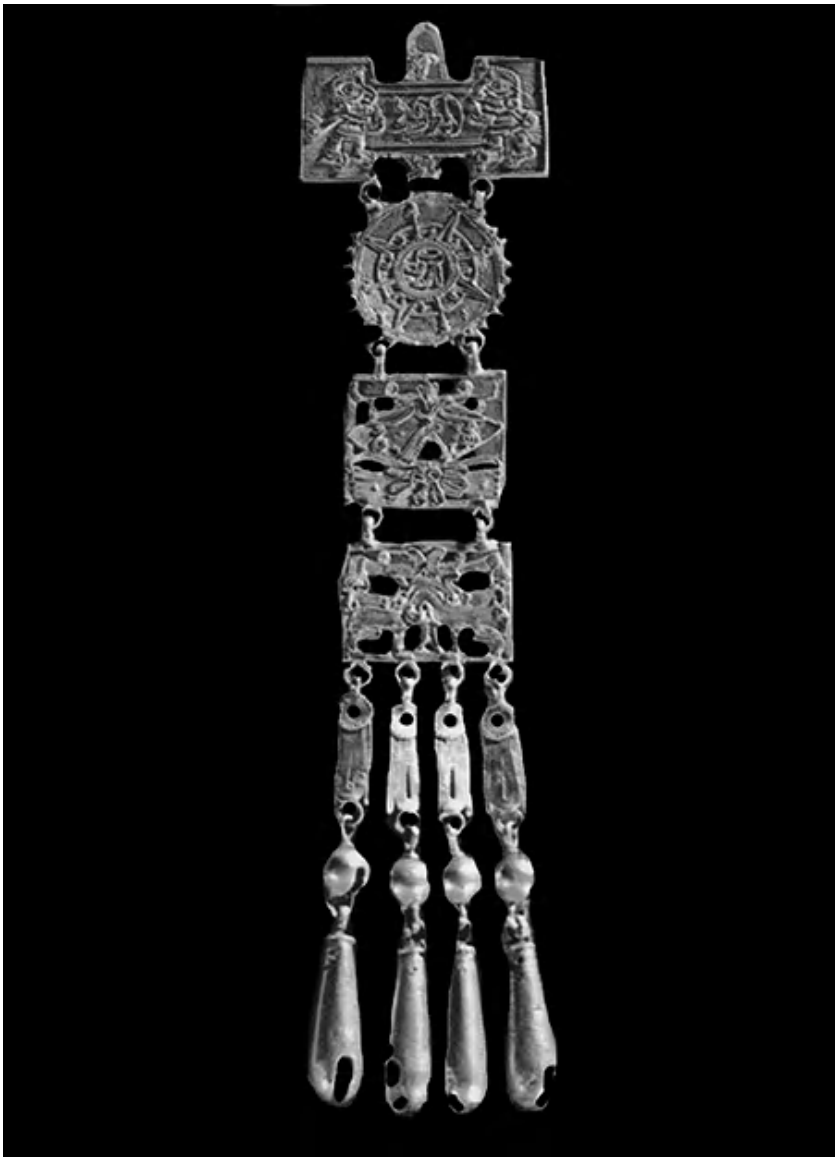


Fig. IV.12. Pectoral del Juego de Pelota, Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.13. Máscara de Xipe Tótec, Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.14. Diadema con pluma de oro, Fondo Alfonso Caso, INAH

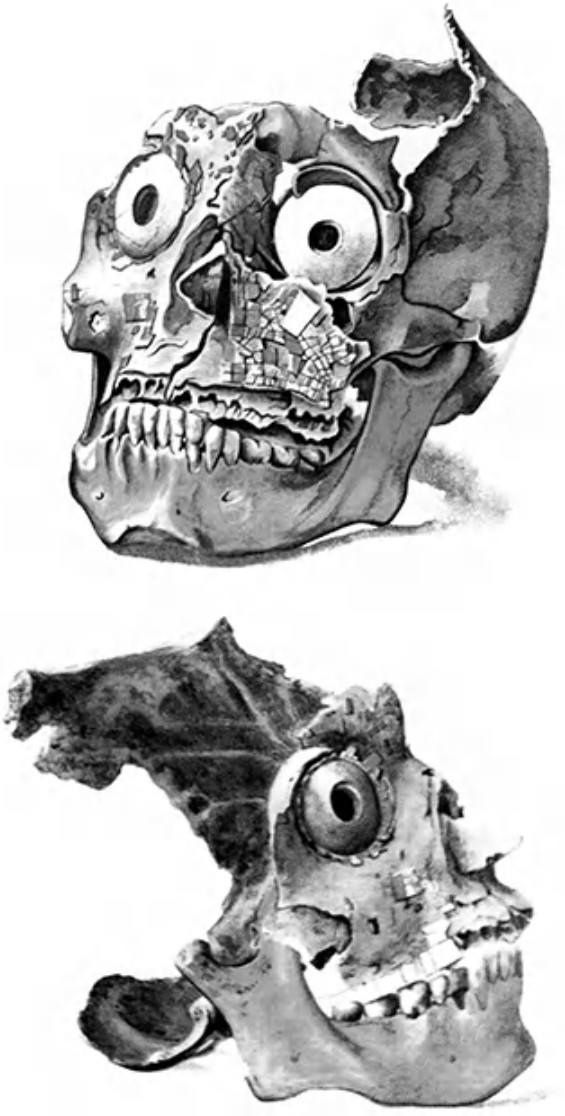


Fig. IV.15. Dibujo del cráneo decorado con mosaicos, Fondo Alfonso Caso, INAH

Fig. IV.16. Hueso labrado, Fondo Alfonso Caso, INAH

V
La tumba de Pakal en Palenque

> Se retiraron las piedras y mezcla y por el claro así abierto pude mirar con la ayuda de una linterna eléctrica, lo que había detrás de la gran losa triangular. Se trataba de una espaciosa cámara con relieves de estuco en los muros y un enorme monumento esculpido que la llenaba casi totalmente.
>
> Dos días después, es decir el domingo 15 de junio [de 1952] hacia el mediodía, se franqueó la entrada a la cámara [...]. Al pasar el umbral se desciende por cuatro gradas hechas de pequeñas losas, las que descansan sobre una gran lápida sostenida horizontalmente por pequeños pilares. En el centro de la cámara y ocupando la mayor parte del espacio, llama la atención un extraordinario monumento de piedra, de grandes dimensiones, y cubierto de relieves.[1]

La experiencia anterior tuvo comienzo cuatro años antes, cuando el doctor Alberto Ruz Lhuillier dio inicio a su primera temporada de excavaciones en Palenque, que se llevó a efecto entre marzo y junio de 1949. Durante ese lapso, Ruz Lhuillier emprendió diversos trabajos de limpieza y excavación en la zona, pero al intervenir en el Templo de las Inscripciones, llamado así por los glifos mayas que decoran varias partes del monumento, encontró en la parte alta a la que se llega por una gran escalinata, en el interior del aposento, una losa que cubría una sección del piso en ese lugar y que tenía dos ringleras de agujeros con tapones de piedra, mismas que fue necesario remover con el fin de levantar la losa; una vez realizada esta operación, se dieron cuenta de que existía una escalera interna que se extendía hacia las entrañas del edificio. Esto sucedió el día 20 de mayo de 1949. Hay que resaltar que Ruz Lhuillier reporta un posible intento de saqueo o la acción de un curioso, pues a un lado de esta losa encontró una excavación que afortunadamente no penetró mucho

en el piso del templo. La localización de la escalera atrajo el interés de don Alberto y de inmediato pensó en lo que podría significar aquella escalinata. He aquí sus planteamientos:

> En cuanto a la escalinata interior hallada totalmente obstruida con fuerte relleno, se sugirió que su construcción pudo tener como fin: a) conectar un templo más antiguo con el visible; b) conectar el templo con una sepultura construida en el relleno de la pirámide al mismo tiempo que se edificaba esta para servir de basamento al templo; c) proveer al templo de una salida secreta, sea por razones estratégicas de defensa o rituales para simular la aparición o desaparición de deidades, o simplemente domésticas para facilitar los movimientos secretos de personas al servicio del templo.[2]

Conforme a lo que sucedió después, sabemos que la opción *b* fue la correcta y permitió saber que algunos grandes basamentos con un templo en la parte alta estuvieron dedicados a contener los restos fúnebres de altos dirigentes, como era el caso de Palenque. Esto abría grandes posibilidades para el estudio de las prácticas mortuorias, como veremos en su momento.

Importancia de Palenque en la región maya

Palenque fue uno de los sitios mayas que tuvo una gran influencia en esta región durante el periodo clásico. Ya hemos visto en el primer capítulo algunos de los pormenores de la ciudad y de la manera en que fue visitada, en los siglos XVIII y XIX, por diversos personajes. La arqueología ha permitido ubicar a Palenque en el tiempo a partir del registro de una primera fecha que indica el 30 de marzo de 397 como la fecha de nacimiento de K'uk' B'ahlam, quien históricamente fundó la dinastía de Palenque. La última inscripción jeroglífica corresponde al 13 de noviembre de 799, año que marca el declive total de la ciudad, y en los años siguientes se irá abandonando su parte central. Sin embargo, durante su apogeo, Palenque tuvo entre ocho y diez mil habitantes, conformados por personas de la corte, dignatarios y servidores. La ciudad llegó a tener una extensión de 210 hectáreas, ocupadas por alrededor de 1450 estructuras arquitectóni-

cas; asimismo, las diversas corrientes de agua que atravesaban la ciudad fueron canalizadas y controladas en el interior de la urbe y en los campos aledaños se utilizaban para la agricultura.[3]

Entre los principales edificios, destaca el Palacio, lugar en que habitaban los máximos dirigentes, que cuenta con una especie de torre desde la que se pueden observar los alrededores. Varios conjuntos resultan impresionantes, como el mencionado Templo de las Inscripciones o tumba de Pakal y el Edificio XIII, que se encuentra en su lado poniente y resultó ser otra tumba importante. Los templos de la Cruz y de la Cruz Foliada rematan grandes basamentos por los que se sube a ellos; existen además otros edificios, como el del Conde, el Grupo Norte y el Juego de Pelota, por mencionar sólo algunos de los más importantes (fig. V.1). En las construcciones se utilizó piedra caliza y estuco, y con este último (mezcla de cal, arena y agua) se hizo una enorme cantidad de figuras en los muros de los edificios, en donde quedaron plasmadas las imágenes de algunos gobernantes y otras escenas, acompañadas por lo general de jeroglíficos que nos informan de diversos acontecimientos, tanto políticos como religiosos.

Resulta necesario poner atención en algunos de los adelantos mayas, pues, en el caso de la escritura, a raíz del desciframiento de los glifos iniciado por Yuri Knórosov (1922-1999 d.C.) (fig. V.2) a mediados del siglo XX y continuado después por otros estudiosos epigrafistas, esta nos ha transmitido un enorme cúmulo de información que, en buena medida, ha venido a aclarar la historia de Palenque, en particular, y de la zona maya, en general. Cabe señalar que el inicio de los estudios de la escritura maya se remonta al siglo XVI, cuando fray Diego de Landa escribió su *Relación de las cosas de Yucatán*, en la que dice:

> Usaba también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con estas figuras y algunas señales de las mismas, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no

hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena.[4]

A nosotros también nos da mucha pena saber la gran cantidad de códices que debió perderse en el fuego y bien sabemos del famosos auto de fe de Maní, en el que se quemaron ídolos y códices por considerarlos obra del demonio. Pese a esto, los datos que proporciona el franciscano en su *Relación de las cosas de Yucatán* fueron punto de partida para que el sabio soviético realizara sus primeras incursiones en la escritura maya; su tarea no fue fácil ya que se lo consideraba «comunista» y uno de sus rivales en el desciframiento de los jeroglíficos mayas, el doctor Eric Thompson, en un momento dado llegó a decirle a otro estudioso de la cultura maya, Michael D. Coe, lo siguiente: «Yo ya no veré los resultados de las investigaciones que se están haciendo sobre la escritura de los mayas; pero usted vivirá aún y se dará cuenta de quién tuvo la razón: ese maldito ruso o yo».

Lo interesante del asunto es saber cómo, sin haber podido viajar a la zona maya (lo que sólo hizo hasta muchos años después) por la pugna entre las potencias occidentales y la Unión Soviética, Knórosov –que hablaba varias lenguas– se dedicó de lleno al estudio de la escritura maya gracias al interés que le despertó su encuentro con la *Relación de las cosas de Yucatán* de fray Diego. ¿Cómo ocurrió lo anterior? En la Segunda Guerra Mundial le tocó estar presente en la toma de Berlín en 1945, allí vio cómo los soldados del Ejército Rojo empacaban los libros de la Biblioteca Nacional de Berlín; al acercarse, encontró el libro del franciscano y la reproducción de códices mayas hecha por los hermanos guatemaltecos Villacorta. Con esas obras en su poder, dio comienzo a la investigación que redundaría posteriormente, con el aporte de nuevos estudiosos, en el conocimiento de la escritura de los antiguos mayas. Una frase que se atribuye a este sabio y que nos dice mucho sobre él reza así: «Lo creado por una mente humana puede ser resuelto por otra mente humana».

Otro aporte invaluable de los mayas fue su conocimiento del cero y la manera en que contaban los días, meses y años como parte de un calendario que regulaba desde las tareas agrícolas hasta el culto a sus dioses. Algo que no podemos dejar de lado es la gran calidad artística lograda en sus expresiones estéticas, tanto arquitectónicas como escultóricas y cerámicas, además del trabajo y elaboración de una fuerte producción de objetos de uso diario y de adornos, que han podido rescatarse gracias a diferentes trabajos arqueológicos.

Recordemos que las ciudades mayas contaban en general con una población concentrada en su interior, en donde estaban las habitaciones del grupo dirigente, los edificios administrativos y los religiosos. Allí radicaba el poder de los mandatarios y de los jerarcas religiosos y militares, mientras que una población abundante estaba dispersa en las cercanías de estos centros y se dedicaba fundamentalmente a la agricultura y la elaboración de artesanías, aunque, llegado el caso, también desempeñaba actividades bélicas. Algo que hay que mencionar es que Palenque contaba con buenos medios de comunicación; se han detectado por lo menos tres vías, una de las cuales llevaba hacia la gran planicie que se extendía al norte de la ciudad. Debemos recordar que la ciudad se desplantó hacia los límites de la selva tropical y que esta amplia planicie se extiende hacia el norte y se prolonga hasta llegar al mar.

Palenque fue contemporánea de otras grandes ciudades del periodo clásico mesoamericano, como Teotihuacan en el centro de México, Cholula en Puebla y Monte Albán en Oaxaca. De igual manera vemos que dentro de la región maya su desarrollo se dio más o menos al mismo tiempo que el de sitios importantes como Piedras Negras, Santa Elena, Tortuguero, Pomoná, Comalcalco, Toniná Uaxactún y sitios más lejanos como Tikal en Guatemala o Copán en Honduras. Con algunas de ellas mantuvo relaciones, la mayoría de las veces, beligerantes. Su ubicación

privilegiada le permitía tener control de otros centros, pero también fue atacada en diversas ocasiones. La ciudad alcanzó uno de sus momentos de esplendor bajo el gobierno de uno de sus dirigentes más destacados: Pakal. Veamos algo de su historia.

¿Quién fue Pakal?

K'inich Janahb' Pakal, mejor conocido como Pakal, es el nombre con que se ha identificado al gobernante cuyo cuerpo fue depositado en el sarcófago de piedra caliza encontrado en el Templo de las Inscripciones. Algunos estudiosos del mundo maya consideran que fue un gobernante de enorme importancia dentro de la dinastía palencana y que realizó grandes obras durante su mandato, que se extiende del 26 de julio del año 615 hasta el momento de su muerte el 28 de agosto de 683, según la fecha juliana; lo que significa que gobernó más de sesenta años. Así se expresan algunos de estos investigadores:

> En Palenque, el gobernante K'inich Janahb' Pakal fue un gran líder, dotado de un especial carisma, que se convirtió en modelo y figura paradigmática del *k'uhul ajaw* [«sagrado o divino gobernante»]. Pakal hizo de Palenque un Estado fuerte e independiente que estableció importantes lazos comerciales y políticos con otras ciudades, además de emprender pugnas por la supremacía; armonizó y alentó todas las creaciones culturales y trazó el rumbo que seguiría su dinastía. Muestra de ello son sus obras escultóricas y arquitectónicas, principalmente su gran monumento funerario, el Templo de las Inscripciones. Además, Pakal reescribió la historia de su dinastía y aseguró su poder y su sacralidad, así como el de su linaje; porque Pakal, arquetipo en el que confluyen todas las significaciones expresadas en los textos, las obras plásticas y los demás vestigios materiales de su gran ciudad, no fue un autócrata, sino la cabeza de una dinastía y el responsable de una colectividad, puesto que para los mayas el individuo no es algo aparte de su grupo, ya que siempre han tenido una identidad comunitaria.[5]

Pakal fue nieto de Janahb' Pakal I, quien gobernó los destinos de Palenque, junto con su posible hermano Ajen Yohl Mat, hasta el año 612 cuando, con algunos meses de diferencia, ambos murieron. Se vivieron entonces momentos difíciles para la ciudad y Palenque fue incendiada. Pocos años después, el 26 de julio de 615, siendo muy niño (tenía doce años de edad) ocupa el trono

Pakal, hijo de Sak K'uk' (madre) y K'an Mo' Hix (padre), quienes propiciaron el nombramiento de su hijo nacido en el año 603. No es de dudar que por su corta edad sus progenitores fueran quienes tuvieran el mando durante los primeros años de gobierno. Existe una magnífica representación del momento en que su madre, Sak K'uk', hace entrega del tocado real a su hijo, quien está sentado sobre un trono en forma de felino bicéfalo; el nuevo rey está adornado con un tocado, orejeras, pulseras y un collar del que pende un pectoral, posiblemente todo realizado en piedras verdes. Su madre está a la izquierda de la escena, sentada a un nivel inferior al de Pakal, y hace entrega de la divisa real. Esta representación de forma oval se puede observar en la Casa E del Palacio (fig. V.3). El hecho de que sea la madre quien hace entrega del poder a Pakal es indicativo de que su padre no tenía alcurnia en la élite de la nobleza palencana. Años más tarde, en 626, llega a Palenque la señora Tz'ak-b'u Ajaw para convertirse en esposa del mandatario, con ella tendrá varios hijos, siendo el primero de ellos, de nombre K'inich Kan B'ahlam, quien gobernará Palenque después de la muerte de su padre, ocurrida en el año 683. Por cierto que la esposa de Pakal murió el 13 de noviembre de 672 y puede ser que ella sea la famosa «Reina Roja» que está enterrada en el Edificio XIII, junto al Templo de las Inscripciones o tumba de Pakal, cuyo sarcófago se encontró en 1994.

Durante el mandato de Pakal ocurrieron diversos acontecimientos de índole militar y religiosa, así como inauguraciones de edificios, que se registraron en diversos glifos. De los primeros tenemos, por ejemplo, las capturas del dirigente de Santa Elena, Tabasco, del gobernante de Pomoná y de un alto dirigente de Piedras Negras. Para entonces, Palenque tenía rivalidad con varias ciudades mayas y los conflictos entre una y otra se daban frecuentemente. Entre los acontecimientos religiosos, tenemos la ceremonia del final de los 10 tunes; la del final del *k'atun* y la en-

trega de ofrendas a las deidades de la tríada. En lo concerniente a las inauguraciones, está la de los Subterráneos en el Palacio de Palenque y otras más de las que quedó constancia gracias a la escritura jeroglífica.

¿Quién fue don Alberto Ruz Lhuillier?

Nacido en París, Francia, el 27 de enero de 1906, murió en Montreal, Canadá, el 25 de agosto de 1979 (fig. V.4). Cursó estudios en la Escuela Comercial de París y también en la Universidad de La Habana, Cuba, para posteriormente inscribirse en México en la recién fundada Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde se graduó como arqueólogo hacia 1942; más tarde se doctoraría en la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde fundó el Centro de Estudios Mayas del que fue director y que hasta la fecha continúa aportando estudios e investigaciones enfocados principalmente en esa región mesoamericana.

Ruz Lhuillier tuvo una prolífica producción escrita, como lo atestiguan alrededor de ciento cincuenta fichas bibliográficas, la mayor parte de ellas dedicada a temas de los antiguos mayas. De estos trabajos, hay que destacar el interés de don Alberto en dar a conocer la información que iba obteniendo en sus excavaciones, en buena medida publicada en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* y en otros medios, como el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*. La mayor parte de estos escritos está dedicada al Templo de las Inscripciones de Palenque y a la tumba cuya cámara sepulcral se abrió en 1952. De estas publicaciones, hay que destacar el libro que lleva por título *El Templo de las Inscripciones: Palenque*, editado por el INAH en 1973, que sirve como base fundamental de este capítulo. La razón para basarnos en él estriba en que fue producto de los análisis realizados por Ruz Lhuillier tiempo después de haber localizado la tumba, lo que le

permitió valorar sus primeras impresiones y darnos, ya acabadas, sus ideas sobre lo encontrado.

Uno de los intereses de Ruz Lhuillier fue la muerte entre los mayas. Es por ello que contamos con varios trabajos que abordan este tema; entre ellos habría que destacar *Costumbres funerarias de los antiguos mayas* (1968). Ese interés de inmediato llamó mi atención cuando apenas me iniciaba en el mundo de la arqueología, pues a mí también me atraía de manera singular lo relativo a la muerte, pero con especial atención en los mexicas.

Cuando Ruz Lhuillier fue nombrado director del Museo Nacional de Antropología en la segunda mitad de la década de los setenta, a mí me correspondió ser nombrado por el entonces director del Instituto Nacional de Antropología, don Gastón García Cantú, presidente del Consejo de Arqueología, máximo órgano consultivo de la dirección general de esa institución. Tuve la fortuna de que, en representación del museo, don Alberto fuera designado como miembro de este consejo y así contar con su calidad y experiencia en las discusiones que tenían como fin la aprobación, en su caso, de todos los proyectos de investigación arqueológica, tanto de las diversas instituciones nacionales como de las extranjeras.

Con su muerte perdimos a un gran estudioso del mundo maya. Había ido a Montreal, Canadá, para dar conferencias y allí lo sorprendió la muerte. Se lo trasladó a México y las autoridades del Instituto Nacional de Antropología y su esposa acordaron colocar sus cenizas en Palenque. Así se hizo y tuve el privilegio de formar parte de quienes llevaron la urna hasta su destino final. Acompañaban a la viuda y a su pequeño hijo Claudio, el profesor Arturo Romano y los arqueólogos Ángel García Cook, Amalia Cardós y allá nos esperaba César Sáenz, quien había estado junto con Ruz Lhuillier en el momento de la apertura de la cámara sepulcral de Pakal. César había preparado un nicho en donde reposarían los restos de don Alberto y allí se depositaron.

Cualquier visitante que vaya a Palenque podrá ver una pequeña construcción de piedra caliza en cuyo interior está quien había legado a la historia uno de los hallazgos más sobresalientes de la cultura maya.

Ingreso en la tumba: escalinata de acceso y ofrendas

Ya hemos visto quiénes son los protagonistas que estarían frente a frente después de mil trescientos años de espera, cuando, gracias a la arqueología, se pudo penetrar en los arcanos de aquella tumba que yacía intacta en la densa selva chiapaneca. Ahora vamos a seguir, paso a paso, los procesos por los que pasó la excavación dirigida por Alberto Ruz Lhuillier para lo que será de gran importancia plasmar sus propias palabras, que nos llevarán de la mano hasta estar frente al rostro de Pakal.

Antes de proseguir, debo adelantar que el Templo de las Inscripciones tiene la fecha del 3 de julio del año 690, según consta en la pilastra *a* del mismo edificio; es decir, siete años después de la muerte del dignatario. Sin embargo, este imponente monumento fue erigido por el mismo Pakal y su dedicación estuvo a cargo de su hijo primogénito K'inich Kan B'ahlam, quien entonces era el gobernante supremo de Palenque (fig. V.5). Con esta información penetremos, junto con Alberto Ruz Lhuillier, en el interior del edificio.

Una vez que lograron despejar la escalera que conduce hasta la cámara sepulcral de todo el relleno de piedras que la cubría, se dieron cuenta de que tenía dos tramos: el primero, que baja hacia el poniente desde la parte superior del Templo de las Inscripciones para llegar hasta un descanso; de allí, el segundo da vuelta para continuar bajando hacia el oriente y terminar frente a una puerta triangular que bloqueaba el acceso a la cámara. En cierta forma este movimiento de descenso hacia el poniente para des-

pués continuar hacia el oriente es el mismo que sigue el Sol en su movimiento del mediodía hasta el atardecer, para después continuar su trayecto hacia el oriente por el inframundo (fig. V.6).

Durante el proceso de liberación de la escalera, cuyo techo guarda la típica forma triangular del arco maya, se detectó que, siguiendo las huellas y peraltes, había un ducto estrecho que comunicaba desde la cámara hasta el exterior, lo que podría interpretarse como una especie de psicoducto por donde salía y entraba la esencia del individuo muerto. También se encontró una serie de ofrendas y entierros que nos habla de la sacralidad del lugar. Una de estas ofrendas apareció al comienzo de la parte alta de la escalinata de piedra y consistía en una caja tapada con una losa, en cuyo interior había «una piedra rodada de forma irregular pintada con cinabrio en una de sus caras y sobre la misma descansaban dos pequeñas orejeras de jade». Al continuar el descenso se halló otra caja de ofrenda, que fue desmontada para poder proseguir. Fue hasta la cuarta temporada de campo, en 1952, que se continuaron los trabajos; el mismo Ruz Lhuillier nos detalla algunos de los materiales encontrados, tanto en ofrendas como en enterramientos humanos:

> Al llegar al decimoctavo peldaño del segundo tramo de la escalera contando de arriba hacia abajo desde el descanso, en vez de que continuara el relleno de piedras y barro, apareció primero un muro tosco, también hecho de piedra y arcilla, y a poco más de dos metros detrás otro muro construido con piedras y cal.
>
> Al retirar el relleno frente a este último muro, aparecieron adosadas al mismo y a poco más de un metro debajo de la bóveda, varias losas horizontales que resultaron ser la tapa de una caja de ofrenda hecha con mampostería. La ofrenda consistía en los siguientes objetos, los que se encontraron parcialmente cubiertos por pintura roja de cinabrio, lo mismo que el fondo de la caja:
>
> Nos. 1 a 3. Tres platitos de barro ocre rojizo, con pintura al fresco verde sobre baño café en el interior, fondo plano y paredes divergentes; los tres se encontraron encimados.
>
> Nos. 4f y 7. Tres conchas marinas de la misma especie, provistas de perforaciones simétricas, probablemente artificiales, y de otras producidas por parásitos. Las tres contenían polvo de cinabrio y objetos de jade que se enumeran a continuación:
>
> Nos. 4a y 4b. Dos discos de jade verde azules perforados en su centro y tallados

en forma de flor de seis pétalos. Estos discos se encontraron dentro del cinabrio de la concha número 4.

No. 4c. Perla en forma de lágrimas bastante bien conservada aunque agrietada. Una fractura coincide con su diámetro mayor, por lo que la perla se abre en dos partes dejando visible su núcleo formativo. Está perforada cerca de su extremo más angosto, con otra perforación en el mero extremo, perpendicular a la primera.

Nos. 5 y 8. Dos orejeras circulares de jade verde intenso, la primera hallada en la concha número 6 y la segunda en la concha número 7 sobre el cinabrio.

Nos. 9 a 15. Siete cuentas de jade cuyo color va desde el verde claro veteado de blanco hasta el verde intenso.[6]

La excavación de esta ofrenda nos muestra cómo van aumentando en cantidad y calidad las piezas acompañadas de dos elementos muy significativos: las conchas, símbolo de fertilidad, y el color rojo cinabrio, relacionado con la sangre. Al final de la escalera, que en este segundo tramo consistía en veintiún peldaños, se encontró un corredor tapiado por un muro. Este nuevo impedimento llevó a Ruz Lhuillier a escribir:

Se suponía que inmediatamente detrás de tal muro encontraríamos por fin lo que había motivado la construcción de la escaleras, pero en realidad el muro no era más que el paramento exterior de un macizo de piedras y cal de cerca de cuatro metros de largo cuya demolición resultó ser tarea larga y penosa en vista de que la cal todavía fresca por la tremenda humedad que allí reinaba, quemaba las manos de los trabajadores. Al retirar este relleno apareció el fondo, en la mitad superior, el paramento inclinado de la bóveda, mientras que en el suelo, a cerca de dos metros detrás del muro, aparecieron dos gradas que conducen a un pequeño descanso más alto que el piso del pasillo.

Sobre el descanso descubrimos una especie de caja que abarca todo el ancho del corredor y que cerraban tres grandes losas separadas entre sí por [una] gruesa capa de cal. Al retirar la última de estas losas apareció una mezcla petrificada compuesta de piedritas, lascas y cal, sin apoyo aparente, y de la que varios trozos habían caído dentro de la caja. Debajo de esa cal descubrimos un entierro colectivo.[7]

Este nuevo hallazgo resulta interesante, pues se trataba de varios entierros humanos sobre los que se colocó la cal fresca directamente, pues «trozos del material conservaban aún la forma de los cráneos».[8] Se vio que el fondo de la fosa, así como la osamenta y la parte interior de la mezcla de cal que había estado en contacto con los cuerpos, tenía restos de pintura roja. Por la fuerte humedad, los restos óseos se hallaban en mal estado de conserva-

ción, lo que, unido al poco espacio en que se los colocó, dificultó la exploración de los mismos, lo que no volvió imposible establecer que se trataba de cinco o seis entierros primarios; es decir, que los cuerpos guardan su relación anatómica. Es importante anotar que los individuos encontrados debieron de morir o ser sacrificados en honor de Pakal y que, una vez hecho esto, sus cuerpos se cubrieron con el color rojo, para finalmente echarles cal viva; de allí que, al desintegrarse la carne, el color se adhiriera a este material.

La excavación de los esqueletos fue realizada por Ruz Lhuillier y por los arqueólogos César Sáenz y Rafael Orellana, acompañados del médico de la población moderna de Palenque Miguel Domínguez; también se contó más tarde con un estudio somero del material óseo a cargo del antropólogo físico Felipe Montemayor. De todo lo anterior se desprenden las siguientes particularidades: no todos los esqueletos salieron completos, pero se pudo identificar que uno era femenino; dos de los cráneos mostraban deformación tubular oblicua y uno de los maxilares superiores tenía mutilación dentaria en el incisivo central del tipo B-4 y en el incisivo lateral izquierdo y el canino tenía mutilaciones E-1. Tanto la deformación craneal, como la mutilación dentaria se practicaban en muchos pueblos mesoamericanos y respondía a cierto canon de belleza y de estatus social.

La cripta funeraria

Ahora sí se podía seguir adelante para tratar de despejar la incógnita surgida algunos años atrás en relación con esta escalinata y el lugar al que conducía. Mientras excavaban los entierros, se percataron de que, hacia el lado norte, se encontraba una puerta de forma triangular. Ruz Lhuillier retiró una parte de piedras y mezcla, y fue entonces cuando pudo ver, absorto, el interior de una cámara y la enorme lápida que ocupaba buena parte de la

misma, tal como lo expresa al principio de este capítulo (fig. V.7). Una vez que se ingresó en la cámara, se pudo constatar que sobre la gran lápida que se presentaba ante ellos y a la que en un principio se le denominó «altar», se hallaron los diversos objetos que reseña Ruz Lhuillier:

> se encontraron esparcidos en su mitad norte ciento dieciocho fragmentos de jade, nueve pendientes planos de piedra, dos plaquitas de nácar y una conchita marina, todos los cuales fueron levantados tomándose los datos usuales para situarlos en planos. Otros numerosos fragmentos muy pequeños fueron recogidos por secciones sin precisar la posición de cada uno. Dentro del área ocupada por estos objetos resaltaba una mancha de pintura roja y parte de los fragmentos mostraban huellas de la misma.[9]

También se recuperaron cinco vasijas sobre el piso del recinto y hacia el sur, sobre el mismo piso, se hallaron dos magníficas cabezas humanas de estuco de gran calidad estética que muestran los rasgos físicos del rostro de los personajes, con una nariz que parte del entrecejo por la pieza de jade que se colocaba en su interior para realzar esta parte del rostro. Una de las cabezas es de facciones delicadas. La otra también tiene un fino acabado, aunque la calidad no supera la de la ya mencionada (figs. V.8 y V.9). Es importante advertir que estos objetos tenían partes calcáreas encima como resultado de las filtraciones al interior de la cripta.

La cámara sepulcral (fig. V.10) tenía los muros cubiertos de figuras de estuco, que Ruz Lhuillier nos reseña así:

> los muros de la cripta están decorados con bajo relieves de estuco, la mayor parte de ellos en bastante malas condiciones de conservación debido a la extrema humedad de la cripta. En total son nueve figuras de las que seis están de pie y las otras tres sentadas. Dos de estas últimas parcialmente tapadas por las gradas que descienden del umbral. Formaciones calcáreas (manto, estalactitas y estalagmitas) ocultaban parcialmente los relieves.[10]

Estas figuras guardan relación con los Nueve Señores de la Noche, ya que no hay que olvidar que nueve eran los pasos que las esencias de los individuos muertos en circunstancias determinadas tenían que atravesar para llegar al mundo de los muertos.[11]

El punto importante era definir si el enorme bloque monolítico sobre el que descansa la gran lápida esculpida era o no macizo. Para ello era preciso levantar la referida lápida, pero temía que pudiera dañarse en vista de que es de piedra caliza aparentemente algo suave, y porque para alzarla toda la fuerza debía de ejercerse en los extremos y se podía tal vez quebrar. Decidí por lo tanto investigar primero, taladrándolo, si el bloque que constituye el cuerpo del monumento contenía alguna cavidad. Para eso se escogieron las esquinas noreste y suroeste que eran las únicas visibles puesto que, como ya dijimos, el monolito está en gran parte oculto tras contrafuertes. La perforación noreste llegó a 1.75 m, es decir, más o menos el centro del monolito, sin encontrar ninguna cavidad; nos dimos cuenta después que esto se debió a que la perforación no se hizo exactamente horizontal, inclinándose hacia abajo. Por el contrario, a 1.05 m la perforación suroeste llegó a un vacío. Un alambre introducido en el agujero presentaba, al sacarse, partículas de pintura roja. El haz de luz de una linterna eléctrica proyectado en el agujero reveló al fondo una pared pintada de rojo.[12]

Con este dato Ruz Lhuillier contaba, ahora sí, con la certeza de que el enorme sarcófago tenía una parte vacía dentro de sí. Se presentaba entonces un problema especial, ¿cómo mover la lápida con grabados que lo cubría? Continuemos con el relato de don Alberto:

Con estos datos era imprescindible levantar la lápida esculpida, tomándose por supuesto todas las precauciones necesarias para evitar que se dañara. La jornada del 27 de noviembre fue empleada en los preparativos de la maniobra. Se cortó un árbol de barí y su tronco se dividió en secciones de diferentes alturas. Sobre cuatro de estos troncos se colocaron gatos de camión, interponiendo tablas entre estos últimos y los bordes de la lápida, para que el metal no lesionará la piedra y para que la presión se ejerciera no solamente en las cuatro esquinas sino repartida a lo largo de los dos extremos de la lápida.

En la noche del mismo día se realizó la maniobra. A medida que los gatos levantaban la lápida, milímetro por milímetro, se colocaban entre esta y el bloque macizo que la sostenía, secciones de tablas apiladas con el propósito de que si alguno o algunos de los gatos fallaran, la lápida quedara debidamente asentada. Cuando los gatos llegaban al máximo de su recorrido, se añadía a los troncos un trozo de madera y se reanudaba la operación. Esta duró varias horas hasta que la lápida quedó a una altura aproximada de 0.80 m (fig. V.11), sustituyéndose entonces las secciones de tabla que la calzaban por seis gruesos troncos.

Desde que la lápida comenzó a levantarse pudo apreciarse que debajo de ella, en el gran bloque monolítico, existe una cavidad de forma inusitada, la que apareció sellada por otra lápida sumamente pulida, cuya forma se adapta exactamente a la cavidad y que tiene cuatro agujeros (dos en cada extremo), con sus respectivos tapones de piedra (fig. V.12). Cuando hubo espacio suficiente, me deslicé entre el

bloque y la gran lápida (fig. V.13), y quitando los tapones del extremo norte, proyecté una luz por uno de los agujeros y por el otro pude ver que el contenido era un entierro. Por lo tanto, todo el conjunto era un monumental sepulcro.[13]

¡Por fin se aclaraba la incógnita que había prevalecido por cerca de tres años! Ya no había dudas: se trataba de un entierro y, por ende, todo el edificio del Templo de las Inscripciones se había construido para un fin funerario. Una vez observado lo anterior, se procedió a retirar la segunda lápida que cubría la oquedad; para esto se utilizaron sogas amarradas por medio de los agujeros y atravesando un palo entre ellas se pudo mover la pieza (fig. V.14). Sigamos con el relato:

> Las paredes y el fondo interiores del sarcófago están pulidos y pintados con pigmento rojo de cinabrio. Ocupaban la cavidad los restos óseos de un individuo que había sido enterrado con sus joyas puestas y amortajado en un sudario pintado de rojo, cuya tela desapareció, adhiriéndose el pigmento de la pintura a los huesos y a las joyas.[14]

El personaje enterrado de tan suntuosa forma debió de ser un alto dignatario de la sociedad palencana (figs. V.15-V.18). No había otra manera de interpretar aquella osamenta acompañada por el rico ajuar funerario del que hace relación Ruz Lhuillier, tanto de lo encontrado como de la forma en que se tomaron los datos del hallazgo:

> Tanto del esqueleto como de las joyas *in situ* se tomaron fotografías de conjunto y detalles y se hicieron a escala. Las piezas se describirán en detalle en el correspondiente capítulo y sólo anticiparemos ahora la enumeración de ellas: Máscara humana formada por mosaico de jade, ojos de concha e iris de obsidiana, que se encontró en su mayor parte todavía formada en el lado izquierdo de la cabeza y con fragmentos todavía adheridos al cráneo; pendiente de jade representando el «zotz», dios murciélago; par de boquillas cortas de jade, pasadores o «portamechones»; diadema de cuarenta y un discos de jade; cinco perlas en mal estado de conservación; par de orejeras compuestas de diferentes elementos cuyo conjunto sugiere un motivo floral, incluyendo dos grandes perlas artificiales que servirían de contrapeso; collar de ciento dieciocho cuentas de jade; cuenta de jade que debió ser colocada en la boca del personaje; peto de ciento ochenta y nueve cuentas tubulares; adorno bucal hecho de plaquitas de pirita y discos de concha; dos pulseras de doscientas cuentas de jade cada una; dos narigueras o bezotes de jade; gruesas cuentas de jade en la mano izquierda; cuenta cúbica de jade en la mano derecha; diez anillos de jade a razón de uno en cada lado; gruesa cuenta de jade cerca del pie izquierdo; gruesa cuenta de jade excavada y provista de tapitas, cer-

ca del pie derecho; figurilla de jade encontrada abajo del pubis; figurilla de jade cerca del pie izquierdo; tres figuras o alfileres de hueso.

Todas estas piezas fueron debidamente numeradas, algunas se reconstruyeron y todas fueron remitidas al Museo Nacional de Antropología en México.[15]

Quizá el lector se pregunte por qué razón no se encontraron piezas de oro como parte de los adornos del individuo allí depositado. La respuesta es que, para la época clásica, aún no se trabajaba el oro en Mesoamérica y las técnicas de obtención y manufactura de este metal entrarían, posiblemente provenientes de Centro y Sudamérica, hacia el año 900 o 1000 de nuestra era, en el periodo que llamamos posclásico. Pese a esto, la riqueza de las piedras verdes con que se acompaña el entierro es altamente significativa, pues estas tenían un valor simbólico relevante al relacionarse con la fertilidad y ser emblema de lo precioso, lo sagrado, además de un adorno de los dioses; más tarde también servirá como moneda conforme a lo que sabemos de pueblos como el mexica.

Interpretación de las figuras del sarcófago y de la lápida monumental

Han pasado muchos años desde que Alberto Ruz Lhuillier encontró la tumba de Palenque. Sus estudios e interpretaciones quedan ahí como parte de su libro, mismo que hoy podemos considerar un clásico de las investigaciones mesoamericanas en la región maya. Muchas de sus ideas sobre los personajes que vemos en los diferentes componentes del sarcófago aún prevalecen. Sin embargo, los estudios de la escritura maya han continuado durante más de medio siglo y ahora es posible leer lo que está plasmado en estelas, lápidas y murales. Estamos, pues, ante el avance de la ciencia y ello nos lleva a regresar al interior del Templo de las Inscripciones para descifrar su contenido. ¿Qué es lo que representan los personajes que están en los diversos lados del sarcófago (figs. V.19 y V. 20)? Varios investigadores del

mundo maya, en particular de Palenque, nos dicen en una reciente publicación:

> En cuanto al sarcófago, en los costados norte y sur plasmó dos veces las imágenes de sus padres, K'an Mo' Hix e Ix Sak K'uk' emergiendo de la tierra como árboles frutales, lo cual presenta a los ancestros como alimentadores de su descendencia. Las dos representaciones de K'an Mo' Hix se asocian con el árbol del nance y las de Ix Sak K'uk', con el de cacao. En los costados fueron representados antepasados dinásticos. Vista de modo general, «la galería de los antepasados-árboles frutales» del sarcófago está integrada por los siguientes ocho dignatarios: K'an Hix Mo', padre de Pakal, vinculado con el árbol de nance; Ix Sak K'uk', madre de Pakal, con el de cacao; Janahb' Pakal I, abuelo materno de Pakal, con un guayabo; Ix Yohl Ik'nal, bisabuela paterna de Pakal, asociada con un zapote; K'an Joy Chitam I, con un aguacate; Ahkal Mo' Nahb' I, con un árbol de guayabo; Kan B'ahlam I, con un zapote, y por último, Ix Yohl Ik'nal vuelve a ser representada, pero esta vez asociándola con un árbol de aguacate.[16]

Estos ocho personajes así identificados tanto por Ruz Lhuillier como por estos investigadores se complementan con una novena figura: la del mismo Pakal, grabada encima de la lápida mortuoria (figs. V.21 y V.22). En palabras de Mercedes de la Garza, Guillermo Bernal y Martha Cuevas:

> existe una novena representación de un gobernante vinculado con un árbol. Se trata de la imagen del propio K'inich Janahb' Pakal en la lápida del sarcófago, donde él aparece recostado de espaldas, con sus joyas, faldellín y cinturón; sobre su nariz hay un símbolo que representa la exhalación del *pixán,* que se produce con la muerte del cuerpo. Personifica al dios UnenK'awiil (relacionado con el maíz, materia de la que provenían los seres humanos, según el mito cosmogónico) y sale de las fauces descarnadas de la entidad Sak B'aak Naah Chapaat (el *wahy* o *alter ego* de esa deidad). En su camino ascendente desde las profundidades del inframundo al que ha descendido, sigue, como el Sol, el curso que le marca un árbol cósmico *axis mundi,* formado con serpientes bicéfalas, una con mandíbulas de cuentas de jade tubulares, la otra con cuerpo flexible formado por cuentas de jade, y grandes cabezas con mandíbulas abiertas, de las que salen dos figuras de deidades, el dios Bufón y K'awiil, númenes de los atributos del gobernante, la diadema y el cetro maniquí, respectivamente. Ambas serpientes son símbolo del Dragón Celeste, Itzamnaaj. Este árbol-dragón-*axis mundi* conducirá al espíritu del gobernante hasta las alturas celestiales, donde se posa, sobre otra cabeza de serpiente con mandíbula de cuentas tubulares de jade, Muut Itzamnaaj, aspecto de ave de esta deidad suprema del panteón maya clásico; el numen se representa con largas plumas de quetzal, rasgos del dios K'awiil en la cabeza y, sobre ella, el signo *yax* (agua, fertilidad, verde, azul). Este signo se repite en la punta del ala, e identifica a Itzamnaaj en su aspecto antropomorfo en algunas representaciones de la cerámica clásica (por ejemplo en el vaso K1183), lo que confirma que el pájaro serpiente es

un aspecto del dios supremo celeste. Del pico de Muut Itzamnaaj pende un símbolo jade-petate «poder precioso». El simbolismo de descenso al mundo de los muertos, seguido por el ascenso al cielo, parece mostrar la deificación del gobernante.[17]

Hagamos un alto en la descripción que nos brindan estos estudiosos para mostrar cómo este concepto de que, tras la muerte de personajes que tienen características divinas, estos tienen que viajar al inframundo y, de ahí, subir a los niveles celestes, es común en varias religiones de distintos ámbitos de la Tierra. Como ejemplos podemos mencionar a Osiris, en el antiguo Egipto; a Cristo, conforme a lo que nos relata el Credo; y, sin ir tan lejos, a Quetzalcóatl cuando tiene que viajar al lugar de los muertos para de allí regresar con los huesos de los antepasados para crear al hombre.[18] Pero continuemos con el fascinante relato de la interpretación de la lápida de la tumba de Palenque:

> El cuerpo de Pakal en esta lápida reposa sobre el gran mascarón del Dragón Celeste Nocturno o Monstruo Cuatripartita, cuyo cuerpo, formado por una banda astral, se extiende a los lados de la lápida. Así, esta deidad, dragón bicéfalo en sus aspectos celeste diurno y celeste nocturno, acoge e impregna de sacralidad al gobernante muerto, para situarlo al nivel de las deidades.[19]

No han faltado necios que quieren ver en la imagen descrita un astronauta, lo que desde luego queda descartado por la interpretación que hemos transcrito de conocedores serios de la cultura maya. Es importante atender lo que nos señala una estudiosa del arte antiguo de México, la doctora Beatriz de la Fuente, quien al analizar la presencia de la figura humana en el arte maya hace ver que:

> el tema central de la escultura maya es la figura humana. Añadiré que se trata, en un principio, de figuras rígidas, estereotipadas, carentes de individualidad y obscurecidas por el volumen de elementos esotéricos que surgen de su atavío. Pero con el auge de las escuelas locales bien definidas, en los siglos VII y VIII, surge el individualismo que evoluciona con el tiempo hasta llegar a la figura retrato. Se erigen monumentos glorificando al héroe personal, sacerdote, guerrero o noble, quien debió ejercer una fascinación en la mente popular, y se registran en las inscripciones jeroglíficas no sólo las tradicionales fórmulas calendáricas, sino los hechos del poderoso aquí y ahora. La historia temporal, como las hazañas de guerra, las victorias y las capturas de grupos enemigos y acontecimientos tales como el ascenso al trono, la duración de un gobierno y desde luego los nombres de los hé-

roes, son los temas de las representaciones.[20]

Es imposible dudar de la aseveración de Beatriz de la Fuente. Tal pareciera que al escribir estas palabras tenía en mente, entre otros sitios mayas, a Palenque, al que dedicó no pocas páginas en diversos estudios.

Llegamos así a un punto que hizo cavilar a muchos investigadores y desde luego al descubridor de la tumba de Palenque: ¿Cómo se construyó este imponente edificiomausoleo, dado que el sarcófago y la lápida que lo cubren tienen dimensiones tales que no podrían haberse bajado por la escalinata ya descrita? Todo lleva a pensar que Pakal, en primer lugar, ordenó hacer el sarcófago y la lápida en que sería enterrado y acto continuo se hizo la cámara sepulcral para posteriormente construir todo el conjunto arquitectónico que ahora llamamos Templo de las Inscripciones. También hay que destacar que el gran basamento que sirve de base al templo de la parte superior consta de nueve cuerpos, lo que concuerda con la idea de que, para bajar al inframundo, nueve eran las pruebas llenas de peligros que debía atravesar la esencia del individuo muerto para después subir a los niveles celestes, esto último, siempre y cuando el personaje fuera considerado un dios. En el *Popol Vuh*, libro sagrado de los quiché, se cuenta de estos pasos y acechanzas para bajar hasta Xibalbá, región de los muertos: la primera prueba fue que los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué tuvieron que adivinar los nombres de los señores de Xibalbá y no confundirse con una figura de palo; la segunda fue entrar a la Casa Oscura; después jugaron a la pelota y ganaron a los señores de Xibalbá; enseguida se les pidió que recogieran determinado tipo de flores lo que cumplieron bien; una siguiente prueba fue pasar la noche en la Casa de las Navajas; después de varias peripecias tienen que entrar en la Casa del Frío; le sigue la Casa de los Tigres y, a continuación, la Casa del Fuego, para finalmente llegar a la Casa de los Murciélagos. Nueve pruebas de las que salen ilesos hasta esta última, en que uno de

ellos es decapitado y su cabeza colocada en el Juego de Pelota.[21]

Este relato guarda mucha similitud con los mitos prevalecientes en el centro de México y en particular entre los mexicas, en donde se nos dice de los nueve pasos que deberían atravesar todos aquellos destinados a ir al Mictlán, equivalente al Xibalbá maya. En el caso mexica, este lugar estaba destinado para quienes morían, cualquier forma de muerte no asociada con la guerra, pues los guerreros acompañarían al Sol. Tampoco aquellos que morían a causa del agua, pues quienes morían ahogados, hidrópicos, por un rayo durante una tormenta, etcétera, estaban destinados a ir al Tlalocan, lugar del eterno verano, siempre cubierto de plantas. Una reflexión sobre este asunto me lleva a pensar que Pakal murió de un tipo de muerte no asociada con guerra ni con agua, como parece indicarlo la presencia del número nueve, tanto en los cuerpos que componen el Templo de las Inscripciones como en los nueve señores moldeados en estuco en las paredes de la cámara funeraria, y que su esencia tuvo que atravesar todos los peligros señalados para después elevarse hasta los niveles celestes.

Colofón

En el año 1994, Arnoldo González Cruz encontró una nueva tumba en Palenque. Esto ocurrió en el Edificio XIII que se encuentra junto a la tumba de Pakal en su lado oeste. El edificio es de menor tamaño que el del Templo de las Inscripciones y tiene su fachada principal, igual que este último, orientada hacia el norte. Los trabajos emprendidos en el lugar dieron como resultado un hallazgo relevante: una cámara mortuoria o tumba con un sarcófago de piedra en su interior. La lápida que lo cubría no mostraba ningún glifo que indicara quién era el individuo enterrado en tan privilegiado lugar. Pese a esto, González Cruz se dio a la tarea de dilucidar quién era el personaje allí depositado,

para lo que empleó una serie de indagaciones con el fin de despejar la incógnita que se presentaba. En primer lugar, vio similitudes entre el Edificio XIII y su vecino, el Templo de las Inscripciones: los dos ocupan un sitio importante dentro de la ciudad; ambos tienen escaleras interiores que conducen a una cámara mortuoria y dentro de ella está un sarcófago con tapa de piedra. Más aún, el interior de los sarcófagos estaba pintado de rojo cinabrio y existen psicoductos que llevan desde la cámara al exterior. En los dos casos los personajes enterrados están acompañados de individuos sacrificados en su honor. El ajuar consiste en máscaras, diademas, cuentas de jadeíta, perlas y hachuelas. Atrae la atención, además, que los dos sepulcros corresponden al periodo Otulum, fechado entre 600 y 700 d.C. Con todo este bagaje en su haber, Arnoldo procedió a descartar a varias damas que pertenecieron a la realeza palencana y fue así como se quedó ante una sola: la esposa de Pakal.

Desde su descubrimiento, esta señora fue llamada «la Reina Roja». Se hizo una reconstrucción de su rostro a partir del cráneo recuperado en la excavación y mantiene semejanzas con las imágenes que conservamos de Tz'ak-b'u Ajaw (figs. V.23 y V.24):

> El pronunciado prognatismo bucal, la proyección y forma de la nariz y la deformación craneana constituyen rasgos muy distintivos de la esposa de Pakal, de la cual contamos con representaciones en varios de los tableros hallados en Palenque.[22]

A lo anterior hay que agregar los análisis de carbono-14 y los de ADN. Estos últimos confirmaron que «la Reina Roja y Pakal carecen de algún lazo de parentesco y que por tanto no pudo ser la progenitora de Pakal».[23] Lo anterior venía al caso porque en un principio se sugería que podría tratarse de la madre del gobernante, pero el estudio de referencia descartó una relación genética. Lo expresa así Arnoldo: «Estos análisis, además de los estudios de antropología física, epigrafía y la temporalidad de los

materiales arqueológicos encontrados en la tumba, nos indican que la señora Tz'ak-b'u Ajaw parece la candidata que ocupó el sarcófago del Templo XIII».[24]

Cosas del destino: la pareja que gobernó Palenque durante tantos años ahora se encontraban en condiciones distintas y en tiempos diferentes. La arqueología había logrado rebasar los límites del tiempo y despejar los arcanos que envolvían los despojos de personajes que un día pensaron que alcanzarían la inmortalidad…

Fig. V.1. Fotografía panorámica de Palenque, Colección Archivo INAH

Fig. V.2. Yuri Knórosov, Colección Archivo INAH

Fig. V.3. Sak K'uk' hace entrega del tocado real a su hijo, dibujo de Linda Schele

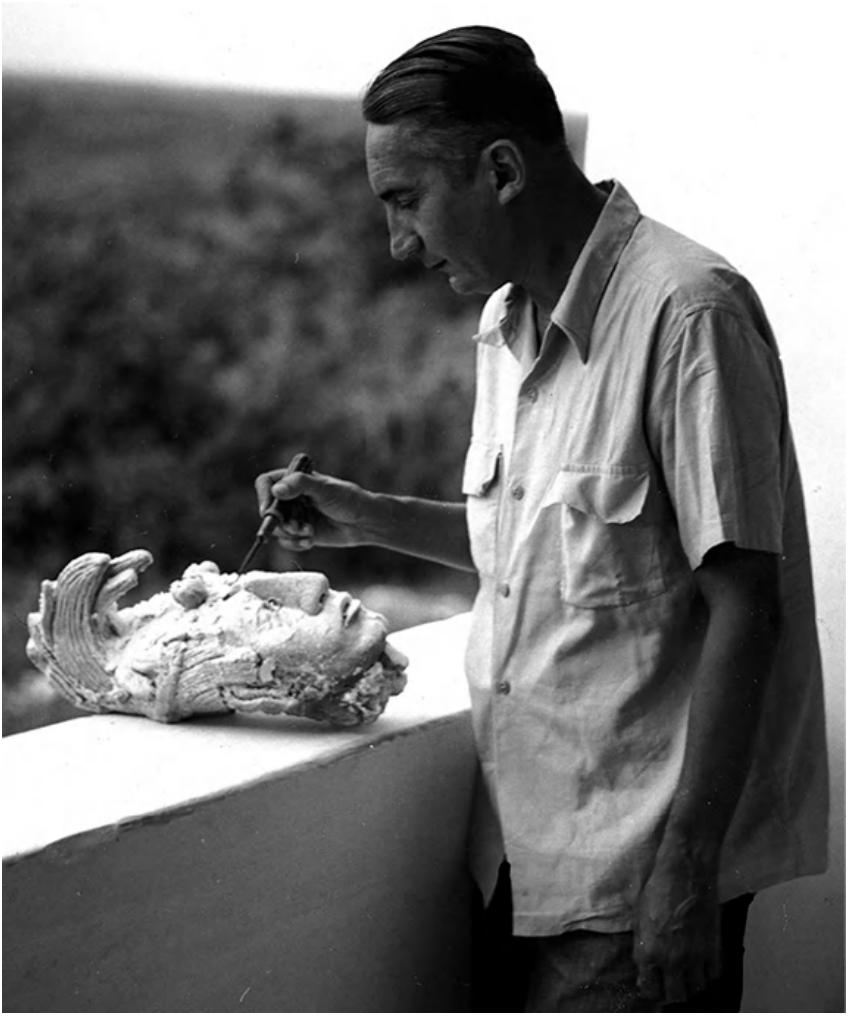


Fig. V.4 Alberto Ruz Lhuillier, Colección Archivo Celia Gutiérrez vda. de Ruz

Fig. V.5. Templo de las Inscripciones, Colección Archivo INAH

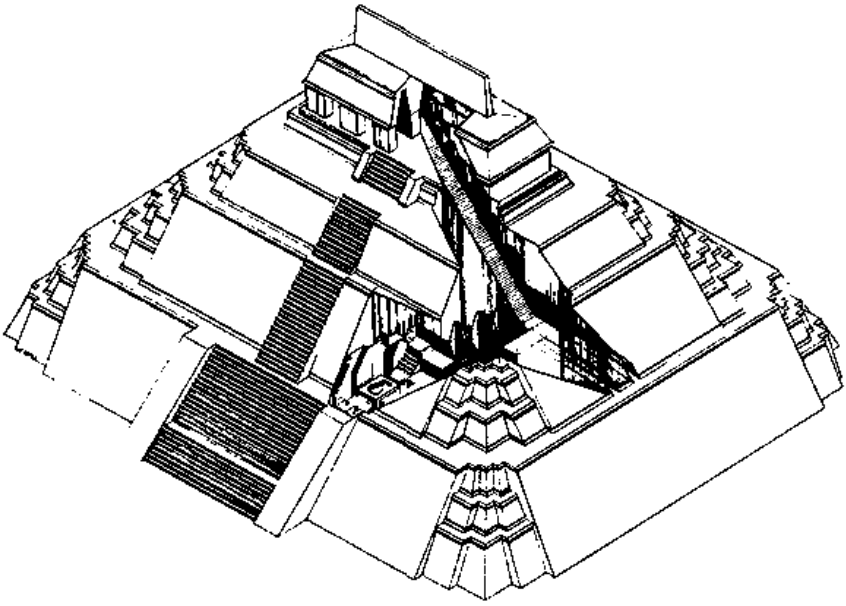


Fig. V.6. Dibujo del Templo de las Inscripciones que muestra la escalinata que baja hasta el sepulcro, Colección Archivo INAH.

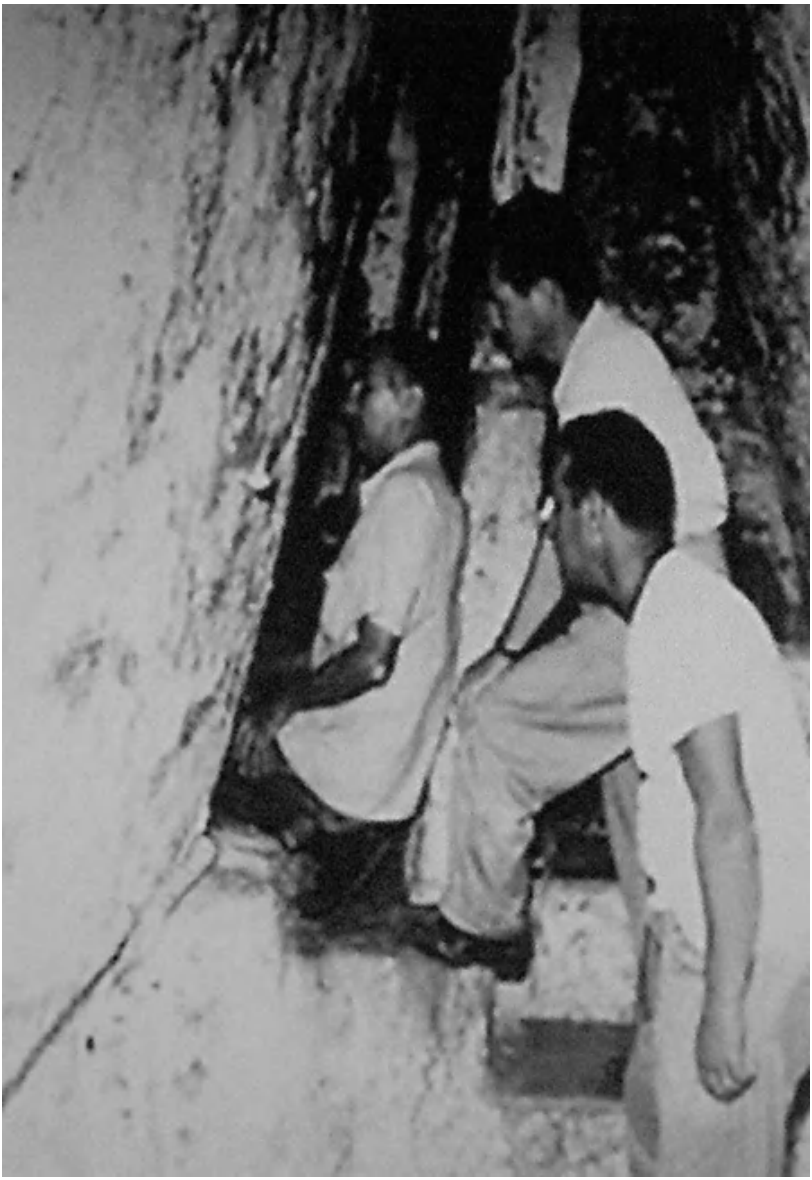


Fig. V.7. Entrada a la tumba de Pakal, Colección Archivo INAH

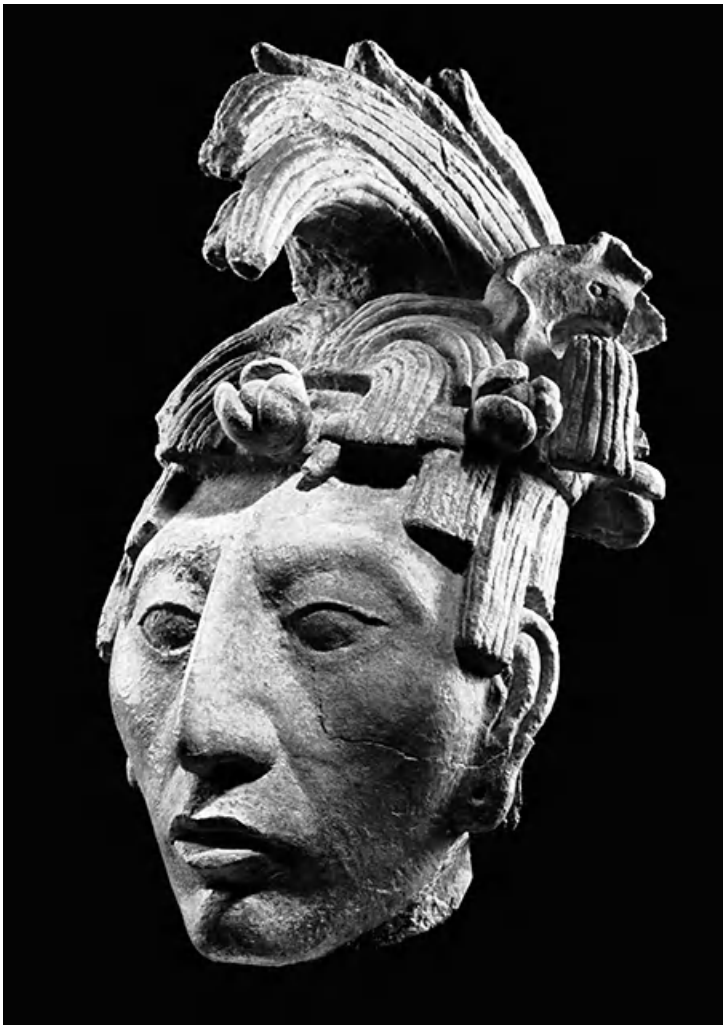


Fig. V.8. Cabeza de estuco, Colección Archivo INAH

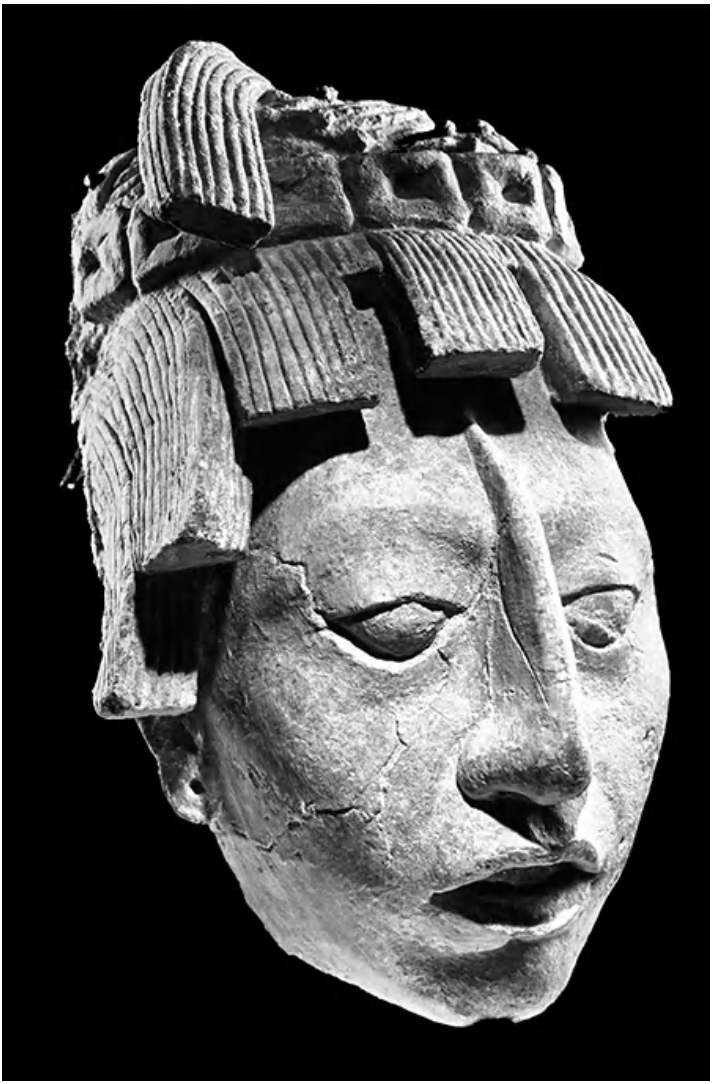


Fig. V.9. Cabeza de estuco, Colección Archivo INAH

Fig. V.10. Interior de la tumba de Pakal, Colección Archivo INAH

Fig. V.11. Colocación de tablillas de madera y pilotes para mover la lápida, Colección Archivo INAH

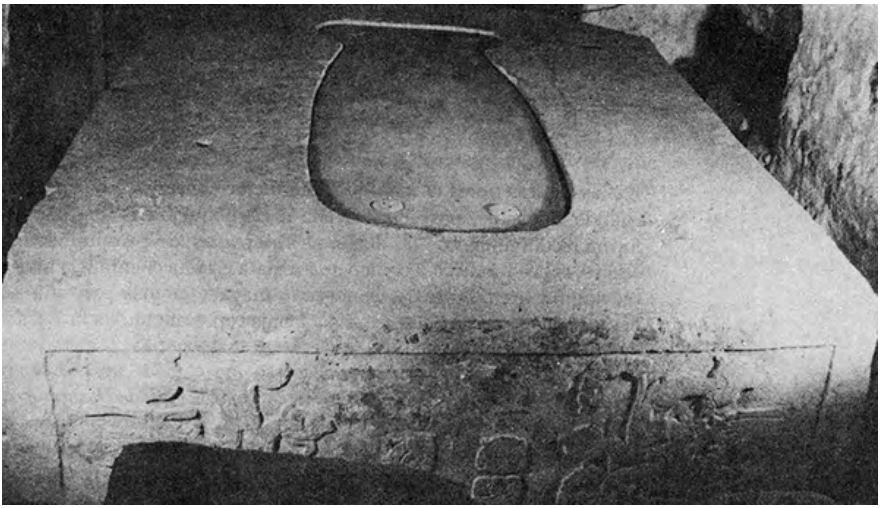


Fig. V.12. Sarcófago en cuya tapa se observan los agujeros y sus respectivos tapones, Colección Archivo INAH

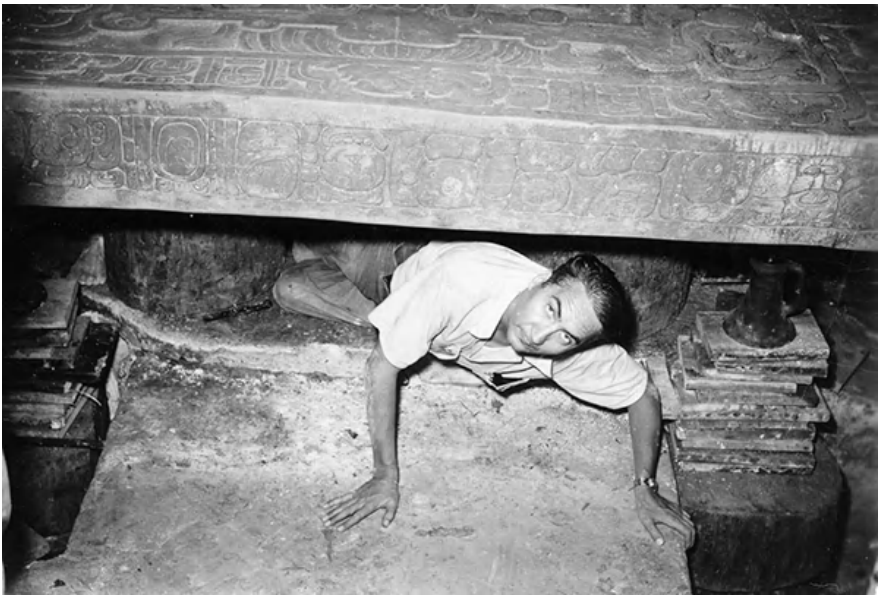


Fig. V.13. Alberto Ruz Lhuillier se desliza debajo de la lápida de Pakal, Colección Archivo INAH

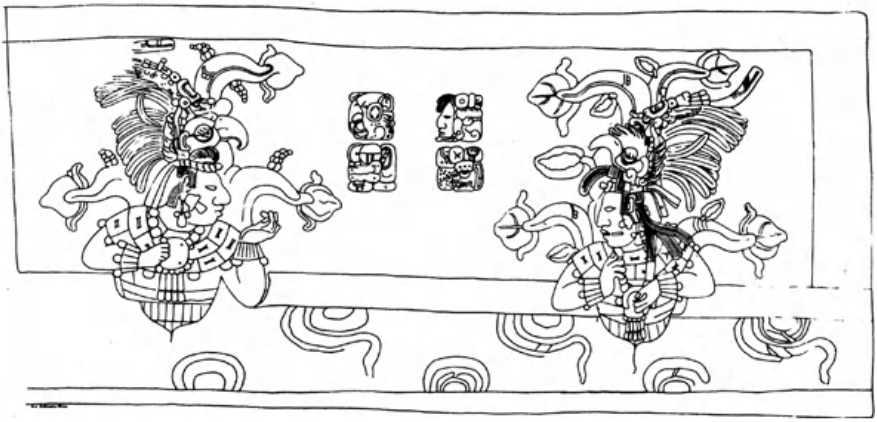
Fig. V.14. Levantando la tapa del sarcófago, Colección Archivo INAH

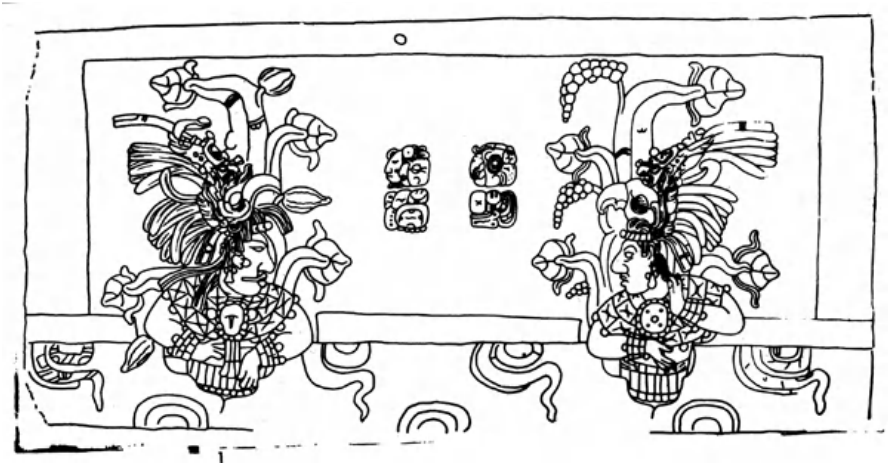
Fig. V.15. Restos de Pakal dentro del sarcófago, debajo de la lápida,
Colección Archivo INAH

Fig. V.16. Detalle de los restos de Pakal, Colección Archivo INAH

Fig. V.17. Dibujo original del entierro, Colección Archivo INAH

Fig. V.18. Reconstrucción de la posición y ajuar del cadáver de Pakal, Archivo Museo Nacional de Antropología, INAH





Figs. V.19 y V.20. Dos de los cuatro grupos de ancestros de Pakal emergiendo de diferentes plantas, Colección Archivo INAH

Fig. V.21. Lápida de Pakal, Colección Archivo INAH

Fig. V.22. Lápida de Pakal, dibujo reconstructivo de Merle Green Robertson

Fig. V.23. La reina roja, Tz'ak-b'u Ajaw, Templo XIII, Palenque, Colección Archivo INAH

Fig. V.24. Reconstrucción del rostro de Tz'ak-b'u Ajaw, esposa de Pakal, por parte de la forense Karen T. Taylor y la doctora Vera Tiesler de la Universidad de Yucatán, Dirección de Medios, INAH

VI
La tumba de Ahuítzotl frente al Templo Mayor

> Concediendo que sea correcta nuestra suposición de que el monolito de la Casa de las Ajaracas es una lápida sepulcral, habría que preguntarse cuál de los tres soberanos enterrados en o junto al Cuauhxicalco [Axayácatl, Tízoc o Ahuítzotl] sería el que se encuentra bajo este monumento. Las fechas calendáricas esculpidas dentro de una garra de la Tlaltecuhtli apuntan hacia Ahuítzotl. La fecha 10 conejo es del todo contundente, pues nos remite a 1502, año en que falleció este rey.
>
> […] En resumen, hallamos muy probable que la nueva escultura de Tlaltecuhtli oculte bajo su monstruoso cuerpo la tumba del rey Ahuítzotl, espacio que habría sido equiparado simbólicamente con el inframundo.[1]

El hallazgo de una enorme lápida de 4.16 m por 3.62 m, con un espesor de entre 25 cm y 37 cm, ocurrido el 2 de octubre de 2006 por parte del Programa de Arqueología Urbana, en los predios de Las Ajaracas y Las Campanas, ubicados en la esquina de República de Guatemala y República de Argentina, frente al Templo Mayor mexica, en pleno Centro Histórico de la ciudad de México, atrajo de inmediato la atención nacional e internacional no sólo por sus dimensiones (se trataba de la pieza mexica de mayor tamaño encontrada hasta el momento) (fig. VI.1) sino, también, por la figura de la diosa de la tierra, Tlaltecuhtli, esculpida en su superficie y por el hecho de que podría tratarse de la lápida mortuoria del octavo *tlatoani* mexica, Ahuítzotl, muerto en el año 1502 d.C., a quien sucedió en el trono Moctezuma II ese mismo año.

¿Qué nos llevó a pensar lo anterior? Contábamos con datos provenientes tanto de la arqueología como de fuentes históricas

que permitían asentar una hipótesis creíble sobre el significado de la enorme lápida y lo que podía representar. En primer lugar, si atendemos al dato que proporciona la arqueología, el hallazgo sucedió en la etapa Vi del Templo Mayor, que, conforme a la cronología hasta ahora aceptada del principal edificio mexica, se corresponde con los años 1486-1502 d.C., periodo en que el *tlatoani* mencionado gobernó Tenochtitlan. En segundo lugar, la escultura de Tlaltecuhtli –pues es ella quien está labrada en la superficie de la piedra– tiene un glifo representado por la cabeza de un conejo y el número 10 en forma de diez puntos, estos se complementan con otros dos que aparecen encima de la cabeza del animal, lo que puede significar 10 conejo, 2 conejo o 12 conejo (fig. VI.2). Resulta que el primer numeral se corresponde con la muerte del gobernante en 1502 d.C. En cuanto a su interpretación como 2 conejo, la fecha sería 1494 d.C. y estaría relacionada con el nombre calendárico de la diosa del pulque y los cuatrocientos conejos. Si leemos completo el glifo, sería 12 conejo, equivalente al año 1478 d.C., lo que ubicaría la elaboración de la pieza durante el gobierno de Axayácatl, algo que por el contexto en que se encontró no pareciera probable. Todo nos lleva a pensar, por las varias razones expuestas, entre las que destaca la posición estratigráfica, que la primera fecha es la más aceptable.

Pero hay otro dato más: las fuentes históricas señalan que varios *tlatoanis* (Ahuítzotl entre ellos) fueron inhumados frente al Templo Mayor e incinerados, y que sus cenizas se colocaron en un edificio llamado Cuauhxicalco (fig. VI.3). Sobre el particular veamos lo que nos dice Fernando Alvarado Tezozómoc en su *Crónica mexicana,* en la que se refiere al momento de la muerte del soberano mexica y cómo se dio aviso a los gobernantes aliados de Tenochtitlan, que junto con Tacuba y Texcoco constituían la Triple Alianza. Hay que destacar la manera en que se efectuaron las exequias del soberano y el lugar en donde final-

mente se depositaron sus cenizas. El escrito dice así:

Llegado á la ciudad [Netzahualpilli], se fue derecho adonde estaba el cuerpo muerto de el rey, llevando por delante los esclavos, y díjole al cuerpo como si estuviera vivo: «Señor y rey mancebo, principal señor, descansad, pues habéis dejado el cargo del imperio mexicano y principales tenuchcas, donde aguardabais y recibíades en compañía y por mandato de el *Tetzahuitl Huitzilopochtli*, y dejasteis vuestra patria y nación mexicana, y ahora queda sin vos el imperio á obscuras y en tinieblas, adonde con vuestro trabajo limpiasteis y barristeis el sitio, lugar y silla del tiempo, noche, aire, señalado en nombre *titlacahuan,* que somos todos sus esclavos de este señor». Con estas y otras muchas palabras concluyó la prolija oración del cuerpo muerto, y con esto le ofreció los miserables esclavos diciendo: «Veis aquí, señor, a estos hijos del Sol y pájaros alindados y galanos *zacuan,* que delante de vos irán como vasallos vuestros al valle de *Ximohuayan,* al eterno del olvido»; acabado el rey *Netzahualpilli,* comenzó luego el rey de *Tecpanecas* la misma oración, larga y prolija, ofreciendo ni más ni menos esclavos para el sacrificio de sus honras: acabado entraron luego los chalcas é hicieron otra larga y prolija oración. Después entraron otros, y así fueron entrando de todos los pueblos cercanos, y otros que venían de diez y quince leguas y veinte también, y todos decían su oración al modo de los primeros, y le ofrecieron esmeraldas y otras piedras muy ricas, y oro para que fuese acompañado el cuerpo cuando le quemaron en lugar de sepultura, como adelante se dirá; diéronle mantas para que fuese envuelto á la sepultura, que todo ello fue quemado. Al cabo y á la postre vinieron los de Santiago Tlatelolco y le hicieron su oración al cuerpo exhortatoria y elocuente, bien sentida, y trajeron con sus tesoros esclavos para acompañar el cuerpo y sacrificarlos: luego le presentaron mucho *chalchihuitl* y *teocuitlachayahuac cozcatl,* con que fue adornado el cuerpo difunto, cadena de oro con una medalla, alrededor de ello cascabeles de oro á lo antiguo y *teocuitlacua amatl,* el señorío ó corona frontalera de oro, esmaltado de pedrería que le pusieron en la cabeza y brazaletes de piés dorados, banda dorada cargada de muy preciada plumería de muchos colores, y todos los estrados de cueros de venados y tigres adobados muy grandes, de los que ofrecieron todos los principales de todos los pueblos; y adornado muy bien el cuerpo, le pusieron luego un brazalete de oro con infinita pedrería y pluma de la muy ancha y de la más preciada de la costa, y los que le vistieron fueron los dos reyes *Netzahualpilli* y *Totoquihuaztli:* luego le embijaron el cuerpo y le pusieron pañetes labrados á las maravillas, y una manta que llaman *teoxiuh ayatl,* de red azul, cargada de pedrería en los nudos de ella, y le pusieron su trenzado en medio de la cabeza, con un trenzado dorado y plumería muy rica, bezolera de esmeralda, orejeras de oro fino, y los viejos *cuachicmees, otomíes* y *cuauh huehuetque* fueron adornados. Los sacerdotes de los templos hicieron una tumba muy alta, que llamaban *tlacochcalli,* y otra que llamaban *tzihuac calli,* adonde ha de estar y ponerse el cuerpo de el rey, todo de madera teñida y pintada. Tomaron y llevaron el cuerpo y lo pusieron en el *tzihuac calli* y *tlacochcalli* y comenzaron luego los sacerdotes á cantar un canto triste sin *teponaztli,* y traíanle todos los principales, que serían más de sesenta personas, por el peso de la tumba ó casa de madera, y fuéronle a poner á los piés de *Huitzilopochtli:* tocaron luego los sacerdotes las vocinas de caracoles y

comenzaron luego á ponerle á la redonda madera seca y mucha, que llamaban *teocuahuitl,* pegáronle fuego y haciendo mucha brasa y mucha lumbrera trajeron á los miserables esclavos, vestidos todos de las ropas que solía usar el rey *Ahuítzotl*, con la misma plumería, trenzados, braceletes, orejeras, bezoleras de pedrería, oro, pañetes, cotaras doradas; finalmente, fueron todos aderezados y vestidos con las mismas armas y divisas que fueron del rey, y puesto el gran *teponaztli,* música que era de el rey, tomaron á uno de los pobres esclavos, pusiéronle encima del *teponaztli* boca arriba y dijéronle: hijo mío, id con vuestro amo y señor, á gozar de la bienaventurada estancia de *Xiuhmocoyan,* al septeno infierno, donde para siempre descansaréis; luego le abrieron el pecho, teniéndole seis o siete sacerdotes, y el mayoral le sacaba el corazón, y todo el día y toda la noche ardía el cuerpo de el rey con los corazones de los miserables esclavos que morían sin culpa. A otro día iban los principales todos y los sacerdotes al templo, y cogían toda la ceniza de el rey en unas mantas muy ricas y le enterraban en el lado de el *Cuauhxicalco,* degolladero de inocentes y miserables, ó descanso y alegría del demonio, por mejor nombrarlo así.[2]

Esta larga cita nos describe la manera en que se llevaban a cabo las prácticas rituales para el entierro del máximo gobernante. Por otra parte, el dominico fray Diego Durán coincide en mucho de lo antes dicho por Tezozómoc y añade un dato importante para saber lo que sucedió con las cenizas del *tlatoani* una vez que el cuerpo había sido consumido durante toda la noche por las llamas. Dice así: «hasta que, hecho ceniza, ellos y todo lo que llevaban encima de grandes riquezas, las cogieron en una olla nueva y la enterraron junto á la Piedra del Sol, que ellos llaman *cuauhxicalli,* que quiere decir "xícara de águilas" […] junto a él enterraron el demás tesoro que no se quemó».[3]

Esta cita viene al caso porque, conforme a las prácticas mortuorias del centro de México, en Teotihuacan y Tenochtitlan, a diferencia de la zona maya u oaxaqueña, donde, como vimos, se hacían tumbas suntuosas para depositar los cadáveres de personajes importantes; en las dos primeras ciudades estas prácticas no revestían grandes mausoleos. Recordemos que se incineraba tanto a los guerreros muertos en combate como a los *tlatoanis*, pues estos últimos eran los capitanes supremos del ejército mexica. Varias urnas funerarias con huesos quemados han sido encontradas en el Templo Mayor.

¿Quién era Ahuítzotl?

Este gobernante, que dirigió los destinos de Tenochtitlan durante dieciséis años, de 1486 a 1502 d.C., fue elegido como *tlatoani* (este nombre dado a los gobernantes significa «el que tiene la palabra») después de la muerte de su hermano Tízoc, ocurrida en 1486 (fig. VI.4). A su vez, Tízoc había ocupado el trono tras la muerte de otro de sus hermanos, Axayácatl; de tal manera que los tres hijos de Moctezuma I fueron gobernantes. Ahuítzotl fue elegido muy joven, y no faltaron quienes vieron en esto un impedimento para que accediera al trono (fig. VI.5). Las argucias de Tlacaélel, asesor de diversos *tlatoanis,* lograron finalmente que aquel joven fuera nombrado sucesor al trono de México. Recordemos que había dos características esenciales para que se nombrara *tlatoani* a un miembro de la casa real: que hubiera destacado de manera notoria en la guerra y que fuera profundo conocedor de la religión. Tampoco hay que olvidar que el nombramiento no recaía necesariamente en el hijo mayor del *tlatoani* muerto, como se acostumbraba en las cortes europeas, sino que, como ocurrió en este caso, podía elegirse a un sobrino, primo, hermano, etcétera.

Desde que fue elegido y aun antes de ser formalmente entronizado como nuevo *tlatoani,* Ahuítzotl empezó a destacar por su beligerancia; fue así como emprendió guerras en contra de algunas poblaciones, como Xiquipilco, Xocotitlan y Xilotepec, entre otras, a las que impuso tributo. A partir de aquel momento, y una vez realizadas las ceremonias de coronación, dio comienzo a la expansión del imperio de manera notable. Las fuerzas mexicas de la Triple Alianza dejaron sentir su vigor en distintas regiones, como la Huasteca, donde el *tlatoani*, además, hizo alarde de sus tácticas guerreras, pues en cierto momento su ejército fingió huir del embate del enemigo, mientras otra parte se ocultaba. Confiados en su triunfo, los huastecos persiguieron y acosaron al

mexica, pero las fuerzas ocultas atacaron por varios flancos, venciéndolos. Así lo relata fray Diego Durán:

> y saliendo los mexicanos, unos por el lado, otros por las espaldas, y revolviendo los que huían sobre ellos, diéronles tal priesa, que no sabiendo a qué parte acudir, fueron muertos y presos gran número de gente y tomada la ciudad y quemado el templo y robados y saqueados, sin quedar cosa; lo qual visto por los guastecas, vinieron á pedir misericordia, obligándose á los tributos y á todos los demás servicios personales.[4]

Uno de los triunfos más sonados de Ahuítzotl fue cuando se le notificó que ciertos pueblos de lo que hoy es el estado de Guerrero, al sur de Tenochtitlan, se habían alzado en su contra y no dejaban pasar a nadie a sus territorios. De inmediato mandó preparar su ejército junto con sus aliados y marchó en contra de los pueblos de Teloloapan, Alahuiztlan y Oztuma, pues ellos eran los rebeldes. De tal magnitud fue el ataque al que los sometió, que los resultados fueron desastrosos, tal como señala Durán:

> mandó el rey fuesen del todo destruydas y desoladas aquellas dos ciudades [Alahuiztlan y Oztuma], sin que quedase hombre ni mujer á vida, sino que todos fuesen metidos á cuchillo, eceto los niños, á los quales mandó el rey fuesen cativos á la ciudad de México, y que viejo ni vieja no quedase ninguno que no muriese.[5]

Según dice el dominico, los niños que se enviaron a Tenochtitlan fueron repartidos por todo el imperio y sumaban cerca de cuarenta mil. Otro aspecto derivado del asolamiento de esas ciudades fue su repoblación con súbditos de la Triple Alianza y el estacionamiento de guarniciones militares, pues eran vecinos de los habitantes de Michoacán, enemigos jurados de los mexicas, a quienes ya antes habían vencido, propinándole una fuerte derrota a Axayácatl cuando llevaba las riendas de Tenochtitlan.

Cabe señalar que los *tlatoanis* mexicas revestían en su persona dos aspectos importantes: por un lado, eran los jefes supremos del ejército y, por el otro, los sumos sacerdotes y presidían determinadas ceremonias. De esta manera tenían bajo su control el poder militar, tan necesario para la expansión del imperio a otras regiones, a las que, una vez conquistadas, se imponía un tributo

en productos o mano de obra (dependiendo de la región de la que se tratase), y el control ideológico por medio de la religión que los revestía con un carácter casi divino. Ahuítzotl supo aprovechar muy bien ambos poderes y los ejerció de manera impresionante, como ya hemos podido ver.

Como parte del segundo de estos aspectos, se dio a la tarea de terminar una nueva etapa constructiva del principal edificio de la ciudad: el Templo Mayor o *Hueyteocalli,* en lengua náhuatl. Es importante advertir que este edificio era el más grande y alto, y que se subía a su cima por dos escalinatas que llevaban a dos adoratorios colocados en la parte superior. Estos adoratorios estaban dedicados a dos deidades: Huitzilopochtli, dios solar y de la guerra, y Tláloc, señor de la lluvia y la fertilidad. Varias etapas constructivas anteriores fueron detectadas durante las excavaciones del Templo Mayor; recordemos que, cuando se quería agrandar un templo, se rellenaba el anterior y se usaba de cimiento para el nuevo agrandamiento, de tal forma que se pudieron detectar hasta cinco etapas previas, siendo esta la sexta etapa constructiva (fig. VI.6). Veamos cómo relata Durán la construcción del monumento:

> Luego mandó llamar a todos los canteros, á los quales mandó que luego se pusiese por obra el acabar el templo de su dios, con toda la diligencia posible, los quales sin ninguna tardanza empezaron a labrar las piedras que faltaban y pusieron todas las figuras que en la pintura vimos, que fue la piedra sobre que avían de sacrificar, puntiaguda, y junto a ella una figura de una diosa que llamaban *Coyolxauh* y a las esquinas dos figuras que tenían dos mangas como de cruz, todas de ricas plumas: pusieron otros bestiones que llaman *tzitzimites;* en fin, dieron fin a todo el edificio, sin quedar cosa por hacer.[6]

Esta descripción es relevante en virtud de que, en etapas anteriores, habíamos encontrado algunas de las figuras aquí mencionadas, como la piedra de sacrificios ubicada frente al adoratorio de Huitzilopochtli en la etapa II (ca. 1390 d.C.); la escultura de Coyolxauhqui en las etapas IV-a y IV-b (ca. 1470 d.C.) (fig. VI.7), y ocho esculturas en que estaban recostadas sobre la escalinata del lado de Huitzilopochtli, y tres más del lado de Tláloc

(fig. VI.8). El primer grupo lo he interpretado como los enemigos de Huitzilopochtli, contra quienes combate en el cerro de Coatepec, comandados por Coyolxauhqui, quien se encontraba en el lado del dios de la guerra (fig. VI.9). Todos estos datos se relatan en el mito que nos habla del combate de Huitzilopochtli, deidad solar, contra los poderes nocturnos, representados por Coyolxauhqui, deidad lunar.[7]

Las conquistas continuaron y, al regresar de una de sus últimas incursiones, se rindieron grandes honores al *tlatoani*. Por aquel entonces murió Tlacaélel, quien, como dijimos en su momento, había sido asesor de varios dignatarios y era, en buena medida, el poder tras el trono. Poco después de este acontecimiento, quiso Ahuítzotl traer agua a la ciudad, ya que en temporada de secas bajaba mucho el nivel de la misma, por lo que se aprestó a traerla desde Acuecuexco, lugar cercano a Coyoacán, en donde había manantiales muy ricos. Pese a la advertencia de que esto podría ocasionar inundaciones, el *tlatoani* ordenó que de inmediato se pusiese mano a la obra y pronto quedaron terminados los cauces por donde correría el líquido. Con gran ceremonia se recibió la entrada de agua a Tenochtitlan, pero resultó que varios días después la ciudad se anegó y se perdieron cosechas y casas. Relato lo anterior porque una de las versiones de la muerte del *tlatoani* alude a que esta inundación provocó que el mismo palacio real sufriera las consecuencias; al tratar de huir Ahuítzotl se dio un fuerte golpe con una viga en la cabeza y, al poco tiempo, murió. No obstante, según fray Diego Durán, su muerte se debió a otro motivo: después de regresar de una de sus incursiones bélicas en la región del Soconusco, Ahuítzotl se vino a menos y empezó a sentirse mal, a tal grado que enflaqueció de manera evidente. Pero dejemos que nos lo cuente el dominico:

> Dende á pocos días que el rey Ahuítzotl volvió de la guerra de Xoconochco y de toda aquella conquista, cayó malo de una grave enfermedad, tan grave, que no entendida de los médicos se creyó aver procedido y averce causado de algún bocado que en aquella tierra le dieron, porque como en el capítulo de su elección tra-

tamos, era mozo y de muy poca edad y demás deso muy robusto, así en lo exterior como en ánimo y fuerzas, con lo qual enfermedad se fue secando, que faltándole la virtud natural vino á morir con sólo el cuero pegado á los uesos, no sabiendo remedio que hacelle, el qual se le procuró por todas las vías y modos posibles.[8]

Como puede verse, no son claras las causas de la muerte del *tlatoani* en 1502 d.C.; lo que sí pudimos constatar fueron las exequias que se hicieron a su cadáver y la manera en que sus cenizas se colocaron frente al Templo Mayor. Pasarían cerca de cinco siglos para que, una vez más, la arqueología permitiera que nos adentráramos en el lugar donde se depositaron sus cenizas y, quizá, las de otros gobernantes mexicas.

El hallazgo de Tlaltecuhtli

El cruce de las calles República de Guatemala y República de Argentina (antes Santa Teresa y Relox) es uno de los puntos con mayor historia de todo el Centro Histórico de la ciudad de México. Allí se erigió el Templo Mayor de Tenochtitlan. Allí fueron sacrificadas muchas víctimas y se llevaron a cabo múltiples ceremonias en honor a Huitzilopochtli y Tláloc. El edificio era considerado el centro fundamental del universo y en él se centraba toda la sacralidad de este pueblo. Al Templo Mayor subieron los conquistadores recién llegados a la ciudad mexica y, después de los combates, el edificio fue derruido. En un Acta de Cabildo del 22 de febrero de 1527, se dice que a don Gil González de Benavides (o Ávila) se le entrega en merced un predio «lindero con solar e casas de Alonso de Ávila, su hermano, que es la tercia parte donde estaba el Uchilobos».[9] Queda claro que en ese lugar se construyó la casa de los hermanos Ávila, quienes, junto con otros hijodalgos (entre ellos el hijo de Cortés, Martín), se negaron a rendir cuentas a la corona, lo que les trajo terribles consecuencias, pues, tras un juicio sumario, los hermanos fueron ejecutados en la plaza mayor de la ciudad y sus casas se desman-

telaron hasta los cimientos, sembrándose con sal el terreno. Al solar maldito se le puso una inscripción difamatoria en piedra que decía:

> Estas casas heran de Al° de Avila Alvarado, vezino desta ciudad de México, el qual fue condenado a muerte por traidor, fue esecutada en su persona la sentencia en la plaza pública de esta ciudad: le mandaron derivar estas casas que fueron las principales de su morada. Año de 1556.

Ante estos hechos escribí la siguiente reflexión:

> ¡Terrible paradoja del destino! Quienes habían destruido hasta sus cimientos el Templo Mayor ahora se condenaban a que sus casas sufrieran la misma suerte. Mueren decapitados los hijos de quienes destruyeron el templo y Coyolxauhqui, hija de Coatlicue, yace decapitada en aquel terreno que pareciera no querer que sobre él se construyese nada.[10]

El lugar se convirtió en muladar y se cuenta que, en temporada de lluvias, los perros se reunían en el mogote que afloraba para no morir ahogados, por lo que se le denominó «la isla de los perros». Pasaron los años, y en 1914 don Manuel Gamio excavó la esquina suroeste del Templo Mayor y lo identificó como tal. Finalmente, el 21 de febrero de 1978, con motivo de trabajos que realizaban obreros de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, se detectó una escultura que resultaría ser Coyolxauhqui, aquella deidad lunar que había luchado, según el mito, contra su hermano Huitzilopochtli. A partir de aquel momento, el 20 de marzo para ser más concretos, daría comienzo a mi cargo el Proyecto Templo Mayor, gracias al cual se pudo conocer el más importante edificio mexica y algunos de los edificios aledaños; todo ello acompañado de la recuperación de buen número de ofrendas y de otros vestigios que proporcionaron muchos datos sobre los rituales y el simbolismo que revestían a tan importante emplazamiento.

En 1991, vi la necesidad de ampliar nuestro universo de estudio y fue así como surgió el Programa de Arqueología Urbana (PAU). Este tenía como propósito recuperar información sobre el área que comprendió el recinto o plaza principal de Tenochtitlan, espacio sagrado dentro del cual había hasta setenta y ocho

edificios, según relata Sahagún.[11] Autores como Ignacio Marquina consideran que la plaza pudo tener cerca de 350 m por lado,[12] un dato que se ha ajustado gracias a los trabajos del PAU (fig. VI.10). El Programa tenía como finalidad realizar trabajos de rescate arqueológico en el área correspondiente, lo que implicaba estar alerta ante cualquier indicio de que se pudieran realizar obras de diversos tipos, como nuevas construcciones, colocación de tuberías o cualquier otro trabajo que implicara la perforación del suelo. Siete manzanas quedaron comprendidas dentro del área de rescate.[13]

Fue el 2 de octubre de 2006 cuando el equipo del Programa de Arqueología Urbana detectó, frente al Templo Mayor de Tenochtitlan, en los solares conocidos como Las Ajaracas y Las Campanas, sobre la calle República de Argentina, también conocida como Mayorazgo de Nava Chávez, la figura en piedra de una deidad que, una vez analizada, se interpretó como Tlaltecuhtli (fig. VI.11). Estaba quebrada en cuatro grandes secciones, con un notorio hundimiento hacia el centro de la misma. Pero ¿quién era Tlaltecuhtli? Su nombre en lengua náhuatl significa «Señor / Señora de la Tierra», es decir que ella representa a la tierra en su carácter de devoradora / paridora.

Llegados a este punto resulta indispensable adentrarnos en las características propias de esta deidad. Diversos estudiosos de los mexicas han analizado esta imagen y el papel que desempeña dentro de su panteón. Para empezar, diré que esta deidad es representada en forma masculina o femenina, siendo más abundante esta última. Algo que llama la atención es la posición que Tlaltecuhtli tiene en un buen número de las representaciones que han llegado hasta nosotros, tanto en esculturas como en códices. En muchas de las primeras aparece agazapada, con las manos levantadas y las piernas encogidas y abiertas, en posición de parto, con grandes uñas en manos y pies. En las extremidades

porta cráneos como adornos. Tiene el pelo enmarañado y en alguna imagen se ven insectos como arañas, escorpiones y gusanos, que se relacionan con lo que representa, pues son insectos que viven en la tierra. Algo interesante es que, por lo general, la figura está labrada debajo de otras esculturas y colocada directamente sobre la tierra; es decir que no estaba a la vista. Tampoco hemos encontrado que se le dedicara un templo o alguna festividad específica en las fiestas mensuales del calendario mexica, aunque sí hay cantos y ceremonias con los que se la vincula. Algo que encontré en mi estudio de esta deidad es que las representaciones femeninas están bocarriba, aunque la cabeza se vea hacia el frente, pero al estar colocada su imagen hacia abajo, la deidad en realidad tiene su cuerpo viendo hacia el cielo; en tanto que las representaciones masculinas siempre ven hacia abajo, hacia la tierra.[14]

En el caso de los códices, la mayoría de las veces vemos solamente la cabeza con sus ojos y con grandes fauces abiertas, prestas a cumplir una de sus misiones primordiales: devorar los cadáveres. Se ve devorando el Sol o los bultos mortuorios en que están envueltos los cadáveres (fig. VI.12). La otra misión de la diosa es la de, una vez devorados, parirlos hacia el destino al que les está deparado ir, de allí la posición de parto. De esta manera cumple su función primordial en su carácter de devoradora / paridora, como dije antes. Hay que aclarar que, a su vez, la tierra es la paridora de las plantas que sirven para alimentar al hombre, por lo que reviste un carácter destructivo-regenerativo.

El caso que nos ocupa poco difiere en términos generales de la anterior descripción. Sin embargo, posee ciertas características que le son propias (fig. VI.13). A diferencia de la mayoría de las representaciones, muestra cráneos en las coyunturas (codos y rodillas), mientras que en otras figuras se ve una especie de máscara con colmillos (fig. VI.14). Algo que observé es que el cabello pintado de rojo pertenece posiblemente a un sacrificado, ya que

está sobrepuesto, como lo indican las ondulaciones sobre la frente de la diosa (fig. VI.15). Hay otras representaciones de la deidad que también muestran esta característica. Del pelo salen banderas relacionadas, precisamente, con el sacrificio y la muerte. No obstante, algo que llamó de inmediato nuestra atención fue la presencia del glifo al que ya nos hemos referido en medio de la garra del pie derecho. Otra particularidad de la figura es que la parte del vientre estaba parcialmente destruida, pero se podía apreciar que tenía un personaje del que sólo se veían los pies y que, quizá, guardaba relación con el *tlatoani*. Del vientre mismo surge una corriente de sangre que la diosa sorbe con su lengua. La enorme lápida está colocada con la cabeza de la deidad hacia el poniente y sus piernas abiertas hacia el oriente. Esto no es fortuito: obedece a que Tlaltecuhtli va a devorar simbólicamente al *tlatoani* –que representa al Sol– cuando el astro se oculta por el oeste y la tierra se lo traga para entrar al mundo de los muertos. Al día siguiente el Sol será parido por el oriente para luchar y disipar los poderes de la noche.

En el *Códice Telleriano-Remensis* vemos la representación de esta escena: en la parte de arriba está el signo 10 conejo, equivalente al año 1502 d.C. Debajo se aprecia el bulto mortuorio de Ahuítzotl, muerto en aquel año, con el típico glifo en forma de animal acuático que lo identifica. Una cuerda, que simboliza el linaje, se une a otra figura que está frente al bulto y representa a Moctezuma II, sucesor de Ahuítzotl, a quien se le ve vivo, portando el emblema o corona de los *tlatoanis* (fig. VI.16). De esta manera se muestra el tránsito del poder del Sol-Ahuítzotl al Sol-Moctezuma II, o lo que es lo mismo, el Sol-*tlatoani* muerto es tragado por la tierra y será parido, a su vez, en la figura del Sol-*tlatoani,* ahora representado en Moctezuma II (1502-1520 d.C.).

Investigaciones acerca de Tlaltecuhtli

Una vez encontrada Tlaltecuhtli, uno de los primeros asuntos que tuve que resolver fue nombrar a un arqueólogo responsable de los trabajos. Esto se debió a que, como dijimos antes, el PAU tenía un carácter de rescate arqueológico; es decir, no necesitaba de un permiso del Consejo de Arqueología para llevarlo a cabo. Al frente del PAU, desde su inició en 1991, nombré a Francisco Hinojosa, quien ya había intervenido con sondeos en estos predios; después, a Álvaro Barrera, y actualmente lo dirige Raúl Barrera Rodríguez. Cuando ocurrió el hallazgo era Álvaro Barrera quien tenía a su cargo el PAU. Era pasante de arqueología y, conforme al reglamento del citado consejo, podía laborar bajo la supervisión de un arqueólogo titulado, en este caso yo. Pero, inmediatamente después de hacerse el hallazgo, solicité a Alejandro Encinas, titular del Departamento del Distrito Federal, que esta dependencia entregara el terreno al INAH y así lo hizo, en un acto realmente loable. Por este motivo correspondió al INAH asumir esta tarea y convertir las labores en un proyecto de investigación que, ahora sí, necesitaba estar dirigido por un arqueólogo graduado para contar con el permiso del consejo mencionado. Nombré para esta importante tarea al doctor Leonardo López Luján, ya que contaba con gran experiencia en el área y había colaborado conmigo prácticamente desde los comienzos del Proyecto Templo Mayor. A esto hay que añadir que su tesis de licenciatura había tratado sobre las ofrendas del Templo Mayor y que, con ella, había ganado varios premios, nacionales y extranjeros. Se había doctorado en la Universidad de París X-Nanterre con elogiosos comentarios de sus sinodales, además de haber sido investigador invitado de las universidades de Princeton y Harvard. Es un profundo conocedor tanto de las fuentes históricas como de la arqueología mexica, lo que ha demostrado en múltiples trabajos. Todas estas fueron razones más que suficientes para que en él recayera la tarea de llevar adelante las investigaciones en el lugar.

Armado con un equipo de colaboradores formado por diferentes especialistas –arqueólogos, biólogos, restauradores, etcétera– y con el apoyo de laboratorios tanto nacionales como extranjeros, dio comienzo a sus labores en los predios mencionados. Los nuevos trabajos se englobaron como parte de la séptima temporada de excavaciones del Proyecto Templo Mayor y estuvieron dirigidos a estudiar varios aspectos:

> el examen pormenorizado del monolito, el registro de su contexto y la excavación controlada de áreas específicas en torno al lugar del hallazgo. Con ello se pretendía conocer la posición estratigráfica del monumento y su asociación con las sucesivas fases constructivas del Templo Mayor, así como aportar información sobre sus posibles funciones y significados.[15]

El primer punto dejó claro que la roca en que estaba elaborada Tlaltecuhtli era una andesita de lamprobolita proveniente de la Formación Chiquihuite que rodea en parte el valle de México. Los estudios estuvieron a cargo del geólogo Jaime Torres Trejo, quien, primero a simple vista y después con el apoyo de aparatos especializados, pudo obtener estos resultados. Inspecciones en las canteras en que actualmente se explota este material permitieron tomar muestras para compararlas con las estudiadas. Ahora bien, ¿cómo se llevó a cabo el traslado de una roca de más de 12 toneladas de peso desde su lugar de origen hasta el Templo Mayor para ser allí labrada? El mismo Leonardo nos lo dice:

> el bloque sin esculpir habría sido cubierto ritualmente con papel de amate y sobre esta envoltura se habrían derramado copal y hule derretidos, así como sangre de codornices sacrificadas para la ocasión. En medio de cantos placenteros, música, danzas, escenificaciones cómicas y grandes voceríos, el bloque habría sido sacado de la cantera encima de un «carretoncillo» o «vaso» como los mencionados por los cronistas Hernando Alvarado Tezozómoc y Francisco Cervantes de Salazar. Estos eran una suerte de narrias, es decir, de trineos de madera que se deslizaban con todo y su carga sobre troncos, y que eran impulsados con cuerdas y palancas. Posiblemente así fue transportado a Tenayuca y de allí hasta Tlatelolco, atravesando el lago por la calzada de Tenayocan. *Grosso modo* puede calcularse que en esta empresa habrían sido necesarios entre doscientos veinticinco y quinientos diez individuos.[16]

Una vez en Tenochtitlan y al pie del Templo Mayor, se procedió a la elaboración de la escultura. Muchos pasos se dieron pa-

ra llegar, finalmente, a obtener como resultado la magnífica pieza. La imagen fue pintada, como ocurría en el pasado con la gran mayoría de las esculturas. En ella están presentes los colores amarillo, rojo, azul, blanco y negro. El primero aplicado al cuerpo de la deidad, en tanto que el rojo aparece en el chorro de sangre que mana del ombligo y es succionado por la boca, apreciándose también en parte de la falda y el cabello. El azul está presente en las orejeras y en otros detalles, mientras que el blanco predomina en las uñas, parte del tocado y la falda. El negro se circunscribe a este último atuendo. Los análisis de los pigmentos y sus componentes fueron realizados por el doctor Giacomo Chiari, jefe del Departamento de Ciencia del Getty Conservation Institute, al aplicar difracción de rayos X a las muestras enviadas, y dieron por resultado que, en la mayoría de los casos, tenían un origen mineral. También pudo detectarse el aglutinante empleado, para el cual se utilizaron bulbos de orquídeas, mismos que poseen propiedades cohesivas y adhesivas. Sin embargo, es necesario mencionar que el relativo buen estado de los colores se conservó gracias a todo el proceso que llevó el secado de la pieza –alrededor de un año– y al cuidado tomado en retirar las adherencias de tierra y argamasa acumuladas durante cinco siglos. Los fragmentos se trasladaron a una caseta provisional con el fin de realizar este trabajo y liberar así el espacio para poder continuar excavando debajo y a los lados de donde se encontraba la pieza. Dirigieron estos trabajos las restauradoras Virginia Pimentel, y después, María Barajas, quienes encabezaban equipos de restauradores que, como se puede apreciar, hicieron un trabajo excelente, con el que se logró preservar los tonos originales; a diferencia de lo ocurrido con otra escultura monumental, la Coyolxauhqui, que sufrió pérdida del color por los procedimientos inadecuados de quienes realizaron el rescate del monolito.

Otro trabajo emprendido fue la realización de un modelo tridimensional de la pieza por medio de un escáner Minolta Vivid

210 (fig. VI.17). El doctor Saburo Sugiyama, junto con Tenoch Medina y operarios de la compañía japonesa Acord realizaron «un barrido a cada milímetro, registrando los más sutiles detalles, irregularidades y deterioros de la superficie además de sus características cromáticas».[17]

Actualmente la escultura se puede apreciar en toda su grandeza en el interior del Museo del Templo Mayor (fig. VI.18). Puede verse desde distintas alturas, además de estar protegida contra los rayos solares, el medio ambiente y otros elementos que pudieran afectarla. La acompañan vitrinas que contienen ejemplos de las ofrendas asociadas y que, a la fecha, suman alrededor de cincuenta mil piezas entre las que se cuentan una rica fauna y flora, así como objetos de madera, hueso, cerámica, piedra, oro, etcétera (figs. VI.19-VI.22). Se trasladó a este lugar con motivo de la exposición «Moctezuma II», que después de exhibirse en el British Museum de Londres en 2009-2010 fue montada, meses más tarde, en el Museo Templo Mayor; y no era para menos, pues la monumental pieza era una obra de este gobernante en honor de su antecesor. Esto nos lleva a hablar de la cronología del monumento y de los objetos asociados con él (fig. VI.23).

Las excavaciones arqueológicas

Algo que siempre preocupa a los arqueólogos es saber, con la mayor precisión posible, a qué época pertenece lo que está excavando. En el caso que nos ocupa, se pudo saber que la pieza originalmente se colocó sobre el piso de lajas de la etapa Vi-5, último piso construido por Ahuítzotl durante su reinado. Es lógico que, a la muerte del gobernante, su sucesor mandase elaborar la pieza para colocarla en el lugar. Posteriormente se subió el nivel con un nuevo piso (VII-1), mandado a construir por Moctezuma II, por lo que fue necesario subir, a su vez, la figura de la diosa al nivel del nuevo piso de la plaza. En este proceso la escultura se

calzó con maderas y fue en ese momento que la pieza se quebró en las cuatro partes señaladas y así permaneció hasta su descubrimiento. El mismo Moctezuma II colocó un nuevo piso encima de la pieza.

La enorme escultura con tan singular deidad debió servir como lápida mortuoria, como ya se dijo. Veamos qué nos dice el doctor López Luján sobre los trabajos que emprendió con su equipo:

> En síntesis, creemos que la Tlaltecuhtli del Mayorazgo de Nava Chávez pudiera marcar con su monstruoso cuerpo el acceso a una tumba real [...]. Obviamente, sólo el tiempo dirá si estamos o no en lo correcto. Por lo pronto, seguimos explorando el área que se encuentra inmediatamente al poniente del monolito, donde hemos liberado una entrada enmarcada por grandes bloques cuadrangulares de andesita, entrada que, quizá, conduce al lugar de reposo de uno o varios soberanos de la gran Tenochtitlan.[18]

Una vez removido el monolito, se pudo comenzar con los trabajos de excavación. Cuidadosamente –como lo requiere la arqueología– se fue profundizando en diversos lugares de los predios. Algo interesante se encontró exactamente al poniente del lugar que ocupaba el monumento y es esta «entrada» a la que se refiere López Luján. En efecto, los grandes bloques superpuestos guardaban una forma escalonada y encima de ellos se halló una serie de cuchillos bordeando la entrada. Cuando vi esto, recordé de inmediato las láminas de las páginas 32 y 44 del *Códice Borgia,* en las que se aprecia algo similar (fig. VI.24). Se lo comenté a Leonardo, pues esto me hacía pensar en la boca de Tlaltecuhtli con sus afilados dientes. En la segunda de estas láminas vemos un escrito que reza:

> Hileras de cuchillos marcan las orillas
> donde se colocan los miembros descuartizados
> de quienes murieron en sacrificio.[19]

Las labores continuaron, veamos la manera en que lo comenta Leonardo:

> Bajo dicha estructura escalonada, contemporánea al piso de la plaza Vi-5 del Templo Mayor (1486-1502 d.C.), descubrimos otras cuatro con características si-

milares, cada una correspondiente a un nivel de plaza consecutivo y más antiguo (14401486 d.C.). Adentro de estas cinco estructuras fueron detectadas seis ofrendas superpuestas, que son los vestigios materiales de igual número de ceremonias oblatorias efectuadas en el mismo espacio sagrado. La Ofrenda 125, la cual se remonta al reinado de Ahuítzotl (1486-1502 d.C.), es la más rica de todas, pues contenía un total de 3 899 artefactos y ecodatos.

Lo obtenido en el lugar nos habla de la riqueza de información que representa para el arqueólogo lo encontrado. Continúa diciendo López Luján:

> Tras un meticuloso análisis espacial hemos llegado a la conclusión de que los sacerdotes mexicas depositaron tres capas de dones en el interior de esta caja. La primera y más profunda estaba conformada por el cuerpo de un cánido ricamente ataviado. Alrededor de este animal se encontró un grupo de cuchillos sacrificiales de pedernal, todos ellos vestidos con trajes e insignias pertenecientes a divinidades nocturnas o guerreros muertos en batalla. El cánido y los cuchillos fueron cubiertos por una espesa capa intermedia de animales marinos. A continuación siguió la capa más superficial, compuesta entre otros objetos por más cuchillos sacrificiales, los cadáveres de dos águilas reales y un artefacto elaborado con pelo de mono araña. La ceremonia concluyó con la colocación de copal y de las lajas que sellaron la caja en forma definitiva.[20]

El carácter mortuorio de mucho de lo encontrado se relaciona directamente con lo que sabemos acerca de las prácticas de este tipo: la presencia del cánido resulta importante ya que se hacían acompañar de ellos para ir al lugar de los muertos; los cuchillos vestidos se relacionan con deidades de la noche o con los muertos en combate, todo ello lleva a pensar que el contexto excavado guarda estrecha comunión con la muerte. Así lo expresa el autor:

> En el caso de la Ofrenda 125, es probable que las águilas reales, los organismos marinos de toda índole y el cánido aludieran al trascendental paso al más allá, lo que estaría en consonancia con el significado de la estructura escalonada de piedra y el uso dado al espacio que se encontraba al pie del Templo Mayor: el lugar de cremación y enterramiento de los soberanos de Tenochtitlan.[21]

Otro hallazgo de gran interés fue la ofrenda que estaba exactamente debajo del monolito. Se trata de una cista que contenía un sinnúmero de materiales de diversos tipos: había fauna, entre ella un apéndice rostral de pez sierra, espécimen que había aparecido en otras ofrendas del Templo Mayor, corales y otras espe-

cies marinas; vasijas varias de cerámica, esculturas de piedra, restos de artefactos de madera; en fin, una cantidad muy grande que evidenciaba la importancia que tenían estas ofrendas, colocadas hacía casi quinientos años, en honor a la diosa y al o los mandatarios depositados en el lugar (fig. VI.25).

Muchas otras ofrendas se excavaron en sitios adyacentes al lugar que ocupaba Tlaltecuhtli, así como esculturas de piedra, algunas de las cuales tenían en su superficie el rostro de Tláloc. Fue interesante también la localización al oriente de un monolito de alrededor de cuarenta sahumadores de barro con policromía, colocados uno junto a otro. Un dato importante fue la localización y excavación, tanto por parte del equipo de Leonardo como por el de Raúl Barrera, de una estructura arquitectónica circular con un diámetro de aproximadamente 16 m, ubicada al sur del lugar donde se encontró la escultura de Tlaltecuhtli; su pared está decorada con cabezas de serpientes y su escalera ve hacia el poniente (fig. VI.26).

Hasta el momento no se ha detectado un recipiente que indique con toda claridad que en él se hubiesen depositado las cenizas o los huesos quemados de algún *tlatoani*. Pese a esto, los contextos excavados y los que se están excavando en este momento siguen proporcionando información nunca antes obtenida, que guarda estrecha relación con prácticas mortuorias. Habrá que esperar a que culminen las excavaciones y los estudios de los materiales obtenidos para llegar a conclusiones al respecto.

Habrá que tener paciencia y saber esperar…

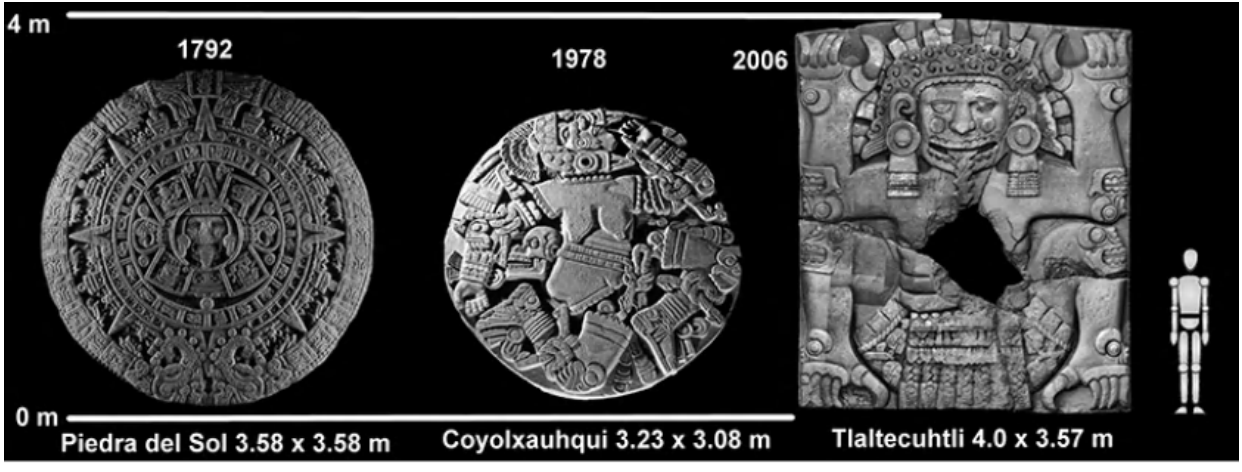


Fig. VI.1. Dimensiones de los tres principales monolitos mexicas, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.2. Fecha conejo en una de las garras de Tlaltecuhtli (detalle), escáner Minolta, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.3. Exequias de un tlatoani en el Cuauhxicalco, Códice Florentino

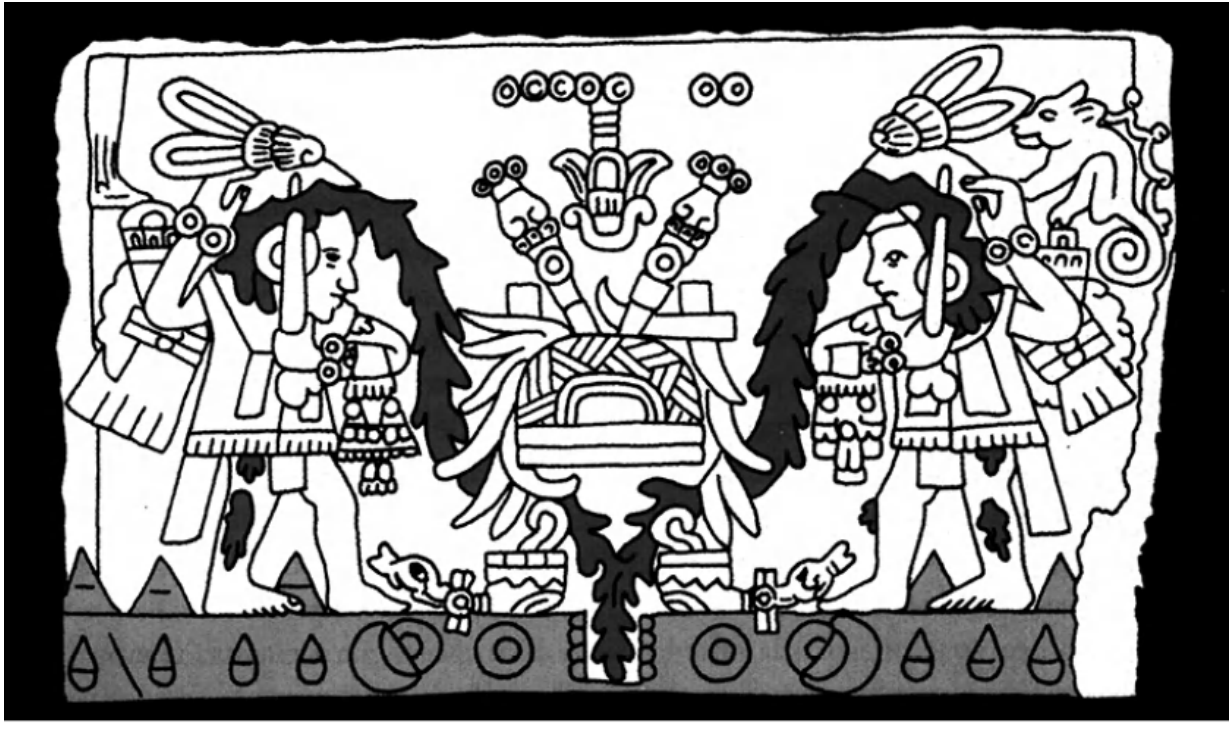


Fig. VI.4. Tízoc (izquierda) y Ahuítzotl (derecha) en un fragmento de la *Lápida conmemorativa de la inauguración del Templo Mayor*, dibujo de Fernando Carrioza, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.5. Ahuítzotl en el *Códice Durán*

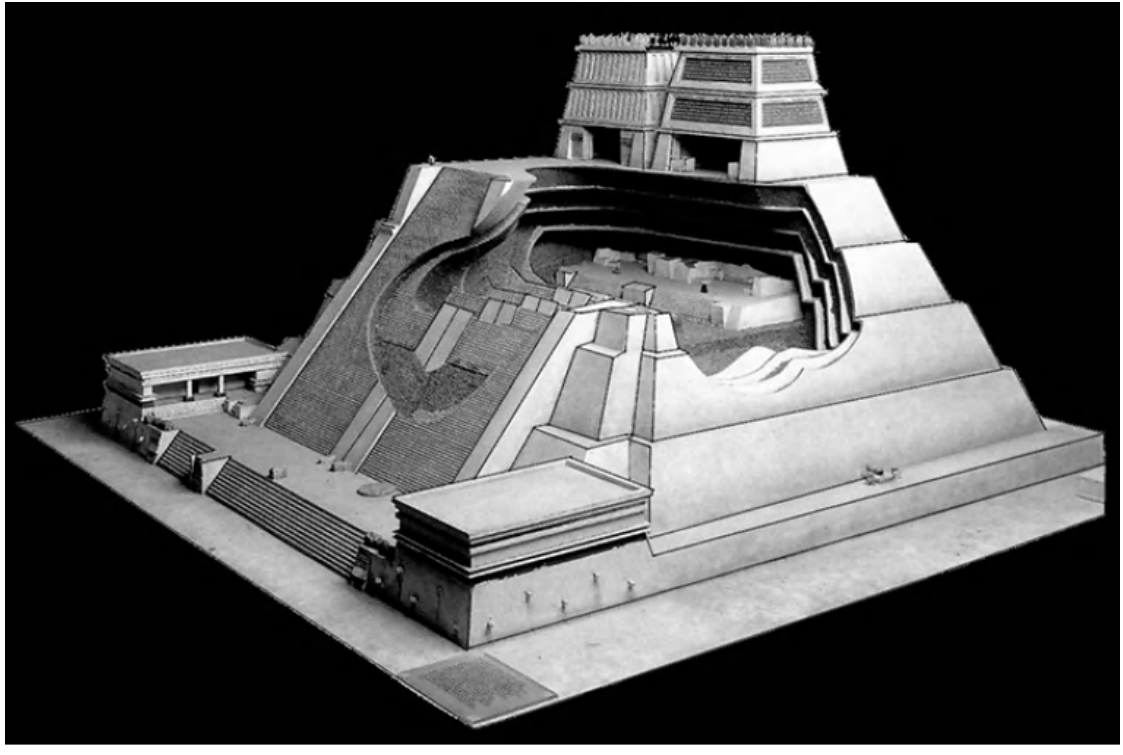


Fig. VI.6. Etapas constructivas del Templo Mayor, Proyecto Templo Mayor, INAH

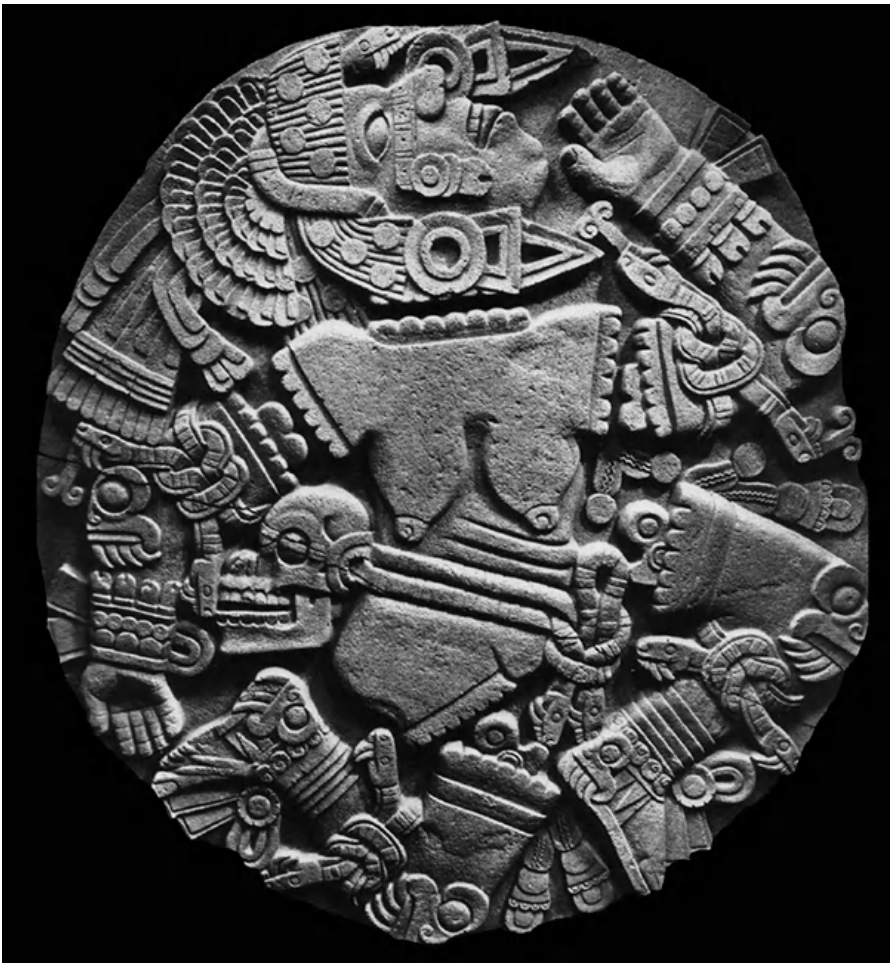


Fig. VI.7. Relieve monumental de la diosa Coyolxauhqui, Proyecto Templo Mayor, INAH

Fig. VI.8. Portaestandartes reclinados en el lado de Huitzilopochtli,
Proyecto Templo Mayor, INAH

Fig. VI.9. Coyolxauhqui al pie de la escalinata que conduce al templo de Huitzilopochtli, Proyecto Templo Mayor, INAH

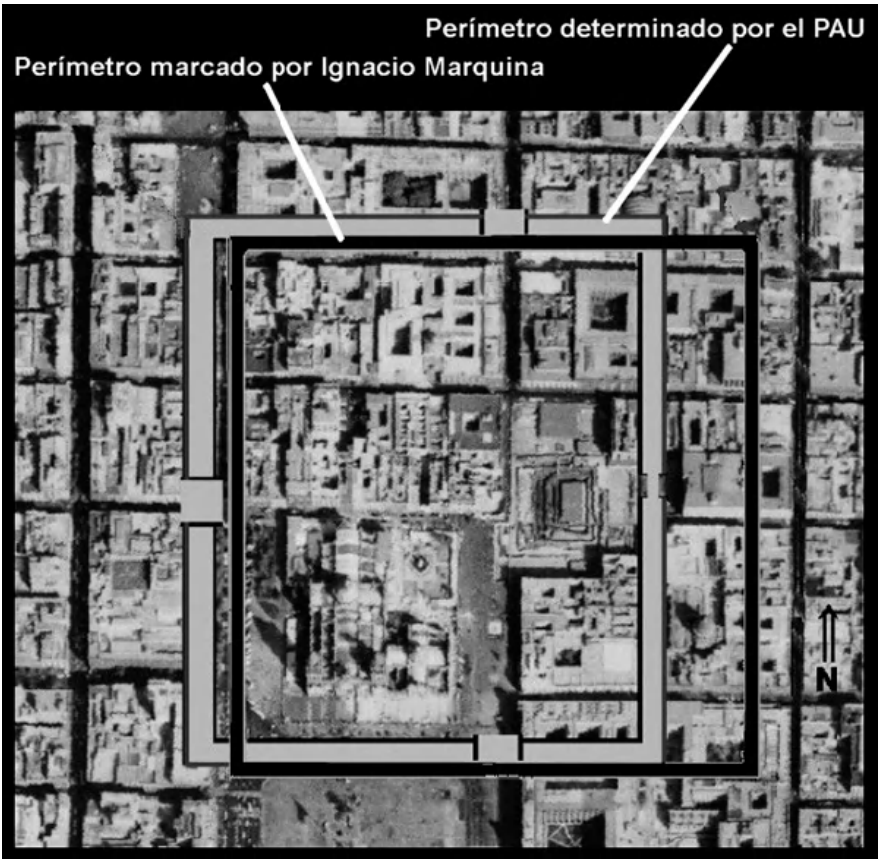


Fig. VI.10. Perímetros del recinto sagrado de Tenochtitlan marcados por Marquina y por el PAU, Programa de Arqueología Urbana / Proyecto Templo Mayor, INAH

Fig. VI.11. Excavaciones en los predios de Las Ajaracas y Las Campanas donde se localizó el monolito de la diosa Tlaltecuhtli, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

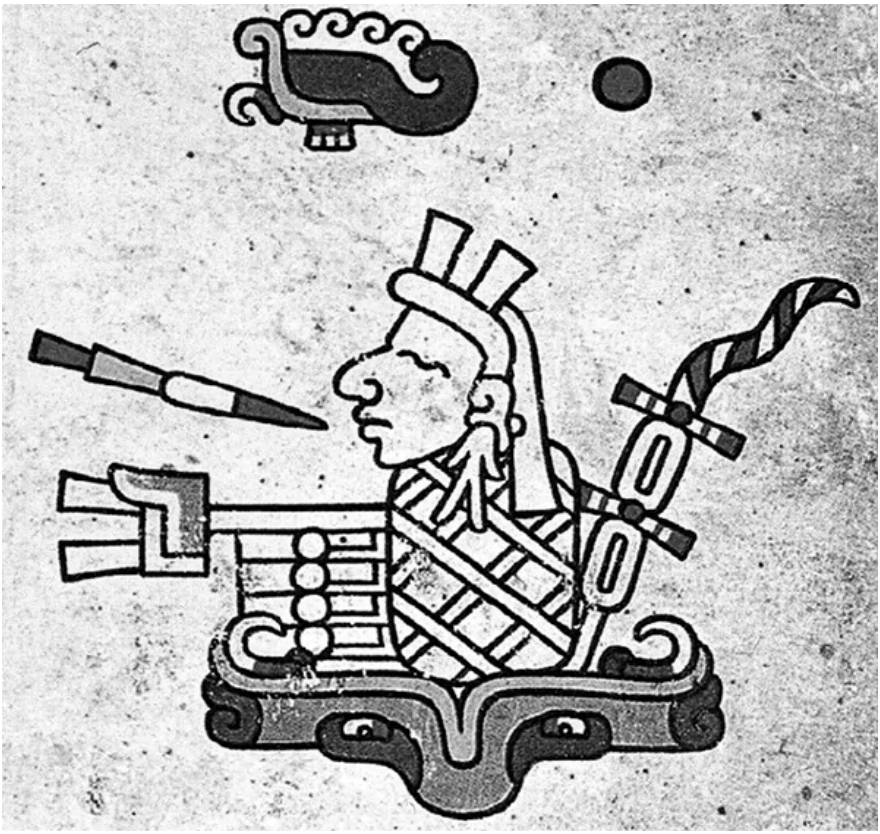


Fig. VI.12. Bulto mortuorio devorado por Tlaltecuhtli en el *Códice Fejérváry-Mayer*

Fig. VI.13. Relieve monumental de Tlaltecuhtli, escáner Minolta, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.14. Cráneos en las coyunturas de codos y rodillas de Tlaltecuhtli, escáner Minolta, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.15. Ondulaciones en la frente de Tlaltecuhtli que indican el cabello superpuesto de algún sacrificado, escáner Minolta, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH.

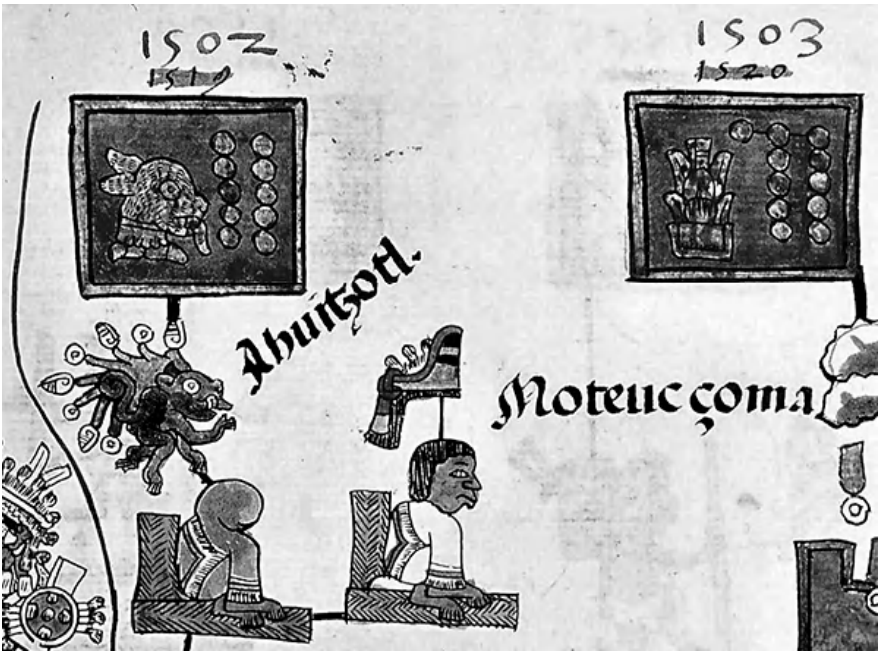


Fig. VI.16. Muerte de Ahuítzotl y entronización de Moctezuma II,
Códice Telleriano-Remensis

Fig. VI.17. Imagen tridimensional de Tlaltecuhtli con escáner Minolta, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.18. Traslado del monolito de Tlaltecuhtli al Museo del Templo Mayor, cortesía de Carlos Javier González, Museo Templo Mayor, INAH.

Fig. VI.19. Ofrenda 121, lobo mexicano, canis lupus baileyi, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.20. Objetos de oro de las ofrendas 123 y 125: corte de caracol *ehecailocóxcatl*, divisa frontal del dios del pulque, caracoles periformes y globulares, Jesús López y Jorge Vértiz, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.21. Ofrenda 125, cuchillos con atavíos del dios Ehécatl-Quetzalcóatl hechos de pedernal, piel de mono, piedra verde, lámina de oro, cobre, concha, caracol y obsidiana, Jesús López y Jorge Vértiz, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

>Fig. VI.22. Ofrenda 126, miniaturas de madera: máscara Tláloc, pectoral *anáhuatl*, máscara humana, jarra Tláloc y cetro serpiente de fuego o *xiuhcóatl*, Jesús López, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

Fig. VI.23. Ubicación final de Tlaltecuhtli; presentación a la prensa dentro del marco de la exposición temporal «Moctezuma II, destino de un gobernante», Dirección de Medios, INAH

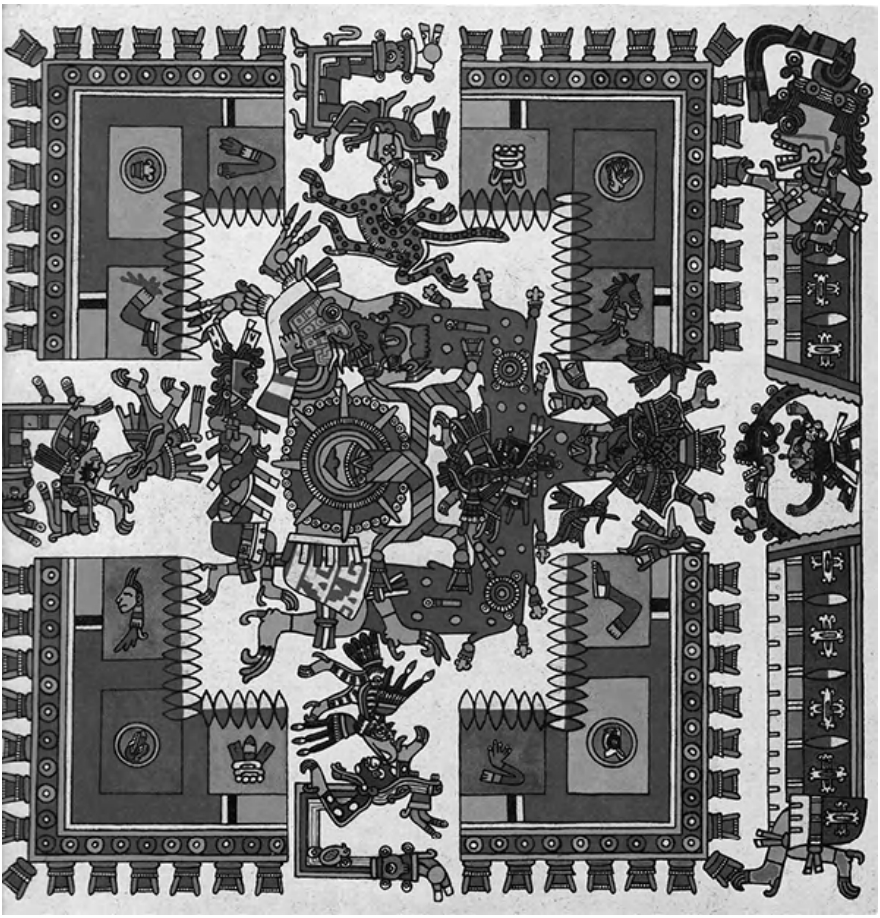


Fig. VI.24. Lámina 44 del *Códice Borgia*, donde se aprecia un espacio rodeado de cuchillos en su parte interior.

Fig. VI.25. Ofrenda 126, asociada con el monolito de Tlaltecuhtli, Jesús López, Proyecto Templo Mayor, 7.a temporada, INAH

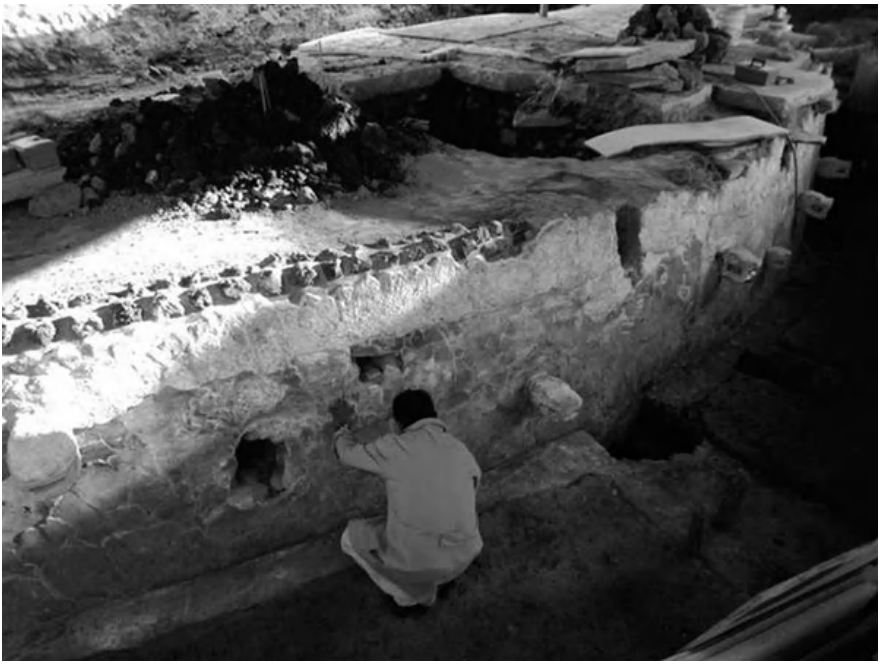


Fig. VI.26. Basamento circular decorado con cabezas de serpiente, localizado en las recientes excavaciones del PAU en la Plaza Manuel Gamio, a un costado del Templo Mayor, cortesía del Proyecto Templo Mayor / Programa de Arqueología Urbana, INAH

Epílogo

Hemos podido transitar por el mundo de los muertos a partir de tiempos y espacios diferentes. Todo ello nos llevó a entrar a las tumbas de personajes que en vida tuvieron en sus manos el destino de cientos o miles de personas. Al final de nuestro recorrido es necesario hacer alguna reflexión sobre lo que implica conocer los detalles de la vida y la muerte de estos individuos.

De una cosa estoy seguro: la inmortalidad no se alcanza en el sentido que quisieron hacerlo nuestros protagonistas. Ellos pensaban en un más allá al que irían, según las características de sus diferentes religiones, después de la muerte. Se equiparaban con el Sol y sus pueblos los veían como seres divinos. En el lugar de los muertos, los acompañarían las personas que habían sacrificado en honor de ellos y también las riquezas que depositaron en sus tumbas. Sin embargo no fue así. Murieron y su cuerpo quedó reducido a huesos o cenizas y otras personas ocuparon sus cargos y poderes. Su inmortalidad se alcanzó cuando el arqueólogo logró penetrar en su morada final y dio a conocer lo encontrado. El mismo arqueólogo marcaba su propio destino y la fama del individuo muerto se unía a la del individuo vivo que, en cierta forma, volvía a darle vida al primero al revelar los detalles de su tránsito terrenal.

Los nombres de los poderosos quedaron registrados en los anales de la historia, no así los de los trabajadores que erigieron las tumbas; los artesanos que con sensibilidad y poder creativo hicieron los diferentes objetos que fueron colocados como parte del ajuar del muerto; tampoco el de los sacrificados que acompa-

ñarían al gobernante en su viaje al destino final. Muchas veces me he preguntado si los arqueólogos somos profanadores de tumbas, y la respuesta que encuentro es que, en cierta forma, lo somos. Sólo que hay una diferencia: mientras el profanador, la mayoría de las veces, busca apoderarse de los objetos depositados con fines comerciales e ilícitos, al arqueólogo le interesa conocer todo lo concerniente al material con que se elaboraron los objetos, las características de los restos óseos, el simbolismo que encierran determinadas prácticas mortuorias; en pocas palabras, le interesa conocer la historia y ayudar a comprender mejor el pasado de los pueblos para así conocernos a nosotros mismos.

La arqueología sigue adelante. Día a día se van desarrollando nuevas técnicas que nos ayudan a entender mejor el pasado. Las prácticas mortuorias son sólo una parte del todo social y nunca hay que perder este enfoque integral que debe ser principio fundamental para el conocimiento de los procesos de la historia. Quiero terminar con una frase que responde a la pregunta sobre qué somos los arqueólogos, para lo que Proust mucho me ayuda con el título de su obra cumbre:

Somos simples buscadores del tiempo perdido… pero a veces lo encontramos…

Agradecimientos

Agradezco al doctor Leonardo López Luján los materiales gráficos que me proporcionó para el sexto capítulo. De igual manera, mi reconocimiento para Lourdes Cué, quien realizó la investigación iconográfica para ilustrar este libro.

Notas

Introducción

1. Eduardo Matos Moctezuma, *El rostro de la muerte,* GV Editores, México, 1987, pág. 7.

I. En busca del pasado

1. Manuel Gamio, «Concepto sintético de la arqueología», en *Forjando Patria,* Porrúa, México, 1916, pág. 103.

2. Ibíd., pág. 104.

3. Joyce Marcus, *Monte Albán,* Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 2008, pág. 176.

4. Nelly Robles y Alberto Juárez, *Historia de la arqueología en Oaxaca,* Gobierno del Estado de Oaxaca-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2004, pág. 32.

5. Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Luján, *Escultura monumental mexica,* Fondo de Cultura Económica-Fundación Conmemoraciones-Fundlocal, México, 2012.

6. Antonio León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras…,* ed. facs. a cargo de Eduardo Matos Moctezuma, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2009.

7. Ibíd., 1990 y 2009. La versión de 1792 aparece en Eduardo Matos Moctezuma, *La Piedra de Sol,* Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

8. Jesús Galindo y Villa, «Escalinata descubierta en el nuevo Edificio de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública», en Eduardo Matos Moctezuma (coord.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1979, págs. 91-93.

II. La tumba de Tutankhamon

1. Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*, trad. Rosa Portell, Destino, Barcelona, 1976, págs. 42-43.

2. Ibíd., pág. 44.

3. Ibíd., pág. 20.

4. Ibíd., pág. 21.

5. Wafaa el-Saddick, «Antecedentes históricos», en *Isis y la Serpiente Emplumada*, Instituto Nacional de Antropología e HistoriaConsejo Supremo de Antigüedades de Egipto-Forum Monterrey 2007, México, 2007, pág. 61.

6. Howard Carter, *La tumba…,* op. cit., pág. 29.

7. Douglas E. Derry, «Informe sobre el reconocimiento de la momia de Tutankhamon», ibíd., apéndice i, pág. 330.

8. Ibíd.*,* pág. 39.

9. Ibíd., pág. 41.

10. Ibíd., pág. 42.

11. Ibíd., pág. 47.

12. Íd.

13. Ibíd., pág. 52.

14. «Los resultados de nuestra investigación fueron los siguientes: 1) claramente se trataba de la tumba del faraón y no de un simple almacén, 2) tan sólo habíamos penetrado en la cámara anterior de la tumba, llena de un equipo tan magnífico que únicamente se puede comparar con la riqueza y el esplendor del Imperio Nuevo, 3) habíamos encontrado un entierro real apenas perturbado por el apresurado saqueo de los ladrones de tumbas de la antigüedad.» Howard Carter, *Tutankhamun: Anatomy of an Excavation, Howard Carter's Diaries and Journals. The First Excavation Season in the Tomb of Tutankhamun,* Griffith Institute, Oxford, 1922.

15. Howard Carter, *La tumba…,* op. cit., pág. 58.

16. Dicho fotógrafo era Harry Burton, cuyo catálogo de fotografías originales se encuentra en el Griffith Institute de la Universidad de Oxford, Inglaterra, junto con los documentos de la excavación de Howard Carter: fichas descriptivas de los objetos, dibujos y planos. En esta publicación acudimos a dicho Instituto para publicar algunas de las miles de imágenes originales que resguarda [N. de Lourdes Cué].

17. Ibíd., pág. 101.

18. Ibíd., pág. 118.

19. Ibíd., pág. 120.

20. Ibíd., pág. 150.

21. Ibíd., pág. 153.

22. Ibíd., pág. 157.

23. Ibíd., pág. 175.

24. Ibíd., pág. 181.

III. La tumba imperial china

1. Arthur Cotterell, *La gran tumba imperial de China*, intr. de Yang Zhenjing, trad. Juan Vivanco, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 19.

2. Íd.

3. Ibíd., pág. 108.

4. Ibíd, págs. 126-127.

5. Ibíd., pág. 128.

IV. La Tumba 7 de Monte Albán

1. Alfonso Caso, «Las exploraciones en Monte Albán», en *Obras 2. El México antiguo: mixtecas y zapotecas*, El Colegio Nacional, México, 2003, págs. 190-191. Publicada originalmente por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1932; esta institución patrocinó las excavaciones en parte.

2. Joyce Marcus, *Monte Albán*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 2008.

3. Alfonso Caso, «Las exploraciones…», op. cit., pág. 176.

4. Ibíd., pág. 178.

5. Ibíd., pág. 186.

6. Ibíd., pág. 187.

7. Alfonso Caso, *El tesoro de Monte Albán*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1969 (col. Memorias del *INAH*, *III*).

8. Alfonso Caso, «Las exploraciones…», op. cit., pág. 190.

9. Ibíd., pág. 191.

10. Íd.

11. Nelly Robles García, «Monte Albán: su desarrollo urbano y arquitectónico», en *Seis ciudades antiguas de Mesoamérica* (catálogo), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2011, pág. 64.

12. Alfonso Caso, *El tesoro…,* op. cit., pág. 55.

13. Alfonso Caso, «Las exploraciones…», op. cit., pág. 193.

14. Daniel Rubín de la Borbolla, «La osamenta humana encontrada en la Tumba 7», en Alfonso Caso, *El tesoro…,* op. cit., págs. 275-324.

15. Ibíd., pág. 303.

16. Íd.

17. Alfonso Caso, «Las exploraciones…», op. cit., págs. 192-193.

18. Ibíd., pág. 194.

19. Ibíd., pág. 195.

20. Ibíd., pág. 196.

21. Ibíd., pág. 197.

22. Ibíd., pág. 198.

23. Ibíd., pág. 199.

24. Ibíd., págs. 200-201.

25. Ibíd., pág. 201.

26. Ibíd., págs. 201-202.

27. Ibíd., pág. 202.

28. Ibíd., pág. 191.

V. La tumba de Pakal en Palenque

1. Alberto Ruz Lhuillier, *El Templo de las Inscripciones: Palenque*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1973, págs. 53-54 (col. Científica, 7).

2. Ibíd., págs. 39-40.

3. Rodrigo Liendo y Laura Filloy Nadal, «Palenque: un ejemplo exitoso de adecuación urbana en un ambiente tropical», en *Seis ciudades antiguas de Mesoamérica, sociedad y medio ambiente* (catálogo), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2011, págs. 125-207.

4. Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, Porrúa, México, 1978, págs. 104-105.

5. Mercedes de la Garza, Guillermo Bernal y Martha Cuevas, *Palenque-Lakamha',* El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pág. 13.

6. Alberto Ruz Lhuillier, *El Templo…,* op. cit., págs. 48-49.

7. Ibíd., págs. 49-50.

8. Ibíd., pág. 50.

9. Ibíd., pág. 53.

10. Ibíd., pág. 54.

11. Eduardo Matos Moctezuma, *La muerte entre los mexicas*, Tusquets, México, 2010.

12. Alberto Ruz Lhuillier, *El Templo…,* op. cit., págs. 54-55.

13. Ibíd., págs. 55-56.

14. Ibíd., pág. 56.

15. Ibíd., págs. 56-57.

16. Mercedes de la Garza *et al*., *Palenque*…, op. cit., págs. 110-111.

17. Ibíd., págs. 11-113.

18. Eduardo Matos Moctezuma, *La muerte…,* op. cit.

19. Mercedes de la Garza *et al*., *Palenque…,* op. cit., págs. 113-115.

20. Beatriz de la Fuente, «Presencia humana en la escultura maya», en *Obras 7. El arte maya,* El Colegio Nacional, México, 2010, págs. 182-183.

21. *Popol Vuh*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

22. Arnoldo González Cruz, *La Reina Roja*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2011.

23. Ibíd., págs. 244-245.

24. Ibíd., pág. 245.

VI. La tumba de Ahuítzotl frente al Templo Mayor

1. Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Luján, «La diosa Tlaltecuhtli de la Casa de las Ajaracas y el rey Ahuítzotl», *Arqueología Mexicana*, núm. 83, enero-febrero de 2007, págs. 22-29.

2. Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, Porrúa, México, 1980.

3. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, Nacional, México, 1951, pág. 409.

4. Ibíd., pág. 342.

5. Ibíd., pág. 361.

6. Ibíd., págs. 344-345.

7. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México, 1956, 4 tomos.

8. Diego Durán, *Historia de las Indias…,* op. cit., págs. 403-404.

9. Eduardo Matos Moctezuma, *Las piedras negadas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2003, pág. 133.

10. Ibíd., pág. 136.

11. Bernardino de Sahagún, *Historia general…,* op. cit., 1956.

12. Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1990.

13. Pueden consultarse varios tomos ya publicados por el *INAH*.

14. Eduardo Matos Moctezuma, «Tlaltecuhtli, Señor de la Tierra», *Estudios de Cultura Náhuatl,* núm. 27, 1997.

15. Leonardo López Luján, «La Tlaltecuhtli», en Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Luján, *Escultura monumental mexica*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, págs. 384-447.

16. Ibíd., pág. 400.

17. Ibíd., pág. 392.

18. Ibíd., pág. 447.

19. Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Luis Reyes García, *Los templos del Cielo y de la Oscuridad (Códice Borgia)*, Sociedad Estatal Quinto Centenario-Akademische Druckund Verlagsanstalt-Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pág. 234.

20. Leonardo López Luján *et al.,* «Un portal al inframundo», *Estudios de Cultura Náhuatl,* núm. 44, 2012, págs. 10-40.

21. Ibíd., pág. 33.

Disponibles en papel y electrónico

Acerca del autor

Eduardo Matos nació en la ciudad de México en 1940. Estudió arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la UNAM, institución en la que también se doctoró y donde ha sido catedrático durante más de treinta años. Ha trabajado en numerosos sitios arqueológicos como Comalcalco, Teotihuacán, Cholula, Tula, Tlatelolco, Tenochtitlan, entre otros. Es autor de más de quinientos trabajos de investigación y libros, entre los que destacan *Muerte al filo de obsidiana*, *Las piedras negadas: De la Coatlicue al Templo Mayor* y *Estudios mexicas*. Ha dictado más de un millar de conferencias a nivel internacional y su trabajo le ha merecido diversos reconocimientos de la academia, como la Medalla Henry B. Nicholson, otorgada por la Universidad de Harvard y su nombramiento como Doctor of scienses Honoris Causa por parte de la Universidad de Colorado. En 2007 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la rama de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía.

.

Obra bajo Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.

© 2013, Eduardo Matos Moctezuma
Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda
Diseño de la cubierta: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para:
© 2013, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.tusquetseditores.com
1ª edición: noviembre de 2013
ISBN: 978-607-421-500-7
Primera edición en formato epub: agosto de 2014
ISBN: 978-607-421-612-7

Libro convertido a epub por:
Tilde Tipográfica

ÍNDICE

Introducción	4
IEn busca del pasado	10
IILa tumba de Tutankhamon	35
IIILa tumba imperial china	75
IVLa Tumba 7 de Monte Albán	97
VLa tumba de Pakal en Palenque	138
VILa tumba de Ahuítzotl frenteal Templo Mayor	183
Epílogo	227
Agradecimientos	229
Notas	230
Acerca del autor	236
Créditos	237